LAS MUJERES DETRÁS DE PICASSO

EUGENIA TENENBAUM

ÍNDICE

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Introducción
Jacqueline Roque
    // Nota biográfica
Fernande Olivier
    // Nota biográfica
Eva Gouel
    // Nota biográfica
Olga Khokhlova
    // Nota biográfica
Françoise Gilot
    // Nota biográfica
Marie-Thérèse Walter
    // Nota biográfica
Dora Maar
    // Nota biográfica
Geneviève Laporte
    // Nota biográfica
Bibliografía
Sobre la autora
Créditos

Visita Planetadelibros.com y descubre una
nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro

y en nuestras redes sociales:

You
Tube

SINOPSIS

Las mujeres detrás de Picasso pone el foco en las protagonistas tanto de la vida como de la obra del célebre pintor. Olga Khokhlova, Dora Maar, Françoise Gilot o Jacqueline Roque son solo algunos de los nombres que inspiraron al malagueño, le ayudaron a promocionar su obra y le cuidaron en todas las etapas de su vida. ¿Cuánto sabemos de él y cuánto de ellas? Mujeres de talento desbordante, todas tuvieron que superar innumerables obstáculos y enfrentarse a las violencias que sobre ellas vertieron tanto el artista y el entorno en el que les tocó vivir como, más tarde, la historiografía y sus sesgos de género. Este libro nos acerca a las biografías de quienes hicieron que Pablo se convirtiera en Picasso y de quienes existieron no *gracias al* pintor, sino *a pesar* de él.

Eugenia Tenenbaum, historiadora del arte y experta en perspectiva de género, traza los perfiles de cada una de las protagonistas. A través de diversos géneros y recursos literarios, reconstruye fragmentos de las vidas de estas mujeres fascinantes para devolverlas al lugar en el que siempre deberían haber estado.

Tanto la portada como las ilustraciones interiores corren a cargo de nueve artistas de gran relevancia: Naranjalidad, María Hesse, Laura Agustí, Esther Gili, Lady Desidia, María Herreros, Ana Santos, Isa Muguruza y Sara Herranz.

Las mujeres detrás de Picasso es una obra para cuestionar la historia, descubrir y comprender mejor algunos capítulos esenciales de nuestro pasado más reciente y acercarnos al arte de una manera inclusiva y justa, que entienda la creación artística como un esfuerzo colectivo en lugar de como un trabajo individual.

LAS MUJERES DETRÁS DE PICASSO

EUGENIA TENENBAUM

LUNWERG
EDITORES

A las mujeres que merecían más
de lo que la vida supo darles

INTRODUCCIÓN

Una tarea pendiente

Escribir es siempre un ejercicio difícil, pero lo es más si cabe cuando se hace sobre el pasado. Por mucho que desde los atriles de las aulas y las salas de prensa de los museos se nos advierta con corrección que no debemos abordar el pasado con la mirada del presente, lo cierto es que no hay otra forma de hacerlo. Nunca la ha habido y nunca la habrá. El pasado y sus personajes no son más que un relato que nos contamos a nosotras mismas, también una historia con minúscula que nos cuentan las personas que escriben la Historia con mayúscula. Por consiguiente, el debate no es tanto si se debe o no mirar al pasado con los ojos del presente, sino quiénes son los sujetos que han estado y siguen estando legitimados para realizar ese ejercicio. Si entendemos la historia como un discurso, como un relato que se confecciona a partir de los retazos que nos llegan desde el pasado, entonces podremos preguntarnos quién tiene el altavoz entre las manos.

Durante demasiados siglos a las mujeres se nos ha negado la posibilidad, la legitimidad y la credibilidad de ser dueñas de nuestro propio relato. Nuestra historia es, en muchos casos, la de la exclusión, la censura, la mentira y el olvido. Bocetadas a menudo a través de las palabras, reflexiones y afirmaciones de terceros, nos ha costado mucho construir nuestra propia genealogía y acercarnos a un pasado en primera persona donde las cosas que nos pasan y los sucesos que nos atraviesan sean considerados dignos de estudio, reflexión y difusión. En no pocas ocasiones, la vida de las mujeres se ha circunscrito a las relaciones que mantuvieron con otras personas, generalmente hombres; hemos sido las esposas de, las hermanas de, las madres de, las amantes de y las musas de. Es decir, que la identidad de muchas mujeres ha estado y sigue estando secuestrada por la sombra de los hombres. No ocurre así al revés. Este es uno de los lugares comunes

por el que transitan las protagonistas de este libro, un hilo argumental que sirve como ruta pero también como obstáculo para hablar de ellas. ¿Cómo se pueden abordar de manera crítica los sesgos en la historia de estas mujeres al mismo tiempo que se utilizan como lucero para que nos guíen? Es complicado y los problemas proliferan como hongos en cada esquina.

Pese a todo, era necesario intentar controlar esa dinámica para redirigirla a su favor: utilizar la misma sombra bajo la que fueron obligadas a vivir para atraer hacia ellas una atención que, por desgracia, parecen no captar por sí mismas. Cabría preguntarse por qué. Todas ellas son a la vez centro de su propio relato y también excusa para hablar de otras problemáticas: nada de lo que les pasó es único. En el mundo, tanto en el pasado como en el presente, hay muchas Fernande Olivier, Eva Gouel, Olga Khokhlova, Marie-Thérèse Walter, Dora Maar, Françoise Gilot, Geneviève Laporte y Jacqueline Roque. También ha habido y sigue habiendo muchos hombres —y artistas— como él. De ahí la pertinencia de romper una lanza a favor del pasado para seguir reivindicando su capacidad educativa, sensibilizadora y concienciadora sobre el presente. Si bajo el pretexto de la distancia temporal se impide o censura la reflexión sobre los errores que se cometieron en el pasado, ¿no estaremos dando carta blanca para que sigan repitiéndose en el presente? ¿No estaremos reconociendo que seguimos sin estar preparadas para mantener conversaciones incómodas? Porque en ese caso, de lo que estamos hablando no es del ayer, es del hoy, y por lo que estaremos velando no será por la buena praxis historiográfica o museística, sino por la preservación del *statu quo*.

Mientras escribía este libro, en los medios se sucedían las noticias sobre el aumento de asesinatos por violencia de género y el incremento masivo de llamadas a líneas como el 016. Nuestro país y el mundo entero contemplaba con estupefacción las cifras, preguntándose cómo podía ser posible. En paralelo a estos sucesos, los museos españoles y europeos dejaban clara su postura: en el cincuentenario de la muerte del así considerado «genio de la pintura del siglo XX», la mayoría se negaba con unanimidad a acometer la

tarea pendiente de educar sobre los diferentes tipos de violencia que ejerció sobre sus parejas: violencia física, psicológica, económica y también vicaria, entre otras. Sí, en cambio, parece haber un pacto no escrito de justificarla, obviarla o, en el mejor de los casos, hacer referencia a ella a través de eufemismos que les permiten lavarse las manos y también, supongo, dormir con la tranquilidad que aporta la creencia de haber hecho bien su trabajo.

Los distintos tipos y niveles de violencia que el llamado «Maestro» ejerció sobre las protagonistas de este libro no permanecieron en ningún momento en el ámbito de lo privado. En primer lugar porque todas ellas figuran de manera evidente como una parte esencial de su producción artística total y, en segundo lugar, porque no solo fue testigo de esta su círculo más cercano, sino que la sociedad misma ejerció como cómplice necesaria. Lo que ocurre en el hogar nunca ocurre solo en el hogar, y menos cuando se trata del hogar de un artista prolífico que solía utilizar a sus parejas como modelos. Para que nos hagamos una idea y por mencionar solo a algunas de ellas: el nombre de Olga Khokhlova aparece en al menos 140 obras, el de Dora Maar en 283, el de Marie-Thérèse Walter en 222, el de Françoise Gilot en 183 y el de Jacqueline Roque en 311, y no todas las obras en las que aparecen como modelos incluyen sus nombres.

Cuando los museos y las instituciones, tanto en el siglo XX como en el XXI, consienten que estas conversaciones se aborden únicamente en libros especializados y clases esporádicas, se están negando a participar de un cambio social que es positivo para todas y que puede encontrar en las obras de arte que albergan sus salas y que se proyectan en sus clases tanto un motor de concienciación como un receptáculo de posicionamientos políticos a favor de la mujer y en contra de la violencia. Esto, más allá de si resulta beneficioso o no para este artista en particular —o para otros como él—, beneficiaría a la sociedad por entero. La reputación del malagueño —que se traduce en abultados ingresos económicos a partir de subastas o visitas museísticas, y razón última por la cual parece no haber espacio para estas conversaciones— es un mal menor si tenemos en cuenta los importantes diálogos que su obra y su vida pueden propiciar sobre

patriarcado, violencia hacia la mujer y derecho a la dignidad y reparación de las víctimas. Si los museos e instituciones educativas se siguen negando a acometer estos análisis, estarán priorizando a un único ser humano frente a toda la humanidad y en detrimento de la parte más damnificada.

Al mismo tiempo, reducir el papel de las ocho mujeres que protagonizan este libro al de meras musas es una falta tanto a la verdad como a la importancia que tuvieron en la historia del arte del siglo XX. Más que musas, al menos cuatro de ellas, también fueron artistas: pintoras, fotógrafas, bailarinas y también escritoras. Y lo fueron no gracias a él, sino a pesar de él.

Esto bien podría servir para hablar de la invisibilización reiterada del trabajo artístico de las mujeres y de la continua supeditación de estas últimas a papeles secundarios en una historia del arte que también construyeron ellas, a pesar de que se las excluya como si así no hubiera sido. Sorprende seguir teniendo que defender estas cuestiones, del mismo modo que sorprende seguir teniendo que señalar que la creación artística es, en la mayoría de los casos, resultado de un esfuerzo colectivo y no tanto producto de una hazaña individual. Una obra nunca es solo una obra: es el producto del trabajo de la persona que la crea y también del esfuerzo de quienes le prestan su tiempo, su dinero y sus cuidados para facilitar y hacer posible dicha creación. De ahí que muchos hombres artistas hayan podido dedicarse a ser simplemente eso, artistas, mientras que muchas mujeres han tenido que ser madres, cuidadoras, enfermeras, secretarias, asistentas, colaboradoras y modelos antes que artistas, y esto último solo si les quedaba tiempo, fuerza y ganas.

Mientras el Maestro creaba, las protagonistas de estos relatos ponían un plato de comida caliente sobre su mesa, lavaban su ropa, consolaban sus pesares, le leían la correspondencia, calentaban su taller, le compraban material artístico, criaban a sus hijas y posaban para él. Cuando no eran sus parejas las que realizaban estas actividades, quienes lo hacían eran diferentes trabajadoras domésticas, de modo que el trabajo de cuidados que hacía posible la producción artística era desempeñado siempre por una mujer. Espero que se

entienda ahora por qué limitarlas al papel de musas es un insulto y por qué reducirlas a un componente estético en la producción del artista es un error.

En las páginas que siguen, como lectora te encontrarás con ocho historias independientes que hablan de las vidas de estas mujeres y de su relación con el pintor. Aunque los relatos en sí son obra de la ficción, he procurado crear un clima lo más cercano posible a la realidad, la personalidad y las circunstancias vitales de cada una de las ocho protagonistas. Así, por ejemplo, he tenido sumo cuidado a la hora de reflejar las distintas situaciones de violencia en las que se vieron sumergidas: ninguna es inventada y todas encuentran soporte en las fuentes incluidas en la bibliografía que cierra este volumen, algunas de ellas escritas de puño y letra por las propias protagonistas. Una licencia que sí me he tomado y que aclaro aquí para favorecer la comprensión y evitar confusiones es la de trasladar a este texto mi costumbre personal y profesional de emplear siempre el plural femenino en mis trabajos —salvo en aquellos casos en los que puede inducir a error—, primero porque antes que mujeres u hombres somos personas —en femenino— y, segundo, porque los estudios de mercado del sector editorial demuestran que quienes más compran libros y más los leen son mujeres. Sé que el lenguaje es entendido por muchas como una cuestión menor sobre la que tomar decisiones políticas y por ello espero que esta licencia no cause mayor revuelo. Al fin y al cabo, tenemos cosas más importantes de las que preocuparnos.

Por último, el orden de los relatos no coincide con la sucesión cronológica en función del año de nacimiento de las protagonistas —o con el inicio de su relación con el pintor—, sino que responde a la decisión de priorizar el ritmo e intensidad de los capítulos por encima de la línea temporal de los acontecimientos que reflejan, con el objetivo de mejorar la experiencia lectora. Para facilitar la ubicación de las protagonistas en el tiempo, sí se las nombra en orden cronológico en la página siguiente.

LAS
PROTAGONISTAS

Fernande Olivier (1881-1966)

Eva Gouel (1885-1915)

Olga Khokhlova (1891-1955)

Dora Maar (1907-1997)

Marie-Thérèse Walter (1909-1977)

Françoise Gilot (1921)

Geneviève Laporte (1926-2012)

Jacqueline Roque (1926-1986)

JACQUELINE ROQUE

Jacqueline Roque no recuerda lo que es el sueño porque lleva sin conciliarlo varias semanas, ¿o son años? Se tumba en su cama con las manos entrelazadas sobre el estómago, la mirada fija en el techo. Centra la atención en su respiración, pensando que quizás, si se esfuerza lo suficiente, pueda conseguir que los pulmones que duermen en la habitación de al lado se acompasen a los suyos. ¿Puede un corazón mantenerse con vida gracias al latir del nuestro? A Jacqueline Roque le gustaría que así fuese. Quiere que su corazón y sus pulmones trabajen por dos, vivan por dos.

Cuando siente que va a desfallecer, que el sueño se empieza a arrastrar por el suelo para llegar hasta ella, se levanta en silencio pero con rapidez, camina descalza hacia la pared y pega a ella su cara, tratando de discernir los diferentes sonidos que vienen de la habitación de al lado. Si los muelles del somier crujen, aunque sea suavemente, ella suspira con alivio: se está moviendo. Si le oye carraspear, cierra los ojos y las arrugas de preocupación desaparecen de su frente; está respirando. Al separarse de la pared se frota la mejilla para que la cal no ponga en evidencia su alerta. Si ella está tranquila cree que él también lo estará. Después de esas incursiones, cuando el corazón le palpita fuerte en el pecho, regresa a la cama y a su posición original. Y sigue esperando, atenta, cualquier llamada, cualquier urgencia, para que su vigilancia se convierta en asistencia si así él lo precisa.

Deben de ser las dos de la mañana, quizás las tres, cuando un espasmo recorre todo su cuerpo. Se ha quedado dormida. No puede quedarse dormida. Se levanta de la cama como un rayo, abre la puerta de la habitación y antes de entrar en la de al lado se coloca una mano en el pecho, se tranquiliza y la abre con cuidado. No hay tiempo para espiar a través de la pared o la puerta. Se ha quedado dormida y eso, en estas circunstancias, puede ser un error mortal. Al asomar la cabeza

por el hueco de la puerta se lo encuentra respirando con dificultad, todavía dormido, y de nuevo el corazón de Jacqueline comienza a galopar. En el pecho. En la garganta. Detrás de las orejas. No lo piensa dos veces. Se acerca al borde de la cama y empieza a acariciar esa cabeza en la que la presencia de pelo es una mera anécdota. Mientras él despierta, ella se acerca a su pecho para constatar lo evidente: ese pitido entre respiraciones es el sonido de la dificultad.

Su marido abre los ojos. Levanta los párpados como dos pesadas cortinas y la mira desde esa profundidad volcánica que nunca es lava pero en la que siempre se vislumbra la posibilidad de un estallido. Jacqueline Roque sonríe y sigue acariciándole la cabeza mientras le besa la frente. No necesita que él diga nada, sabe lo que tiene que hacer. Se acerca al teléfono más cercano y al otro lado de la línea no tarda en escuchar la voz adormecida del doctor Bernal. Ni son las dos ni tampoco las tres. Son las cuatro de la mañana. En su voz hay calma pero en su tono se agazapa un grito. Empieza a tejer con maestría una historia que saque al doctor de su cama sin que su marido sienta la necesidad de levantarse de la suya. No puede permitirse asustarlo. Actúa como si la primera luz del alba estuviera a punto de colarse por la ventana, interpretando para él una rutina que no es tal, fingiendo que sus nervios no están crispados. El doctor Bernal entiende y le dice a Jacqueline que se personará allí cuanto antes. No puede respirar tranquila, pero cuelga el teléfono con calma y se gira hacia su marido para decirle que su amigo tiene tantas ganas de verle que cogerá el primer avión a Niza. «Ahora duerme un poco más», y vuelve a besarle la frente, las mejillas y la boca antes de salir de la habitación. Nada más cerrar la puerta, aprovecha la amortiguación de sus pies descalzos para ir corriendo a despertar al resto de la casa: a su hija Cathy, a Doris, la ama de llaves, y a María Bruno, la empleada doméstica.

Mientras María prepara un temprano e improvisado desayuno consistente en café y té, todavía con las legañas acomodadas en el lagrimal y los bostezos saliendo cada dos por tres de su boca, Cathy se enciende un cigarro tras otro. La relación con su madre es distante, tan tirante como una cuerda a punto de romperse, pero aun así le coge la mano y acaricia el dorso con el pulgar. Cuando María sirve las bebidas y Jacqueline coge su taza, esta tiembla como una tempestad. «Va a ponerse bien. Lo sé. Sé que va a ponerse bien. Va a ponerse bien. Lo sé. Sé que va a ponerse bien.» Una plegaria convertida en un rezo, un mantra repetido en susurros, casi una amenaza a alguna santa que no está presente en la cocina, ni en las treinta y cinco habitaciones de la casa, ni tampoco en el mundo entero; pero Jacqueline repite su oración mientras su hija le acaricia la mano, Doris

va a limpiarse la cara y su marido sigue respirando con dificultad en el piso de arriba.

Cuando oye al doctor Bernal entrar en el domicilio, ella lleva ya varias horas sentada en una de las esquinas de la habitación en la que, de nuevo, empieza a despertarse su gran amor. Son ya las nueve o las diez de la mañana. Sale a recibir al doctor y, sin necesidad de guiarlo, le sigue por el mismo camino que ha desandado ya varias veces este 8 de abril de 1973. Su marido lo recibe bromeando y a Jacqueline se le pone una estrella en la cara. «Va a ponerse bien. Está de buen humor. Va a ponerse bien.» Se sienta durante unos momentos a los pies de la cama mientras el doctor le suministra algunas inyecciones para ayudarle a respirar mejor. La esperanza que alberga el pecho de Jacqueline es la duda que recorre el gesto del doctor. Pero ella no lo ve porque no quiere verlo. Tiene que seguir con su plegaria, con la teatralización de un día cualquiera en el que ella es joven, lo cual es cierto, y él está sano, lo cual no lo es. Esa mañana, solo dos personas permanecen ajenas al «toc, toc, toc» de la muerte en la puerta de esa casa. Una de ellas es Jacqueline y la otra su marido.

A las 11.45 de la mañana, el rostro rosado que Jacqueline ha contemplado sin cesar las últimas horas se vuelve gris. Al darse cuenta, se le tensa la mandíbula y se abalanza sobre él, apretando su cuerpo contra el suyo, hundiendo la cara en su cuello. No hay lágrimas ni sollozos, porque él no está muerto. Solo está dormido. Y de repente una presión sobre los hombros. Es el doctor Bernal, que la aparta con toda la suavidad y la ternura posible del cuerpo ahora convertido en recuerdo, negando con la cabeza, como diciendo: «Querida, ya está». Pero Jacqueline sabe que no es cierto. Se pasa las manos por la cara, alejando con ello un mal pensamiento, se endereza y procede a coger la manta que reposa a los pies de la cama para ponérsela a su marido por encima, hasta la altura del mentón. Es un día lluvioso y frío, y ella no quiere que él coja frío.

En el piso de abajo esperan Cathy, Doris y María. Jacqueline baja las escaleras con la cabeza alta, pero sus piernas tiemblan. La sigue de cerca la sombría presencia del doctor, que al llegar al pie de la escalera, con una mano sujetando contra el estómago su sombrero y la

otra asiendo el maletín, inclina la cabeza en señal de pésame y también de despedida. Cathy estrecha a su madre entre los brazos como hacía años que no la abrazaba. Esta será la última vez que la distancia física y emocional entre madre e hija sea tan corta. María contiene las lágrimas y recibe el permiso para subir a despedirse por última vez del señor. Doris se queda al lado de su señora, cogiéndole la mano y acariciándole la espalda. Nadie media palabra. Fuera, el cielo sigue llorando.

Jacqueline Roque sabe que tiene pocas horas, quizás no más de un par, para estar con él a solas. Después vendrá el sonido incesante del teléfono, las visitas, las cartas, las condolencias, los llantos y, con todo ello, la constatación última de que tiene cuarenta y siete años y acaba de quedarse viuda. Cuando vuelve a entrar en la habitación de su marido, el color parece haberlo abandonado todo. Coge una de las sillas, la acerca a la cama y se sienta a su lado. No es capaz de recordar si cerró los ojos para no volver a abrirlos, si se los cerró ella a besos o si fue el doctor Bernal quien tuvo la delicadeza de hacerlo por ambas. Lo llama por su nombre, primero arrastrada por la cotidianidad y después por el dolor. Ese nombre tantas veces repetido se convierte en un susurro que empapa el ambiente, flota en el aire y se extiende entre las dos. Le acaricia la frente, las mejillas, le coge la mano y la lleva a su boca, tratando de infundirle un calor que ni ella misma siente, mucho menos él. Se fue sin pena y sin alboroto. Se fue sin ser consciente de que se iba, que es la mejor manera de irse, piensa Jacqueline. Ahora tiene para sí misma todo el pesar que es capaz de albergar un cuerpo. Siente que si espera lo suficiente, él abrirá los ojos, la atravesará con ellos y la envolverá con el sonido de esa voz que es ya solo memoria. Pensando en la voz de su marido encuentra la suya. Carraspea, sacude la cabeza y empieza a hablar.

«Todavía no me creo que me hayas dejado sola. Sola en esta casa tan grande. Sola pero tan rodeada de ti. ¿Qué voy a hacer ahora que no estás? Dímelo. Durante más de una década hemos esquivado la muerte. Le tenías tanto miedo que entre las dos urdimos el plan perfecto para esquivarla: trabajar, trabajar, trabajar. La muerte no sería tan osada de ir a tu encuentro mientras trabajabas, así que lo

hiciste tanto que apenas tuvimos tiempo de hablar. Por eso te hablo ahora, por todo lo que he callado. Te he amado tanto… Te he amado tanto que ahora me doy cuenta de lo perverso que es hablar del amor hacia los muertos en pasado. Tú también hablabas en presente de quienes no están. No te he amado: te amo. Te has ido, pero mi amor hacia ti seguirá creciendo conmigo, me acompañará allí donde tú ya no puedes hacerlo y me recordará lo felices que fuimos, lo feliz que me hiciste. ¿Te acuerdas, querido, de todas las veces que venías a por mí para asegurarte de que seguía con vida? Tus entradas triunfales mientras me bañaba, tus pataletas parecidas a las de un niño cuando me ausentaba durante demasiado tiempo, cuando me perdías de vista durante unos minutos, cuando salía y regresaba un poco más tarde de la hora que habíamos acordado. Durante veinte años he sido tu sombra y tú has sido mi sol. ¿Quién va a iluminarme ahora que tú ya no estás? ¿Cómo podré descansar sabiendo que no volveré a verte? ¿De dónde sacaré las fuerzas para seguir? Puedo perdonártelo todo menos esto. Puedo perdonártelo todo excepto que me hayas dejado sola entre tantas fieras. Tu muerte es para mí el peor castigo y si hubiera podido quitarme años para dártelos a ti bien sabes que lo hubiera hecho. Lo haría ahora mismo, una y mil veces, con tal de recibir una orden más, con tal de encajar una queja más.

»¿Te acuerdas de cuando en lugar de quitarme años me los pusiste? Creaste para mí hasta un nuevo nacimiento, todo para que estuviésemos más cerca, para que no me sintiese tan lejos. Así pude entrar en tu órbita: naciendo treinta y cinco años antes. ¡Cómo te gustaba bromear con ese pasado que yo no viví pero del que me hacías partícipe! “Jacqueline, ¿no te acuerdas? ¡Tú estabas allí!”. Y sí, sí lo estaba, pero a través de ti. Ojalá poder ganarle el pulso a la vida y al tiempo. Ojalá hubiese vuelto antes de ese continente tan lejano al que tú y yo tanto debemos, pero que tanto me separó de ti. Si hubiera sabido que me esperaban veinte años a tu lado, habría hecho lo que fuera por que fuesen treinta, cuarenta, toda mi vida. Te habría dado toda mi vida y no habrías tenido ni que pedirlo. Pero te di todo cuanto tuve, todo cuanto supe, desde el momento en que te conocí.

»No fueron años fáciles, ¿verdad? Tanto tú como yo éramos dos

animales que se lamían mutuamente las heridas. Yo, en trámites de divorcio con André. Tú, recién abandonado por Françoise. Todavía hoy me pregunto cómo pudo hacerlo, cómo fue capaz. ¿Es que acaso no era consciente de que un hombre de tu edad no podía estar solo? Necesitabas que alguien te cuidase y te amase, y en el taller de Madoura aparecí yo. No sabes lo feliz que me hacía verte pasándote por allí cada día con cualquier excusa, todo para quedarte un rato hablando conmigo. Te brillaban tanto los ojos que hiciste de los míos un satélite siempre girando a tu alrededor. Absoluta fue la entrega y nulo el arrepentimiento. Por eso no sé qué voy a hacer, mi amor, sin ti. ¿Cómo reconstruir una vida que he creado a tu medida? ¿Cómo encontrarme cuando me he perdido en ti? Me has dejado sola ante el peligro. Tú mismo me lo advertiste: cuando tú no estuvieras, vendrían a por mí. Jamás habría presenciado una batalla tan sangrienta. Si presto atención, puedo escuchar ya los tambores de guerra aproximándose. Pero ahora estamos solo tú y yo, como siempre. Desearía que hubiéramos podido tener un poco más de tiempo. Veinte años reducidos a un suspiro, al anhelo de que fuesen otros veinte más.

»¿Y qué nos queda, querido, de todo lo que hemos construido? El vago recuerdo de lo que fuimos, la leyenda que ahora dejas y que me encargaré de cuidar para que perviva. Preservar tu legado será para mí una nueva forma de entrega, asegurarme de que tu nombre llega en muerte todavía más lejos de lo que ha llegado en vida. Ningún rincón de este planeta permanecerá ajeno a tu persona, en todos los idiomas se emplearán palabras para referirse a ti. No habitará esta tierra ni una sola retina que no esté familiarizada con tu obra, te lo prometo. Esa obra que es como nuestra hija, que cumple la función que tú y yo no pudimos llevar a su fin. Si mi cuerpo hubiera sido capaz de engendrar una semilla con tu nombre la habríamos llamado Victoria, pues victoria es lo que sembraste en esta vida. Me apena que tanta gente no haya sabido verlo, que no haya encontrado la forma de respetarlo. Te lo he dicho siempre y te lo repito ahora: tu luz deslumbraba tanto que no todos los ojos podían sobrevivir a ella. Pero los míos sí. Los míos te observaban mientras trabajabas, se acurrucaban al lado de ese trozo de vidrio transparente incrustado en

el suelo y sobrevolaban tu estudio desde arriba para asegurarse de que estabas bien, de que no necesitabas nada, de que estabas creando en paz. Toda la paz que quisieron quitarnos la encontraste entre esas cuatro paredes llenas de lienzos. Esas que me aseguraba que no traspasase nadie para molestarte. Ya bastante te habían incomodado.

»Ahora todas esas sombras, esos buitres, vendrán a intentarlo de nuevo una última vez. Todavía no han llegado y ya siento su aliento al otro lado de la valla, agazapadas en la puerta, exigiendo la entrada a una casa que llevan décadas sin pisar. Nunca entendieron que al Maestro no se le molesta, no se le contradice y no se le importuna. Conseguimos hacer de esta casa nuestro bastión y con qué coraje lo defendimos, ¿recuerdas? No te preocupes. Me encargaré de seguir defendiéndolo todavía con más ganas. Como tú me pediste, aquí ya está todo el mundo avisado para que no entre nadie que no sea bien recibida. El dolor es tanto, querido, que podría humedecer las paredes, llenar todas las esquinas, hacer de esta atmósfera algo irrespirable. Has llenado la inmensidad de esta casa con tu vacío y ahora es mi turno de llenarla de pesar. Disculpa mi pesimismo, todavía me cuesta entender que estas manos que agarro y este rostro que acaricio forman ya parte de un pasado que siempre consideraré presente. Vamos a recordar cosas felices, como cuando te enseñé a bailar ballet y las dos reímos hasta hartarnos, hasta que nos dolieron las entrañas; lo mucho que disfrutabas las corridas de toros; el calor de la gente; las visitas de Cocteau y de tu interminable lista de amistades, que fue acortándose con el paso del tiempo porque tú así lo quisiste, así lo necesitabas. Ahora podrás seguir discutiendo, riendo y burlándote de él, de nuestro querido Cocteau. Podrás reencontrarte con todos los que se han ido yendo. Quizás eso sea lo único que distraiga un poco mi pena, pensar en las risas que estarás provocando en otro lugar, uno al que no tengo acceso. Llegarás allí por la puerta grande, quitándote el sombrero para elevarlo en lo alto mientras gritas: “¡Aquí estoy, aquí me tenéis, ya he llegado!”. Te recibirán con vítores, brindis y aplausos. Llorarán de alegría al volver a verte, te auparán en sus hombros y te harán brincar por encima de sus cabezas hasta que te enfades y empieces a maldecir a todos y cada uno de ellos, porque qué serías tú sin tu malhumor,

querido. ¡Pero no te enfades conmigo, que casi puedo verte ya frunciendo el ceño! Permíteme, por favor, unas últimas bromas.

»¿Sabes? Saldrás de esta habitación envuelto en una preciosa capa negra española. He pedido que la traigan desde Madrid específicamente para ti. La tierra encontrará tu cuerpo preparado para un último viaje como tú querías. Velarás Vauvenargues y yo velaré por ti. No estoy preparada para dejarte ir. No quiero salir de esta habitación, soltar tu mano y enfrentarme a un futuro en el que solo haya espacio para mí. Para mí sin ti. ¿Cómo puede ser eso posible? ¿Cómo puede la vida ser tan cruel? Pero no sabes lo bonito que fue escuchar mi nombre entre tus últimas palabras. Te fuiste en paz y con tu ida te llevaste toda la que quedaba para mí. Debo confesarte, ahora sí, que estos últimos años no he conocido el descanso. La inquietud se acostaba conmigo en la cama y no me dejaba dormir, temía encontrar tu muerte en sueños y despertarme para comprobar que se había convertido en una realidad. A primera hora de la mañana, cuando la luz del alba se colaba por la ventana, yo ya estaba de nuevo en pie, daba igual si había dormido o no. Arrastraba mi cuerpo por pasillos, escaleras y habitaciones, porque sabes que nunca me gustó utilizar el ascensor que te regalé por tu nonagésimo cumpleaños. Antes de que te despertases ya lo había organizado todo para que tú solo tuvieses que dedicarte a pintar. Pagaría lo que hiciera falta por volver a sentarme aquí con la correspondencia en la mano, leyéndote las cartas, contándote quién había llamado para venir a verte. Juntas nos reíamos como dos niñas malvadas que tejen entre sus manos una nueva jugarreta. Tú no querías visitas y yo me encargaba de trasladar las negativas por teléfono. ¿Te acuerdas de la desesperación en la cara de algunas amistades tras varios intentos por verte? No entendían que lo que tú necesitabas era centrarte en tu trabajo, que ya bastante jolgorio, bastante fiesta, bastante cháchara habías soportado a lo largo de tu vida. Ni de anciano querían consentirte el lujo de pactar tu propia soledad, y todavía hoy me siento honrada de que decidieras compartirla conmigo.

»Juntas no solo echamos un pulso al tiempo y a la muerte. Hablo ahora de ella porque sé cuantísimo te asustaba su sola mención. Sabías

que venía a por ti, que te esperaba en la puerta de casa, y al final consiguió entrar. No pidió perdón y tampoco permiso. Pero no era eso de lo que quería hablarte. ¿De qué quería hablarte? De tanto y de tan poco... Siento que nadie me conoce como tú lo haces y, al mismo tiempo, también siento que debo haber sido una desconocida para ti. No sé hasta qué punto me mostré como era o como tú necesitabas que fuera, y no sé si eso me pesa, me alivia o me complace. Si tú eres el Dios que palidece siguiendo el destino de todos los hombres, entonces yo debo ser tu mártir y morir por ti si no puedo hacerlo a tu lado. ¿Ves este día gris? Lo es porque te llevaste el sol contigo.

»Pero basta ya de hablar de pérdida. Ni el presente ni el futuro tienen nada que ofrecerme. Me agarraré entonces al pasado para seguir adelante. Cuando nos conocimos yo ya no era una niña, bien lo sabes, pero llegué a tus manos como una de las tantas piezas de cerámica que había en el taller de la señora Ramié y su marido: llena de potencial pero todavía a medio hacer. Estaba tan perdida, querido, tan perdida… Y lo que es peor, tan desencantada con la vida, el amor y los hombres. Por eso al principio me resistí a ti, no quería más dolor en mi vida, tampoco más abandono. Pero tú no cejaste en tu empeño, siempre has sido una persona decidida a conseguir todo lo que se propone, fuera cual fuese el precio para conseguirlo, y yo no iba a ser la excepción. Ciento ochenta y dos rosas me trajiste; una rosa para cada día que nos veíamos, para cada día que venías a buscarme. Daba igual que fuese en el taller o en mi propia casa. Llegué a la Costa Azul huyendo de un hombre que mataba callando para encontrarme con un hombre hablador que era, además, también un galán.

»La señora Ramié, igual que su hija Huguette, no paraban de advertirme sobre ti. No soportaban la sonrisa que estampabas en mi cara y que ahí se quedara el resto del día, nada más salías por la puerta. Ambas me cogían del brazo, me zarandeaban con suavidad y me decían que no cayese en tu embrujo, que no eras bueno y que acercarme a ti sería mi perdición; que toda mujer que tocabas la destrozabas. Lo que no sabían ellas era que mi perdición habría sido lo contrario, pero al principio me dejé convencer. André me había exprimido las ganas de amar a golpe de indiferencia y me prometí no

volver a confiar jamás en ningún hombre. Necesitaba sacar adelante a mi hija a toda costa, y a mí con ella. No tenía tiempo, ganas ni intención de volver a enamorarme, de volver a confiar. Pero contigo era muy difícil. Tu insistencia no podía ser otra cosa más que sincera. ¿Para qué si no ibas a poner tanto esfuerzo en buscar mi compañía y en pedir que yo fuera la tuya? Seis meses y más de ciento ochenta rosas. Yo me preguntaba qué verías en mí, qué tendría yo para ser merecedora de tantas y tales atenciones. Me ponía delante del espejo, me examinaba hasta donde me llegaba la mirada y no encontraba la respuesta. En aquel momento no me importó tenerla, me bastaba con que la tuvieras tú, y una vez fui tuya no necesité encontrarla; ya te tenía a ti.

»Qué extraño es ahora pensar que hubo un momento en que nadie daba un duro por nuestra relación, ¿verdad? ¡Ay, qué poco sabían y qué cortas eran sus miras! Tú ya anciano, yo todavía sin haber llegado a la treintena. La diferencia de edad y de temperamento, tu fama incuestionable y mi anonimato sin precedentes causaron un vendaval que aprendimos a capear juntas. La gente dice saber amar, pero cuando se encuentra de frente con el amor se asusta. Yo no y tú tampoco; cocinamos a fuego lento el afecto, la intimidad y la rutina, primero lejos de los ojos de la gente, luego sin ambages y sin vergüenza. Nada había que ocultar. Si éramos dos cuerpos destinados a hablar el mismo idioma no lo sé, ahora el destino me parece una cosa perversa, pero sí sé en cambio que caminar a tu lado fue el mejor trayecto en el que la vida podía embarcarme. De esto estoy segura.

»Ahora que el vacío se extiende delante de mis ojos no puedo evitar preguntarme qué habría sido de mí de haberme conformado con André, de haberme quedado en Bobo-Dioulasso con él. Cuando pienso en mi vida antes de ti la siento tan lejana que me da la sensación de que desde entonces he vivido por lo menos tres vidas: la que soñé, con la que me encontré y la que tú me regalaste. No sé si pediste algo a cambio, creo que no fue necesario: estaba dispuesta a dártelo todo. No todos los días, no todas las vidas tiene una la oportunidad de conocer y casarse con un genio de tu calibre. Pagaría de nuevo, una y otra vez, el precio que fuera por volver a hacer lo mismo. No cambiaría nada, al

menos nada que tenga que ver contigo. Sé que mi vida antes de ti me queda muy lejana porque apenas he pensado en ella desde que te conocí. A ti no te interesaba de dónde venía, solo que estuviese a tu lado y que no abandonase tu vera, y eso hice. Pero ahora, en este día tan frío, no puedo evitar pensar en el día de mi primera boda. Quizás sea cierto que todo empieza y termina de la misma forma, con un frío gélido que se siente por fuera y te destroza por dentro. Cuando me subí al altar para casarme con André lo hice tiritando, no sé si por los nervios, por el frío o por las dos cosas. Recuerdo aquel diciembre como uno de los más fríos de toda mi vida. Uno de los más fríos de toda mi vida hasta ahora, que me obligas a adentrarme en un diciembre perpetuo en el que tu presencia no actuará como manta que me resguarde de la intemperie. ¿Qué lo hará? ¿Qué mantendrá mi tibieza ahora que no estás? Dime. Háblame. Ayúdame. No puedes, ¿verdad? Es ya demasiado tarde.

»Volvería ahora mismo al día en que nos casamos. Cuánto insististe para que eso pasara y cuánto me resistí también. No quería dar alas a quienes querían cortárnoslas, no quería nada de ti más allá de lo que ya me dabas. No buscaba ser señora, solo tu compañera. Que me dejases acompañar tus días, amenizar tus tardes y velar tus noches. Pero tú querías más. Nunca se te ha dado demasiado bien estar solo, ¿verdad? Tenías demasiado amor en el pecho pero nunca supiste expresarlo a través de otro lenguaje que no fuera la pintura. Nunca me sentí tan querida como cuando me pintabas, porque lo hacías obsesivamente. Pasabas más tiempo encerrado en tu estudio que a mi lado, pero verme en tus cuadros era la constatación de que me llevabas contigo a todas partes, en tu cabeza y en tu pensamiento. ¿Qué puede haber más bonito que eso? ¿Existe honra más grande en este mundo? No, creo que no.

»No eras ducho en gestos pero sí en manifestaciones, y yo bebía de ellas como si acabara de regresar de pasar treinta días en el desierto. Bebía y bebía y bebía pero nunca me saciaba. Sabía que si la muerte no te apartaba de mí lo harías tú mismo. Y entonces llegó la propuesta de matrimonio, llegó el papeleo y llegó la llamada que nos confirmaría que esa misma tarde del 2 de marzo nos íbamos a casar en el juzgado.

Oh, ¡qué divertido fue echar un pulso con la prensa, con las amistades y con la familia! De nuevo dos niñas pequeñas urdiendo su próxima jugarreta. Y vencimos. ¡Qué contento estabas a medida que pasaban los días y nadie imaginaba nada! ¡Cuánto reímos fingiendo que era otro día más en nuestra rutina! Doce días pasaron hasta que nuestra cara apareció en las portadas y los fotógrafos en la puerta. Las llamadas pidiendo explicaciones y nosotras renegando de darlas. El amor no entiende de explicaciones, tú y yo lo sabíamos. El mundo tardaría un poco más en darse cuenta.

»Si pudiera tumbarme aquí a tu lado y fundirme en tu sueño lo haría. Me dejaría arrullar por una muerte precipitada con tal de encontrarme contigo al despertar del duermevela. Abre los ojos, abre esa boca y dime que esto es un mal sueño. Dime que vienes a buscarme para llevarme contigo. Dímelo, te lo ruego. Pero no dices nada y me dejas aquí hablando sola. Así me quedaría los años que me quedan por delante, pero de un momento a otro vendrá esta gente a molestarnos, a separarme de ti porque no se dan cuenta de que tú solo estás dormido. Estás dormido, pero despertarás pronto y, cuando lo hagas, te recibiré con lágrimas de emoción y abrazos llenos de cariño. ¿Qué voy a hacer, querido? ¿Qué voy a hacer con todo este amor que tengo todavía dentro y que solo puede ser para ti? ¿Lo cuelgo en las paredes, lo estampo en las cartas, me rasgo con él las vestiduras? No hay flores suficientes que echar en la tumba que será tu altar y que escenifiquen el vacío enorme que dejas, la falta que creas con tu partida.

»Hay gente que dice que ser madre es el mayor regalo. Es mentira. Para mí el mayor regalo fue ser tu esposa, tu compañera, tu confidente, tu cuidadora. Sé que Cathy no lo entiende y que es demasiado tarde ya para que lo haga, pero te he cuidado a ti más y mejor que a nadie. Mejor que a mí y mejor que a ella. Sabes que no me lo ha perdonado nunca, igual que a ti tampoco te lo perdonaron tus hijas. Pero ellas no entienden que el destino nos viene dado y que nuestro único cometido es cumplirlo. Mi destino fue entregarme a ti y el tuyo entregarte a tu arte. Yo fui vagando de casilla en casilla, de compromiso en compromiso, y no empecé a vivir hasta que tú no

viniste a sacarme de la inercia, a darle un nuevo sentido a mi existencia. Esa inercia que me tenía aletargada y apartada de los placeres que sin ti no habría conocido. Por eso te estaré siempre agradecida. La felicidad que ahora pierdo llevará siempre tu nombre. Hasta luego, querido. Gracias por haberme dado los años más maravillosos, felices y plenos de mi vida.»

Mientras se inclina sobre el oído de su marido para susurrar unas últimas palabras, ninguna lágrima se encuentra con las mejillas de Jacqueline Roque. Al incorporarse se sacude los pantalones para alejar de ellos cualquier arruga y sale cerrando la puerta a su paso. Se queda parada unos momentos en el pasillo, entra en la habitación de al lado y abre la cómoda que hay cerca de su cama, esa que hace tanto que ya no utiliza para dormir. En el segundo cajón hay una pequeña pistola, un pañuelo que bordó con las iniciales de su esposo y las suyas entrelazadas en una paloma —la misma que él solía ir a dibujar con tiza en el suelo de Le Ziquet cuando se estaban conociendo—, una pequeña botella de cristal llena de whisky y una cajita de latón llena de analgésicos. Coge dos, vacía junto a ellos el contenido de la botella en la boca y va al baño para lavarse los dientes y disfrazar el olor a alcohol. Le sobreviene un mareo que la obliga a apoyar los brazos en el lavabo, dejar caer la cabeza entre los hombros y cerrar los ojos. Permanece así varios minutos hasta que encuentra fuerzas para lavarse la cara.

La hipocondría de su marido había ocultado ante el mundo y durante años su dependencia del alcohol. Como todos los ojos se centraban en él en lugar de en ella, el asfixiante peso de las responsabilidades la fue empujando en soledad a hacer de su cuerpo una máquina que nunca descansa. Nunca recurrió al alcohol como un escape, no al menos hasta ese momento; lo hacía como el coche recurre a la gasolina para poder ponerse en marcha. Jornadas interminables de quehaceres que nunca acababan, dolor de huesos y de cabeza que no tenía tiempo para sentir, solo para aplacar. No podía fallarle a su marido, así que no permitía que su cuerpo le fallase a ella. Una copa por aquí. Una pastilla por allá. Y de esta forma iba sobreviviendo al embiste de los días mientras se hundía en un pozo

cada vez más profundo y angosto sin que nadie pareciera darse cuenta.

De camino a las escaleras se cruza de frente con Cathy, que sube a despedirse. Cuando su hija está a punto de abrir la puerta de la habitación de su marido, Jacqueline la agarra de la muñeca y la mira a los ojos. «No lo molestes», le espeta. «Ven conmigo. Tenemos que hacer muchas llamadas.» Cathy la mira perpleja pero no dice nada. Está acostumbrada a la posesividad de su madre respecto a su padrastro, pero le sorprende darse cuenta de que su territorialidad se extiende más allá del umbral de la muerte. Suelta un largo suspiro, se repite a sí misma que el lenguaje del duelo lo entienden solo las dolientes y sigue a su madre. «¿No prefieres que cojamos el ascensor?», le propone en un amago por mostrar una preocupación que en realidad no siente. Lo único que quiere es salir de esa casa, librarse de ese circo. «Sabes que ese ascensor es para mi marido. Tú y yo podemos bajar por las escaleras.» No vuelven a dirigirse la palabra en toda la mañana.

Cuando llegan abajo, Doris y María están ya con los preparativos para el velatorio. Ambas miran a Jacqueline, tratando de calibrar su estado de ánimo y delimitar las líneas que pueden cruzar en ese momento. En el ambiente flota una tensión capaz de hacer añicos una cristalería entera. La señora de la casa parece ida, flotando entre dos mundos y ninguno le pertenece. Camina desorientada por las estancias, entra en la cocina, va hacia la entrada, se acerca al pie de las escaleras, vuelve al baño. El teléfono no para de sonar y cada una de las cuatro mujeres se turna para contestar, recibir el pésame o dar las malas noticias. El Maestro ha muerto. El Maestro ha muerto. El Maestro ha muerto. Que descanse en paz. Lo siento muchísimo. ¿Cuándo es el entierro? Mi más sincero pésame. ¿Lo sabe ya la prensa? Cualquier cosa que necesites, aquí nos tienes. ¿Podemos ir a verte? Jacqueline aguanta la compostura como un chicle de enorme elasticidad, pero todas en esa casa saben que está a punto de romperse. Su serenidad es una equilibrista caminando por la cuerda floja sobre un precipicio de doscientos metros de altura. Doris y María revolotean a su alrededor sin tocarla y sin hablarle, pero dispuestas a

recogerla en pleno vuelo cuando caiga.

En un despiste, Jacqueline Roque sale a la puerta de Notre Dame de Vie con la humedad de la lluvia sobre el suelo como único zapato. Camina hacia el parterre más próximo, las manos enfundadas en sus guantes de jardinería, y empieza a cortar flores. Cuando entra en la cocina para arreglarlas lo hace tarareando, espantando el ciclo de pensamientos intrusivos que amenazan con empujarla fuera de la cuerda mientras deja a su paso una estela de barro y briznas de hierba que María tendrá que barrer y fregar después. Quita las espinas de las rosas blancas, las hojas de las hortensias y corta los tallos de los claveles. Cathy la vigila por el rabillo del ojo mientras se toma otro café, el tercero del día. ¿O es el cuarto? Su madre le da la espalda, permanece ajena a todo cuanto ocurre a su alrededor. La casa parece querer llenarse de movimiento, pero ahora es un bastión si cabe más impenetrable que antes de la muerte del marido de Jacqueline. Con cada visita del médico, cada noche con problemas para que el aire llegase a los pulmones, pusieron en marcha un simulacro que hoy ha dejado de serlo para demostrar su infalibilidad: las hijas del fallecido no pisarán este suelo y sus anteriores mujeres tampoco. Las órdenes expresas que dio el marido ahora cobran vida a través de la imperturbabilidad de su esposa.

Cuando ha terminado de confeccionar el arreglo floral, Jacqueline Roque coge uno de los muchos jarrones vacíos desperdigados por la planta baja, coloca las flores en él y se va en dirección al estudio. No deja de tararear en ningún momento. El sonido que sale de su boca va generando tras ella un eco macabro que rompe la solemnidad que inunda la casa. Se queda parada delante de la puerta y con ella se detiene también el tarareo. Se aclara la garganta, da unos suaves golpes en la puerta y espera unos segundos para abrir. «¡Querido, mira qué te traigo del jardín!», dice mientras entra con una sonrisa. En medio del estudio los lienzos, papeles, botes de pintura y pinceles no son capaces de llenar el vacío que la golpea. A Jacqueline se le escurre el jarrón de entre las manos, que se hace añicos en el suelo y amenaza con cortar sus pies desnudos. A continuación cae ella, a plomo sobre las rodillas, escondiendo la cara entre las manos y rompiendo a llorar.

// NOTA BIOGRÁFICA

Jacqueline Roque, bautizada como Jacqueline Marie Madeleine, nace el 24 de febrero de 1926 en París. Cuando tiene dos años, Georges Roque abandona a su esposa Madeleine, dejándola sola a cargo de Jacqueline y de su hermano André. Madeleine se muda con sus dos hijas al barrio obrero de Villeneuve-la-Garenne y empieza a trabajar como costurera y empleada doméstica. En 1931 se casa en segundas nupcias con Jean Trotin, un mecánico y electricista al que Jacqueline recordará con cariño. En 1944, a la edad de dieciocho años, pierde a su madre: Madeleine muere debido a una congestión cerebral. Un año después, ya terminada la Segunda Guerra Mundial, se emplea como secretaria en una constructora y allí conoce a su primer marido, André Hutin, un ingeniero de caminos callado y poco cariñoso con el que se casa el 18 de diciembre de 1946. Ella tiene diecinueve años.

Dos años después, el 4 de enero de 1948, Jacqueline da a luz a su única hija, Catherine Blanche Hutin. Sufre una profunda depresión posparto los meses siguientes. A finales de ese año trasladan a su marido a Bobo-Dioulasso (Burkina Faso) y la familia vive allí durante cuatro años. Lectora empedernida y de una curiosidad sin límites, Jacqueline no tarda en aprender los idiomas de la zona, el dioula (yulá) y el bambara, pero las continuas faltas de respeto de su marido, sumadas a sus infidelidades, la obligan a tomar la decisión de volver a Francia llevándose a Catherine con ella. Llega a la Costa Azul en 1952, donde se establece en una casa en la zona de Golfe-Juan llamada *Le Ziquet* —es por ello por lo que en las primeras obras que el pintor le dedica, Jacqueline Roque aparece referida como Madame Z.

Cuando lleva un año viviendo en Golfe-Juan empieza a trabajar como dependienta en el taller de Madoura. A pesar de que es habitual encontrarse con fuentes que la ligan a la familia Ramié, propietaria del taller, indicando que era prima de Suzanne Ramié, lo cierto es que no existe ningún tipo de parentesco entre las dos mujeres. Esta no es la única inconsistencia a la hora de acercarse a la biografía de Roque: algunos textos datan su fecha de nacimiento en 1927 en lugar de en

1926. Es en el taller de Madoura donde coincide con el pintor, que por ese entonces lleva un tiempo experimentando con la cerámica. Durante seis meses la corteja sin descanso, hasta que finalmente Jacqueline Roque cede y empiezan una relación que durará dos décadas. En el momento en que se conocen, 1953, ella tiene veintisiete años y él setenta y dos. Como Françoise Gilot había dejado al pintor por aquella época, Roque lo acoge en su casa hasta que se mudan juntas a la nueva residencia de él, La Californie, en 1955. Dos años después, en 1957, Jacqueline se somete a una operación de urgencia por una apendicitis grave. La mala praxis del cirujano la deja estéril.

Desde que se formaliza la relación, Jacqueline vive por y para el artista, retomando las tareas que este solía derivar en todas sus parejas: actúa como su secretaria, su enfermera, su chófer, su asistenta, su modelo y también su estrecha colaboradora. Durante el rodaje del documental que Clouzot hace sobre su marido, por ejemplo, Roque se encarga de rellenar las botellas de pintura, ordenar los colores y rotuladores que ella misma ha encargado a Estados Unidos y hasta le seca el sudor de la frente a su pareja entre toma y toma. Durante los veinte años que dura la relación, Roque se encarga también de adquirir todos los útiles que él necesita para trabajar: lienzos, botes, pinceles, marcos, caballetes, etcétera. Además posa regularmente para él, siendo la mujer a la que más obras dedicaría el artista: un total de más de cuatrocientas, de las cuales 311 llevan su nombre.

Ocho años después, el 2 de marzo de 1961, contraen matrimonio en absoluto secreto: sus respectivas familias y amistades se enteran al ver la noticia en la prensa doce días después. Como regalo de bodas, su segundo marido le regala la mansión de Notre Dame de Vie, a la que se mudan a finales de ese año desde su otra mansión, Vauvenargues, para estar más cerca de los servicios médicos debido a la avanzada edad del pintor, que para entonces ya tiene ochenta años. La relación y matrimonio entre ambas nunca llegará a ser aprobada por entero ni por la familia del artista ni por muchas de sus amistades: algunas biografías del pintor retratan a Jacqueline como

una mujer malévola que «secuestró» al Maestro, aislándolo del mundo en contra de su voluntad, razón por la cual las hijas del pintor llegaron a llamar a la policía para que se personase en el domicilio con el fin de comprobar su estado de salud. Más allá de que Roque tuviera una personalidad posesiva y fuese muy celosa de la compañía de su marido, este también tenía fama de derivar en sus parejas la responsabilidad de las decisiones que tomaba por sí mismo, de modo que es más probable que Jacqueline estuviese siguiendo las órdenes de él que imponiendo las suyas; la entrega y sumisión que refieren los textos que hablan de ella entra en conflicto directo con la imagen de manipulación y maldad que intentan vender de ella al mismo tiempo.

En 1966, Roque se encarga de comisariar en París la mayor exposición de su marido hasta la fecha. Es habitual que ella esté detrás de todas las muestras del pintor: selecciona las obras, las mide para realizar la ficha técnica, diseña la museografía y también redacta la información de paneles y cartelas. El cansancio, el estrés y la responsabilidad que carga sobre sus espaldas va empeorando su estado de salud, hasta que llega un punto en el que cae enferma y exhausta con regularidad. Sufre fatiga crónica y problemas de insomnio que, sumados a la preocupación por el estado de salud de su marido (curiosamente mucho más estable que el suyo propio a pesar de la diferencia de edad), la empujan al consumo desenfrenado de alcohol al final de la década de los sesenta y también al de somníferos a partir de la muerte del artista, en 1973.

Desde esa fecha, Roque se entrega por completo a la difusión de la obra de su difunto esposo donando numerosas obras y realizando varias exposiciones. De hecho, si el *Guernica* y otras muchas creaciones están expuestas en España es gracias a ella y a su incansable labor como comisaria, agente y promotora.

El 15 de octubre de 1986, pocos días antes de la inauguración de una gran exposición en el Museo de Arte Contemporáneo de Madrid —ahora el Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía—, Roque llama por teléfono a medianoche al director Aurelio Llorente para ultimar algunos detalles y asegurarle que unos días después cogerá un vuelo para personarse en Madrid. Tres horas después se mete en

la cama, se tapa con la sábana hasta el mentón y se pega un tiro. Tenía sesenta años.

FERNANDE OLIVIER

¿Sabes? Cuando era pequeña me aterraba la oscuridad. Ahora ya no soy una niña, pero creo que nunca conseguí deshacerme del todo de esa sensación de desamparo, ese sentirme arrastrada hacia un agujero en el que no queda espacio para que entre la luz. Es curioso, teniendo en cuenta que en la actualidad paso más tiempo entre las tinieblas que bajo la luz artificial que ilumina mi hogar, ¿no crees? Prefiero el miedo a la oscuridad que la claustrofobia. Estas paredes de vidrio hacen difícil el ejercicio de respirar. A estas alturas, por suerte, ya no necesito hacerlo.

Tampoco necesito moverme. Ni siquiera pestañear. Mi único cometido es estar aquí, quieta, rodeada de miradas fugaces que me recorren con curiosidad, otras con desconfianza, durante unos breves segundos. Después desaparecen, las pierdo de vista, y son sustituidas por otras. Y así cada día de la semana, excepto los martes. Los martes me quedo a oscuras, en soledad. Nadie viene a visitarme, nadie me rodea por los cuatro costados y, desde luego, nadie proclama que soy algo que podría hacer un niño de cinco años. A mis quince me aburrían soberanamente los domingos, los encontraba deprimentes; ahora me aborrecen los martes. Me gusta su calma, el sosiego con el que van pasando las horas, arrastrándose como lenguas que salen del mar. Pero no su oscuridad. Porque me da miedo la oscuridad, ¿recuerdas? Y los martes me paso el día sumergida en ella.

Mi vida ha sido un catálogo de miedos. Algunos de ellos, superados; otros, en cambio, los llevo enquistados. Me daba miedo no ser amada. Morir sola. Vivir bajo el techo de mi tía. Ser desgraciada. El momento en que mi marido llegaba a casa. Ser enviada al reformatorio. No poder zafarme de la pobreza. Que me matasen de una paliza. Los miedos me visitaban por las noches cogidos de la mano de la oscuridad, se enredaban entre mis rizos pelirrojos y me tiraban de ellos cada mañana. No era la luz entrando por la ventana lo que me

despertaba. Era el miedo.

Los miedos nunca desaparecen, por mucho que te enfrentes a ellos. Simplemente te acostumbras a su presencia, te habitúas a que caminen contigo. Supongo que a eso se refiere la gente cuando habla de «superar» algo. No es que lo superes, es que lo integras como parte de ti, y entonces ya no puede hacerte daño. A veces el daño reside en este acto de anexión. Hay cosas que una nunca debería incorporar como parte de sí misma. Pero de esto la gente no habla tanto. Supongo que es un problema menor, puesto que el fin sigue siendo menos terrible que el medio que te hace llegar a él.

Disculpa, estoy divagando. Paso demasiado tiempo metida en mi cabeza. De hecho, eso es todo lo que soy, ¿no es gracioso? Una cabeza. Una cabeza metida dentro de una cabeza. Una cabeza dentro de una vitrina. Una vitrina dentro de una sala. Una sala de las muchas que forman un museo. *Tête de femme (Fernande)*. 1909. Otoño. Bronce. Fundición a la cera perdida y patinado. Esa es mi ficha de catálogo, esta mi definición.

En 1909 tenía veintiocho años y estaba, sin saberlo, viviendo los mejores años de mi vida. Ahora comprendo que la felicidad es un recuerdo. Habita en el pasado y su vehículo es la nostalgia. Me pasé toda la vida buscando más, esperando más, deseando más. No es que fuera desagradecida, es que fui inconformista. Y me arrepiento, vaya si me arrepiento. Pero en aquel momento no podía imaginar que aquello era todo lo que la vida podía darme. Así que me fui. Saber todo lo que vino después me entristece, pero las vidas que imaginamos son siempre mejores que las que tenemos, porque las vidas que imaginamos nunca son reales. Las posibilidades de la imaginación son infinitas, no en cambio las de una vida, desde luego que no las de la mía. ¿Quién hubiera podido imaginarlo? Nadie. Ese es mi consuelo.

Y aquí estoy ahora, sumida en la oscuridad de un martes como otro cualquiera, manteniendo una conversación en mi cabeza como si hubiese alguien aquí para escucharme. Como si pudiera abrir estos labios deformes para contar a través de ellos mi historia. Recordar es lo que me queda. Trazar un mapa conversacional en mi cabeza. Devolver una mirada congelada y desnivelada a toda persona que se

sitúe delante de mí. Hay días en los que me gustaría dar un cabezazo a la vitrina, hacer añicos los cristales, sorprender a quien sea que tenga delante y decirle: «Detrás del busto que analizas, detrás del discurso que construyes a mi alrededor, hay una persona, y detrás de esta persona hay una historia. ¿Por qué no la buscas? ¿Por qué no la cuentas? ¿Por qué no me ayudas?». Si fuera por esta cartela que tengo debajo, no conocerían ni mi apellido. ¿Acaso les interesa conocerlo? ¿Conocerme? No lo sé y tampoco quiero saberlo. ¿Qué más da? Solo soy un pedazo de bronce dentro de una vitrina dentro de una sala dentro de un museo.

Pero tengo nombre. Tuve una vida. Atravesé la miseria. Quise contar mi historia. Y ahora me gustaría imaginar que existes, que puedes escucharme, y contártela a ti también. No tengo nada mejor que hacer, el día es largo y la oscuridad profunda. Escúchame, presta atención, deja que me presente. ¿Ves qué pone aquí? ¿Quién es Fernande? Fernande no existe, no realmente. A Fernande la inventé yo. Fernande Olivier, modelo de artistas. Suena bien, ¿verdad? No fue

fácil. Muchas horas, muchas direcciones, mucha quietud y poco dinero. El suficiente para sobrevivir, para llevarme un trozo de pan a la boca, cubrir mis pies con zapatos y quizás adornar mi cabeza con un sombrero. Fue mejor, sin duda, que lo que la vida me había deparado hasta el año 1900. Fui modelo de artistas porque era eso o morir a manos de mi marido. ¿Quién no lo hubiera preferido? Hui porque me iba la vida en ello. Hui porque mejor la miseria que la muerte. Mejor la miseria que ser humillada, apaleada, agredida y abusada. Preferí la miseria elegida que un matrimonio impuesto. Cada cual es libre de escoger su dolor, y no me arrepiento de haber escogido el mío.

A mi madre tampoco la dejaron escoger, y no sé si de haber podido lo hubiese hecho. Tengo la sensación de que la maternidad es un tribunal en el que toda la sociedad se siente legitimada para tomar parte, y el veredicto siempre sitúa a la mujer en una posición donde su única posibilidad es la de perder. Nunca concebí mi nacimiento como un castigo. Como ya te he contado, siempre esperé y deseé más. Miraba y pensaba en el futuro con ojos plagados de esperanza, sintiendo en mi fuero interno que la vida adulta me guardaba un preciado regalo: libertad, amor y cuidados. Todo lo que no tuve en mi infancia, ni en mi niñez, ni tampoco en mi adolescencia. Solo tenía que esperar. Y eso hice. Me pasé la vida esperando algo que nunca llegó.

Digo que a mi madre tampoco la dejaron escoger porque no sé por qué me tuvo si antes de los tres años me dejó en los brazos de mis tías para no volver a verme nunca más. ¿Quizás esperaba por parte de mi padre un apoyo que cuando nací no le dio? ¿Quizás pensaba que no podría darme lo que necesitaba? ¿Quizás no contemplaba moralmente el aborto pero al mismo tiempo le repugnaba ser madre? ¿Y qué hay de mi padre?, puede que te preguntes. Más de lo mismo. Un silencio atronador, un vacío incapaz de llenarse. Nunca entendí, en cambio, el motivo por el cual mi madre siempre se llevaba la peor parte de las críticas en lo relativo a mi abandono. ¿No había mi padre hecho lo mismo? Entonces, ¿ por qué mi tía Alice la juzgaba solo a ella? ¿Era porque mi madre era su cuñada y la consideraba indigna para su

hermano? ¿O era porque había cruzado los límites que una mujer nunca debe cruzar? Ser madre soltera en 1881, parir a una hija fuera del matrimonio y ponerle su apellido. Amélie Lang. Ese es mi nombre, esa es mi cruz. Una sucia bastarda, así me hacía sentir mi tía. Una niña caída en desgracia mucho antes de nacer, antes incluso de poder pactar mi propio destino. Mi mente de niña no era capaz de entenderlo. ¿Es que acaso las hijas que nacemos fuera del matrimonio lo hacemos portando un código genético diferente a las que lo hacen dentro de uno? ¿Qué hay de ilegítimo en traer un bebé al mundo? ¿Cómo es posible que una situación civil manche o proteja el desarrollo de una nueva vida? Material defectuoso, eso era yo. La hija de una mujer que decían que estaba maldita. Maldita no, maldecida sí.

En el colegio, para no reconocer abiertamente el abandono, solía decir que mis padres habían muerto y que eran mis tías quienes se encargaban de mí. En la casa que nunca fue mi hogar ya me recordaban cada semana que no merecía ser querida, así que esta era mi forma de evitar tentar a la suerte y ganarme que me lo dijeran en la escuela también. Era para mí muy extraño tolerar el maltrato de mi tía cada día para después acompañarla los domingos a la iglesia y verla dar limosna, mientras que a mí me quitaba el pan de la boca o me reservaba las peores piezas. Quizás por eso no me gustaban los domingos, porque me obligaban a participar en un circo del que conocía todos los trucos. Ver a mi tía exhibirme con el pecho henchido, mostrando a sus amistades lo buena persona que era por acoger a la hija de una mujer caída en desgracia. Después, cuando llegábamos a casa, a la menor contrariedad levantaba la mano y la bajaba con fuerza sobre mi mejilla. Pero cada domingo se arrodillaba para recibir en la lengua el cuerpo del Señor. Lo que yo recibía era el más cruel de los desprecios. A ojos de la Iglesia ella es la buena cristiana y no yo.

Mi tío era diferente, un hombre amable y cariñoso. Creo que su hija, mi prima Marguerite, le recordaba tanto a su esposa que no podía evitar hacerme a mí más carantoñas que a ella. Y eso enfurecía a mi tía, que lo pagaba conmigo. Nada decía mi prima. Yo la miraba mientras me observaba a través de sus ojos pequeños como canicas y

veía crecer su autoestima, porque ella no era yo. Marguerite no sería la favorita de su padre, pero sabía que ella no merecía violencia y yo sí. Ella era una pequeña burguesita nacida dentro de la «legitimidad»; una niña esperada, mimada y querida. Yo era un pequeño monstruo con el que tenía que compartir habitación. Pero es curioso porque, aunque deseaba fervientemente una caricia, una palabra de amor, un sentimiento de pertenencia, siempre tuve claro que no eran estas las personas de quienes quería recibirlo. Se esforzaron tanto por convencerme de que había algo malo, perverso y torcido en mí que me lo creí, aunque no llegué nunca a confiar en su criterio. Bajo el mío ellas eran todo lo que yo no quería ser. Y creo que esto fue lo que me salvó, al menos durante un tiempo.

Entendí pronto que de esa casa solo me sacarían el amor o el conocimiento. En un principio quise ser actriz, aunque mi tía Alice cercenó mis ganas de decirlo abiertamente. «¡Era ya lo que nos faltaba para que nos hicieras caer en desgracia! Aunque no me extraña, viendo la madre que tienes. De tal palo, tal astilla.» En cambio, cada vez que teníamos visita me hacía recitar innumerables veces ciertos pasajes de algunas obras de teatro que me sabía de memoria. Después, cuando cumplí dieciséis años, pensé que ser maestra me permitiría viajar a Inglaterra, alejarme de París y empezar una nueva vida desde cero. La vida que creía merecer. No fue posible. Intentando huir de un infierno me metí en otro peor. Una a veces se piensa que no puede caer más bajo, que no puede pasarle nada peor, que ya ha llegado a su límite y, de repente, el destino la sorprende. Mi tía solía decir que Dios aprieta pero no ahoga, es decir, que no nos pone en situaciones de las que no seamos capaces de sobreponernos. Creo que no es cierto y que esa frase es una basura. Una forma absurda de obligarnos a tolerar el dolor, el daño y la humillación haciéndonos creer que hay un propósito en todo ello, un aprendizaje que interiorizar. El único aprendizaje detrás del dolor, del daño y de la humillación es que ningún ser humano merece ninguno de los tres, y que nadie debería convencernos de lo contrario. Ni en nombre de Dios, ni en nombre de nadie.

El verano de 1897 fuimos a pasarlo a Méru con la familia del tío

Lambrosse. A pesar de que disfrutaba el cambio de aires, el ambiente opresivo me seguía allá a donde iba. Recuerdo que ese curso quedé tercera en los premios de la escuela, pero nunca era suficiente. El profesorado me recordaba que podría llegar al primer puesto, pero que como era una vaga no llegaría muy lejos. Lo que no comprendían era que en casa no gozaba de la tranquilidad necesaria para sacar adelante mis estudios: mi tía me reprochaba que no fuese mejor estudiante al mismo tiempo que me impedía estudiar. Ni siquiera me permitía leer. Las mañanas de esas semanas que estuvimos en Méru me habría gustado pasarlas en la cama leyendo los libros con los que nos premiaron en la escuela, pero en su lugar tuve que invertirlas dando estúpidos paseos en grupo. No es que no me gustase caminar, es que la compañía era tediosa. Al cabo de unos días me harté, me inventé cualquier excusa para no salir de la cama y dejé que el sonido de los pájaros me meciese de vuelta al sueño mientras las demás salían a dar su rutinario paseo.

Aquella mañana me despertó el aliento del tío Lambrosse. Cuando abrí los ojos lo vi sentado a mi lado, en el borde de la cama, con su cara muy cerca de la mía. Recuerdo el desconcierto que sentí al oírle mentir a viva voz, diciendo que pensaba que le había llamado y que por eso había venido. Yo nunca llamaba a nadie porque estaba segura de que nadie vendría, ¿por qué esa mañana iba a ser diferente? Al cabo de un rato se fue por donde había venido, pero a mí me costó conciliar de nuevo el sueño y me quedé en la cama pensando sobre lo que acababa de pasar. No tardó en volver, supongo que tras comprobar que él y yo éramos las únicas personas que estábamos en la casa. Fue entonces cuando empezó a importunarme con sus preguntas, inquiriendo si tenía novio mientras intentaba acariciarme la cara. «¿Qué pasa? ¿Te estoy avergonzando? A mi edad se me permite todo, y a la tuya no deberías asustarte de un viejo como yo.» Al día siguiente no volví a quedarme en la cama. Fui a pasear con las demás.

La habitación en la que dormía no tenía cerradura, así que me acostumbré a poner el escritorio delante. La siguiente vez que me despertó el tío Lambrosse, me tapó la boca con la mano para sofocar el grito y con la otra traspasó toda barrera generada por mi ropa. Él

sabía lo que estaba haciendo y también lo violento, doloroso, asqueroso e infame que estaba siendo para mí. Pero no paró. Yo, inmovilizada por su peso, con la boca tapada por su enorme mano, no pude hacer nada más que mirar al techo mientras la almohada se llenaba de lágrimas. Aquel verano de 1897 acababa de cumplir dieciséis años. Cuando terminó, me repitió lo que todo el mundo sabía: «No digas nada, este será nuestro secreto. Es mejor así. Si dices algo, nadie va a creerte y tu tía te enviará al reformatorio. Pórtate bien y sé una niña buena, ¿sí?». Por supuesto que Dios ahoga.

Cuando volvimos a París, las ansias de mi tía de deshacerse de mí afloraron a través de una propuesta de matrimonio. ¿El elegido? Un contable que, por edad, podría haber sido mi padre; incluso mi abuelo. No pude hacer otra cosa salvo protestar. No quería casarme, quería irme a Inglaterra a trabajar como maestra. A ella, como es obvio, le daba igual. Mi infelicidad alimentaba su dicha, era un parásito con rostro de mujer. Poco después vino el viejo contable a visitarnos y le expresé con rotundidad mi negativa a casarme con él. Mi tía estaba delante y tuve la sensación de que la bofetada que me propinó retumbó en todo el edificio. Él no dijo nada. Lo que mi tía no sabía y tampoco imaginaba era que me salían pretendientes de debajo de las piedras. Al principio asistí a este hecho con gran estupor; ni me creía bonita ni nadie antes me había dicho que lo fuera, más bien lo contrario. Saberme deseada por muchachos de mi edad me hizo habitar el mundo desde un lugar que hasta entonces desconocía. Era extraño, pero también placentero. Me cansaba de ellos rápido porque eran o muy tímidos o muy babosos, sin embargo durante algunos días o varias semanas me sentía flotando; avivaban mi imaginación de maneras que no creía posibles.

Creo que esta fue la razón que me llevó a aceptar la propuesta de Hélène. Quería presentarme a su cuñado. Hélène había trabajado como sirvienta en casa de mis tías y durante un tiempo fue quien me llevaba a la escuela. Nunca tuve muy claro el motivo por el cual mi tía Alice despedía a las sirvientas a los pocos meses de haber entrado a trabajar en casa, si era porque no las soportaba o porque sabía que yo me llevaba bien con todas. Ahora pienso que Hélène me tendió una

manzana envenenada que mordí con gusto. Supongo que en aquel momento preferí el veneno al aburrimiento, pero lo pagué muy caro. Su cuñado se llamaba Paul Percheron y el día que nos conocimos fue el primero de los catorce que me tuvo encerrada en su apartamento en contra de mi voluntad. En aquellas circunstancias, en lugar de perder la cabeza me sumí en ella. Recuerdo cómo, al pensar en mi situación, las ideas iban y venían chocando entre ellas. No conseguía pensar con claridad, no era capaz de observar objetivamente mi posición. No podía concebir que aquella fuese mi vida, mi presente. ¿Cómo era posible? El pánico me tenía paralizada porque no sabía qué me daba más miedo, si haber sido secuestrada por un desconocido o las consecuencias que podrían acarrearme regresar a casa y enfrentarme a mi tía. Me destrozaría la cara a golpes, me arrastraría de los pelos al convento, ¡o peor, al reformatorio! No, no, no. De verdad. ¿Cómo era posible? ¿Cómo era posible que mis expectativas de futuro se hubiesen reducido a pedazos?

Durante los catorce días que estuve con él, Paul repitió lo que había hecho el tío Lambrosse pero todavía con mayor violencia. Veía en sus ojos el disfrute cuando me agarraba fuerte las muñecas, el cuello y los muslos. Le producía placer hacerme daño. Al cabo de cinco días mi cuerpo era un mapa de marcas rojizas, amarillas y moradas. Mis ojos hundidos en las cuencas, las ojeras arrastrándose por mi cara como metal fundido. Si hubiese sido capaz de reaccionar, me habría reventado la cara a puñetazos por mi cobardía, por mi pasividad, por esa asquerosa sumisión. Su pequeña virgen, me llamaba. Las náuseas se quedaban atascadas en la mitad de mi garganta. No conseguía discernir quién me daba más asco, si él o yo misma. Tampoco conseguía dejar de preguntarme si aquello era lo que llamaban amor. ¿Debía encontrar placer en tal grado de violencia? ¿Tenía que hallar disfrute en esa clase de dolor? Un día llegó tan borracho que, después de que me inmovilizase en el sofá como cada noche, aproveché e intenté escapar. Fui corriendo a la puerta, tratando a toda prisa de abrir la cerradura. Cuando me alcanzó me agarró por la nuca, separó mi cabeza de la pared y la embistió contra la puerta con la fuerza de un huracán, la misma que había empleado minutos antes para

hacerme daño en el sofá. Esa fue la primera vez que me dijo que iba a matarme. La certeza de sus palabras llegaba a mi cara envuelta en motas de saliva. Hélène pensaba que yo era una frígida. Al final acabé creyéndolo yo también. El problema debía ser mío, que no era capaz de disfrutar, y no de él.

Te he contado que estuve dos semanas secuestrada. Quizás habrás pensado que alguien vino a salvarme. Nadie lo hizo. Un día apareció mi tía por la puerta; se había enterado de mi paradero y acudió con un policía, con el conserje y con mi madrina. Le supliqué que me sacase de allí, que me metiese en un convento, que me librase de las garras de ese hombre que descargaba cada día su violencia contra mí. Ella me recordó lo desgraciada que era, me dijo que me merecía lo que me estaba pasando y me dio dos opciones: «O te casas con él, o te envío directa al reformatorio». Paul y yo nos casamos el martes 8 de agosto de 1899, un mes después de que yo cumpliese dieciocho años. De los mil francos de mi dote no vi ni un penique. Todo se lo quedó él.

Cuando nos mudamos a Fontenay, a una casa en medio de la nada, yo ya estaba embarazada. No era el momento, no era el lugar y no era la persona, pero quizás alumbrar una vida hiciese menos desdichada la mía. Quizás él no se atrevería a pegarme delante de nuestra hija, quizás aquella criatura conseguiría ablandarle un poco el corazón, aunque no estaba segura de que lo tuviese. Al ver su poco interés en ser padre, sentí miedo. Sentí miedo porque me di cuenta de que era capaz de arrancarme lo que crecía en mí a base de palizas; pero no hizo falta. Dijo que conocía una mujer que podía deshacerse del problema. Yo no pensaba que mi embarazo fuese un problema, lo era el hombre con el que me habían obligado a casarme. Sea como sea, no hizo falta. Con la llegada del otoño llegó la nieve y con la nieve resbalé por las escaleras, caí de frente y mis expectativas de ser madre se deslizaron por mis piernas en forma de sangre caliente.

Empecé a defenderme. Él era mucho más alto, robusto y fuerte que yo, pero me cansé. Me cansé de quedarme tendida con los brazos abiertos como una Virgen de la Misericordia, me cansé de que me agarrase del cuello mientras mis manos permanecían a ambos lados del cuerpo. Así que empecé a pegarle yo también, a arañarle la cara,

tirarle cosas, gritarle hasta que me escocía la garganta. Siempre perdía yo y después él regresaba a casa con flores, tarta y chocolate, pidiéndome perdón, arrodillándose ante mí y colocando su cabeza en mi regazo. Sabía que era cuestión de tiempo que me matase. En cualquiera de sus arrebatos se le iría la mano, daría un mal golpe (¿hay golpes buenos?) o quizás más de la cuenta. Hay un punto de extrañeza y alienación en saber que la persona con la que convives va a matarte. Confías en que no sea así, pero en cada pelea sientes que la vida se te escapa de los huesos. ¿Esto es todo?, pensaba. ¿Esto es todo lo que la vida tiene que darme? ¿Es que no merezco nada más que violencia? Me negaba a creerlo, no podía permitírmelo. Dios seguía ahogándome, pero escapé. Si mi vida tenía que ser algo, que fuese una huida siempre hacia delante.

Y así llegué de nuevo a París, con lo puesto. Caminé por toda la ciudad, de oficina de empleo en oficina de empleo. Me daba igual el trabajo. Niñera, camarera, costurera, profesora de inglés o de francés. Necesitaba dinero, necesitaba una vía de escape. Fue así como conocí a un escultor: escapando. Parada delante de una pastelería, mirando el escaparate como si llevase sin comer toda la vida. Él me llevó dentro, me alimentó y me ofreció su estudio como casa. A cambio solo tendría que posar para él. Lo miraba con unos ojos tan llenos que titilaban esperanza. Desde ese momento y durante cinco años trabajé como modelo para escultores, pintores y miniaturistas. También posé en una escuela para señoritas. Y para Laurent, por supuesto. Salía de casa a las ocho y media de la mañana, regresaba a la una para comer en veinte minutos, volvía a salir para trabajar durante toda la tarde, y por las noches posaba para Laurent. Ganaba diez francos al día y guardaba una pequeña parte en una cajita. Él lo cogía todo, así que tuve que empezar a esconderlo.

Un par de años después nos mudamos a Montmartre, a un estudio más amplio y mejor iluminado en el que se convertiría en uno de los edificios más famosos de la historia del arte: el Bateau-Lavoir. De estructura laberíntica, albergaba en su interior a la *crème de la crème* de la bohemia parisina, y a mí con ella. Allí nadie tenía mucho dinero, pero las paredes sudaban creatividad y me acostumbré pronto a

considerar que dentro de aquel edificio bullicioso estaba lo más parecido que había tenido nunca a un hogar. ¿Que si fui feliz? No del todo. Trabajaba hasta la extenuación y pensaba que Laurent también, hasta que un día un pintor me canceló la sesión de posado matutina y regresé a casa antes de lo previsto. Nadie me abrió la puerta, así que pensé que Laurent estaría fuera. La conserje, al verme salir del edificio, me contó la verdad: cada mañana, después de que yo me fuese, Laurent se volvía a meter en la cama y no trabajaba durante gran parte del día. No cabía en mí de asombro porque cada mañana, mientras yo desayunaba, él se sentaba a esculpir. Solo fingía.

La primera vez que me pegó fue porque, al llegar a casa agotada después de una durísima jornada de trabajo, como las de cada día, me reprochó que no mantenía la casa limpia y que era mi deber como mujer encargarme de las tareas de la casa. Me atreví a reprocharle que yo era quien traía el dinero a casa, yo quien salía a trabajar, y que por tanto no podía hacer nada más de lo que hacía. Después de mi experiencia con Paul no estaba dispuesta a consentir que ningún hombre volviese a levantarme la mano para bajarla sobre mí sucesivas veces, así que desde ese momento, cada vez que Laurent convertía una discusión en una pelea, me enzarzaba en ella con tanta furia como él. No me importaba que me dejase paralizada, no me importaba que después abusase de mí igual que el tío Lambrusse, igual que Paul. No me malinterpretes, sí me importaba, pero puesto que ese era el único lenguaje amoroso que la vida me había enseñado a hablar, no estaba dispuesta a rendirme a él sin antes haber peleado con uñas y dientes. El desenlace siempre era el mismo, pero me enfrentaba a él sabiendo que al menos había intentado resistirme. ¿Que por qué no me fui de allí? Porque no necesitaba hacerlo. Mi vida no estaba en peligro y había asumido que el sexo, el disfrute y el consentimiento eran conceptos que para mí jamás irían asociados. La violencia y la pasión se confundían de tal manera que cuando recibía la una pensaba que estaba recibiendo la otra. En aquellos momentos era cuando más resonaban en mi cabeza las voces de quienes, a base de repetirlo, me habían convencido de que el problema lo tenía yo. El problema era mi frigidez. Qué palabra más mezquina para hacernos responsables de la

falta de tacto de quien comparte cama con nosotras.

En 1904 se mudó al Bateau-Lavoir un nuevo español. Ni era el primero ni sería el último, pero sí fue el único que vivía en la misma planta que Laurent y yo, con su puerta casi enfrente de la nuestra. Me lo crucé un par de veces, sentía su mirada clavada en mí con fuerza, y era tan descarado que solo me faltaba girarme y darle un golpe en el mentón para cerrarle la boca. Vestía como un obrero, con la ropa llena de pintura. Llevaba el pelo sucio y sus ademanes nerviosos apuntaban a que era un hombre que vivía en un estado de perpetuo desabrimiento, como si se encontrara siempre fuera de lugar. Sentía hacia él una mezcla de atracción y compasión, sin saber muy bien si quería besarle o cuidarle, si necesitaba una amante o una niñera. Era del sur de España, pero se había mudado a París desde Barcelona, y lo cierto es que parecía no tener dónde caerse muerto. Nuestro primer encuentro formal fue un día de tormenta en el que arreciaba la lluvia. Yo llegaba de trabajar, con los pies empapados de tanto meter los zapatos en sucesivos charcos, intentando taparme como podía. Al entrar en el rellano del Bateau-Lavoir ahí estaba él, sujetando en brazos a un gatito precioso que de no haber sido rescatado probablemente hubiese perecido ahogado en la plaza de Ravignan. No recuerdo qué nos dijimos, pero sí que bromeó con algo. Unos días más tarde estaba posando para él en su estudio; un par de semanas después nos estábamos acostando, y al cabo de un mes ya sentía un gran agobio ante la perspectiva de verle. Era cariñoso y servicial, no escatimaba en gestos de amor, pero había en su detallismo una desesperación que me daba miedo. Tenía la sensación de que me quería demasiado, obsesivamente. Quería verme todos los días, dejaba de pintar para esperar en la plaza a que yo llegase de trabajar y pronto insistió en que me mudase con él. No accedí. Me había costado mucho alcanzar una relativa sensación de libertad como para renunciar a ella con tanta facilidad.

Mis sentimientos hacia él eran extraños, casi incomprensibles: en ocasiones lo aborrecía y me prometía a mí misma que no volvería a verle, en otras pensaba que no quería estar en otro lugar que no fuera su abrazo. No era el único hombre al que veía en aquella época. Mi

relación con Laurent tenía ya los días contados cuando una tarde llegué a nuestro estudio y me lo encontré en la cama con una niña que no tendría más de trece años. Su filia hacia las menores me repugnaba y me ayudaba a entender por qué me había ayudado en su momento: era joven, por tanto potencialmente manipulable, y además estaba dispuesta a trabajar para él, lo cual le permitía beneficiarse de mi sueldo y no tener que pedirle favores a su padre, ni preocuparse por ganar dinero él. Recuerdo haber pagado el doble de la tarifa estipulada a la jovencísima muchacha y pedirle que no volviera al Bateau-Lavoir. En cuanto a Laurent, durante mis años con él se había escudado en su condición de artista para justificar sus malos tratos, su temperamento infantil y su narcisismo desmedido. Pero yo conocía bien a los artistas, trabajaba con ellos a diario, los escuchaba hablar en sus estudios, mantenía conversaciones con ellos, y por eso sabía que Laurent era un farsante, como tantos hombres con los que me había cruzado hasta entonces, y como tantos otros con los que me cruzaría después. El imaginario bohemio les había calado hasta los huesos y les había enseñado a disfrazar su mediocridad de talento y su rudeza de genio creativo. Aprendí a distinguirlos y a mantenerme alejada de ellos.

Sunyer, en cambio, era distinto. Él era el otro hombre con el que me veía, también español y también pintor, como mi vecino. Durante años regresé a las páginas que escribí en mi diario durante esa época con lágrimas en los ojos, recordando nuestras visitas al Louvre y al Museo de Luxemburgo. En aquel momento no podía saber que nadie me hablaría de pintura como lo hacía Sunyer, pero así fue. Veía en su mirada un interés genuino hacia mí, muy lejos de la obsesión de mi vecino y también de la condescendencia de Laurent. Estaba acostumbrada a que los artistas me viesen como un objeto bello, disciplinado y profesional capaz de mantenerse inmóvil durante horas, que nunca exigía más dinero del que le pagaban, y que estaba dispuesto a escuchar sus divagaciones; pero ellos no querían oír las mías. Creo que la gran mayoría de artistas veía a las mujeres como una compañía un tanto molesta aunque necesaria, pero nosotras teníamos acceso a retazos de su personalidad que nadie más veía, y

eso tenía y tiene un valor que no mucha gente fue o es capaz de apreciar.

Como te conté al principio, fui siempre inconformista. Dancé entre los brazos de los hombres esperando encontrar aquello que en los libros, en el teatro y en las bocas de la gente respondía al nombre de «amor». Tardé veinticuatro años en encontrarlo, y no fue gracias a mí ni a él: fue gracias al opio. Un día, el vecino me invitó a su estudio con el pretexto de que sus amistades estaban empezando a coquetear con esta sustancia y quería que yo la probara. Estuvimos encerradas en su casa durante tres días, mecidas por el humo, la dejadez y la tranquilidad. Estaba por todas partes: detrás de nuestra frente, en las extremidades, en el ambiente. Las preocupaciones desaparecieron y con ellas también las dudas. No deseé en ningún momento escapar a los brazos de Sunyer —como me había pasado hasta entonces—, dejé de entender por qué me había resistido tanto, comprendí que ya nada me ataba a Laurent ni al estudio que compartía con él.

Finalmente, una calurosa tarde de verano, poco después de ese coqueteo mutuo con el opio, cedí. Era 1905, el mismo año que dejé de trabajar como modelo por prohibición expresa de mi consolidado amante. Sus celos obsesivos no despertaron en mí ninguna alarma, no al menos en ese momento: después de los niveles de violencia a los que mis relaciones con los hombres me habían acostumbrado, dejar de trabajar y poder descansar un tiempo me parecía un precio justo a pagar. Por aquel entonces, creo que hasta miraba con ternura sus intentos por mantenerme a toda costa siempre cerca de él. No me dejaba salir sola a la calle y tampoco le gustaba que abandonase su desvencijado estudio, así que era él quien salía a hacer la compra, con la bolsa debajo del brazo y las llaves dentro del bolsillo, después de haber cerrado la puerta con ellas. Hasta que un día, un incendio en el Bateau-Lavoir casi me obliga a tirarme por la ventana para salvarme. Pasamos tanto miedo, yo al verme en esa situación y él al llegar y ser consciente de ella, que desde ese momento dejó siempre la llave en casa. Una mañana me atreví a salir sin avisarle mientras él estaba fuera, con la mala suerte de que nos cruzamos por la calle: íbamos al mismo sitio. Nada más verme se acercó a mí, me partió la cara de una

sonora bofetada y me llevó a rastras a casa, cogiéndome con fuerza por el brazo. Fue la primera vez que me levantó la mano, y todo el mundo sabe que quien la levanta una vez, la baja varias. Es curioso que le recuerde como el gran amor de mi vida y la persona junto a la que más feliz fui. Ninguno de los hombres con los que estuve fue bueno, pero él no fue el peor.

Rompimos nuestra relación en dos ocasiones. La primera en 1907, poco después de ese suceso. Sus celos me resultaban insoportables, se extendieron desde mi profesión hasta mi comportamiento, como una plaga que empieza por un frutal y termina parasitando toda la cosecha; empecé a medir mis palabras cada vez que estábamos con nuestras amistades, también mis gestos. No soportaba ver mi atención centrada en alguien que no fuera él, y cuando algún amigo suyo me hacía el más mínimo caso, a quien se lo reprochaba de malas formas después era a mí. Cuando estábamos rodeadas de gente, su mirada inquisitorial me avisaba de que cualquier desliz tendría consecuencias. Me cansé. Tuve que recordarle que antes de mudarme con él tenía trabajo, dinero y dignidad. Estuvimos varios meses sin apenas vernos, y si soy sincera contigo creo que eso me hizo más daño. Recuerdo enviarle a Gertrude Stein, una amiga en común, una carta sorprendiéndome de lo mucho que le echaba de menos. No entendía la razón y quería librarme de ese sentimiento, pero antes de que acabase el año nuestros caminos volvieron a cruzarse. Sostuvimos la relación durante cinco años más.

En aquel periodo tuve la suerte y la desgracia de viajar con él a España en dos ocasiones. Visitamos Gósol, Barcelona y también la Horta de Sant Joan. De los cuatro meses que pasamos allí, el recuerdo que me queda es el de un absoluto y áspero aburrimiento. Estuve incapacitada en la cama la mayor parte del tiempo, atravesada por unos dolores que allí nadie entendía, y mucho menos él. Le irritaba mi dolencia y a mí me desesperaba que una persona con tanta necesidad de ser cuidada fuese tan incapaz de cuidar a las demás. En París era yo quien le alimentaba, quien le lavaba la ropa, quien posaba para él y quien mantenía limpia la casa. Él nunca hizo nada de aquello por mí, ni siquiera cuando una infección de riñón que derivó en nefritis me

tuvo expulsando sangre durante más de dos meses. Por ayudar, ni siquiera me ayudó a perfeccionar mis dotes para la pintura y el dibujo. Yo tenía talento para ambas cosas, pero la persona con la que compartía mi vida no estaba dispuesta a darme ningún tipo de consejo, aliento o ánimo para desarrollarme como artista.

Cuando la relación se acabó, me di cuenta de que lo había dejado todo por una persona que no estaba dispuesta a darme nada. Me sentí dolida, no porque yo hubiese querido algo a cambio de mi entrega, sino más bien por una pura cuestión de bondad y reciprocidad. Durante siete años había dejado de lado mi trabajo, mi vida, mi casa y mis aspiraciones por estar con él. Mientras estuvimos juntas trabajé como su única modelo sin recibir ni un solo penique a cambio. Vivimos en la más absoluta pobreza, de tal modo que durante un mes no pude salir de casa porque no tenía zapatos para hacerlo, e incluso hubo veces que pasamos varios días seguidos sin probar bocado. Compartimos la miseria, nos acostumbramos a ella, y fuimos felices a su lado. Salí de su vida justo cuando el dinero, el reconocimiento y el flujo agobiante de los marchantes entraron en la suya, y dolió. Dolió porque mientras yo volvía a matarme trabajando, él se embolsaba grandes sumas de dinero con mi rostro. Mi rostro en lienzos, en esculturas, en dibujos. ¿Y para mí? Para mí nada. Tardé mucho en reprochárselo, en suplicarle que me diera los miles de francos que me prometiera en su momento. Y si lo hice no fue por rencor, ni por orgullo, fue por necesidad. De lo contrario no se lo habría pedido, pero su desprecio era absoluto. Oh, no sabes cómo montó en cólera cuando, llevada por la desesperación, le hice saber que tenía derecho a beneficiarme económicamente de él del mismo modo que él lo había hecho conmigo.

Quise escribir las memorias de los años a su lado no solo en condición de pareja, también en condición de modelo, de amiga y de testigo de una de las etapas más fructíferas de lo que después se denominaría «cubismo» y «vanguardias». Tenía derecho a hacerlo, mi voz también importaba y mi testimonio era insustituible, pero hasta eso intentaron arrebatarme. Él no consentía que nadie generase una narrativa a su alrededor que no pudiese controlar. En cambio, era

justo eso lo que él hacía con nosotras, las mujeres con las que compartía su vida; nos deformaba en nombre del genio, nos desfiguraba en nombre de la creatividad, y se hacía un hueco en el arte y en su historia gracias a ello. Pero no, nosotras no podíamos hacer lo mismo. Era impensable. A través de un intermediario me ofreció un millón de francos por mi silencio, una suma modesta en comparación con todo lo que él ya poseía, pero la precariedad me empujó a aceptarlo. No me arrepiento, era eso o morir de hambre.

Los años 30 trajeron consigo el enraizamiento de un profundo sentimiento de antisemitismo que me tuvo en vilo durante una década. No toda mi familia era judía, pero sí una parte de ella. Roger Karl, con quien compartía mi vida en aquel momento, estaba en la misma situación. Nadie puede imaginar el miedo que se pasa sabiendo que tu integridad está en riesgo a diario. Si no era el hambre, era la pobreza; si no era la pobreza, era la violencia; si no era la violencia, era la persecución. Me he pasado la vida saltando de casilla en casilla, convirtiendo mi trayectoria vital en un tablero donde cada movimiento me llevaba a una nueva amenaza. Todavía hoy me sigo preguntando cómo fui capaz de superarlas todas, de dónde saqué las fuerzas y de dónde el tesón.

Al mirar atrás constato que el amor no figura entre mis mayores carencias, pero quizás sí la amistad. El afecto de quien te quiere sin acostarse contigo, de quien te ama sin buscar placer a cambio. Creo que, salvo algunas excepciones, me costó ser justa con las mujeres, aunque reconozco que ellas tampoco lo fueron nunca conmigo. Confieso que sentía que nos lanzaban a un mundo dispuesto a despedazarnos, y que antes de que lo consiguiera él lo hacíamos nosotras. Celos, triquiñuelas, zancadillas. Era complicado establecer una relación desde la igualdad con los hombres, y también con las mujeres. Con ellos, porque nos veían como seres inferiores. Con ellas, porque peleábamos entre nosotras por ser menos inferiores que las demás. Cuantísimo daño me hizo interiorizar esto. Cuantísimo daño nos hizo a todas, porque todas sufrimos las consecuencias. Nos abalanzamos en brazos de hombres incapaces de querernos, pero ¡cuánto mejor nos hubiera ido a todas de habernos cogido de la mano

y haberles cerrado a ellos la puerta en la cara! Pero no estaba la vida diseñada para que fuésemos amigas, para que fuésemos sinceras, para que nos quisiéramos sin tapujos. Desconfiaba de las demás porque había aprendido a hacerlo hasta de mí misma. Y cuántas decepciones me llevé… Hélène, Gertrude Stein, Marie Laurencin, Alice B. Toklas, Eva Gouel. Todas ellas son puñales clavados en una espalda que todavía hoy seguiría sangrando si fuera yo otra cosa más que un busto, otra cosa más que una cabeza de bronce expuesta en un museo.

Solo en dos ocasiones encontré el amor en la amistad. Una en mi adolescencia, otra en mi edad adulta. La primera fue Antoinette, mi mejor amiga de la escuela. Ir a su casa, estar a solas con ella, era enfrentarme a la vacuidad de mi realidad y, al mismo tiempo, a las posibilidades que podría albergar. La Navidad de 1897 me quedé a dormir en su casa, me puso una mano en su pecho, después la rodeé con mis brazos y nos quedamos dormidas en un enredo. De haber sido otros tiempos, de haber tomado otro tipo de decisiones, quizás ella y yo habríamos compartido algo más que una «amistad intensa», el eufemismo por excelencia para opacar la atracción entre dos mujeres. La recuerdo con el platonismo que suele acompañar cualquier recuerdo tierno de una infancia y una adolescencia que no lo fueron. A mí, que siempre me gustó imaginar, me complace pensar en qué habría sido de nosotras, o qué fue de ella. ¿Habrá sido feliz? ¿La habrán tratado bien? A falta de un pasado compartido, buena es la imaginación.

En 1936, a mis cincuenta y cinco años, llegó la segunda. Ella era mucho más joven que yo, pero me encontraba en un punto en el que ni quería ni podía seguir peleándome con otras mujeres. Ya no. Estaba demasiado cansada, demasiado asqueada, demasiado curtida. Necesitaba una amiga, una confidente, alguien que hubiera pasado por dificultades semejantes para así dejar de sentir que merecía las que me habían sucedido a mí. Todo eso lo encontré en Martha Krill. Ella también había vivido el bullicio, el desenfreno y la pobreza de Montmartre, se había rodeado también de artistas y de hombres que le hicieron daño. Fuimos la una para la otra un bálsamo que aliviaba el peso sobre nuestros hombros. El dolor compartido, aunque no

desaparezca, se hace más llevadero. Nosotras nos ayudamos mutuamente en esa tarea y, ahora, cada vez que pienso en ella lo hago con un inmenso cariño.

Los últimos treinta años de mi vida fueron una mezcla perversa de trabajo, recuerdo y enfermedad. Me fui quedando sorda, perdiendo los dientes, y la artritis deformó mis articulaciones hasta que dejé de reconocer estas manos que tanto habían trabajado y estas piernas que tanto habían caminado. Pensaba a diario en los años del Bateau-Lavoir, en las reuniones numerosas con una salchicha como único manjar, en la alegría cuando alguna de nuestras amistades conseguía vender una obra e íbamos todas a celebrarlo. Éramos jóvenes y, pese a todos los embistes, vivíamos despreocupadas; nos teníamos a nosotras, teníamos toda la vida por delante y no podíamos proyectar los designios que a cada una nos deparaba el futuro, pues eso no era otra cosa que un horizonte que nunca llegaría.

Nunca supe si lo que nos unía era el cariño que nos teníamos o la imposibilidad de irnos a cualquier otra parte a convivir con cualquier otra gente. Nos hacíamos compañía pero también daño. Bastaba con que alguien abandonase la habitación para que el resto empezase a decir maldades a sus espaldas. Las bromas eran afiladas y las burlas, despiadadas. Había generosidad, pero también desconfianza, y la ayuda mutua siempre fue relativa. A medida que fueron surgiendo las oportunidades, con ellas llegó el dinero, y con el dinero vinieron las comparaciones, los celos, la competitividad. A ninguno de ellos le sirvió el éxito. Ganaron estabilidad, notoriedad y mejoraron considerablemente el techo bajo el que vivían, pero perdieron todo lo demás; el calor de la gente, las bromas compartidas, el lenguaje común. Lo conocido se volvió extraño, hostil. Perdimos el contacto y nos volvimos desconocidas las unas para las otras. Los años en el Bateau-Lavoir fueron un sueño colectivo del que despertamos con estupor, casi de manera forzada. Para cuando quisimos darnos cuenta, ya estábamos lejos. Era imposible volver.

Me habría gustado ser recordada no como una musa, tampoco como una amante, ni siquiera como la primera pareja importante de uno de los artistas más conocidos del mundo. En mi vida no hay nada

especial, si consideramos especial algo que ocurre a pocas personas. Nada de lo que viví, nada de lo que me pasó, me pasó solo a mí. La familiaridad con la que hablé siempre de ello lo confirma. Fui una de las modelos más relevantes del París de inicios del siglo XX; conseguí algunos papeles como actriz en cine y teatro en los años 20; compartí comida, techo y necesidad con algunas de las mentes más brillantes de mi época; trabajé hasta que mi cuerpo se plegó como un folio, y amé, amé mucho. Si tuviera que quedarme con algo, no dejaría a un lado lo malo. No olvidaría el maltrato, tampoco el abuso o las incontables carencias, pero fui más que eso. Lo sigo siendo. Con quince años escribí en mi diario: «Siempre creí lo que decían de mí. Creí, como me repitieron siempre, que terminaría en el cadalso, que saldría mal, que sería enviada a un reformatorio, que nunca me casaría por lo fea y maleducada que era, que nunca tendría éxito en nada porque soy vaga, y que no tenía corazón (...) Pero a pesar de todo esto, sigo creyendo que soy sensible y cariñosa. Quiero amar y ser amada, amar a la gente, los animales, las flores, la naturaleza».

No terminé en el cadalso, aunque mi proyecto de vida se torció en el momento en que acepté que Hélène me llevase hasta Paul. No me enviaron al reformatorio, aunque quizás lo hubiese preferido. Me obligaron a casarme, pero no fui fea —lo hubiera preferido a ser desdichada— y tampoco maleducada. Para mi tía, ser maleducada era no tolerar aquello que consideraba injusto, verbalizar mis necesidades y exigir los cuidados básicos que toda niña necesita en su desarrollo, sobre todo cuando sabe que las personas con las que vive pueden dárselos. No fui vaga, de lo contrario no habría sido capaz de salir adelante sin ayuda de nadie, trabajando más de doce horas al día y haciéndome un hueco donde y cuando tuve que hacérmelo, con el viento en contra y las oportunidades también. Ahora sé que tuve un corazón más grande que la mayoría de las personas en las que confié, en quienes creí, a quienes me entregué y de quienes hui. No tuve una vida amable, quizás tampoco ejemplar, feliz solo en fugaces instantes, pero la viví siempre desde la esperanza, el anhelo y la ambición, porque una nunca llega a donde quiere, sino a donde le permiten llegar.

Mi nombre es Amélie Lang, aunque puedes llamarme Fernande Olivier, y todo esto (y más) es lo que me gustaría contarte si tuviera la oportunidad de hacerlo. Ahora soy solo un recuerdo, un busto de bronce de 41,3 centímetros de alto por 26,6 centímetros de ancho que habita la sala 204.1 de un museo, aunque existí más allá de esto. Dios aprieta y Dios ahoga, pero por suerte aprendí a respirar debajo del agua y también con dos manos sobre el cuello.

// NOTA BIOGRÁFICA

Hija de Clara Lang y de un hombre cuyo nombre y origen desconocemos, Amélie Lang nace el 6 de junio de 1881 en París. A los dos años la dejan a cargo de su tía paterna y su padre no vuelve a verla. La relación con su madre no es muy distinta: esta proporciona una pequeña suma de dinero a su tía Alice para que saque adelante a la niña. Hasta los diecisiete años vive con Alice, su prima Marguerite y su tío, que regenta un negocio de plumas y flores artificiales para sombreros.

Debido a los reiterados abusos, malos tratos y falta de cuidados por parte de sus tías, Lang escapa del domicilio familiar acompañada de una sirvienta, Hélène, y es secuestrada por el que se convertiría en su primer y único marido: Paul-Emile Percheron. En 1899 su tía Alice fuerza el matrimonio entre las dos jóvenes, Amélie sufre un aborto espontáneo cinco meses después tras caer por unas escaleras y en 1900 consigue escapar de nuevo a la ciudad. Aunque la práctica de utilizar un pseudónimo era habitual en París a principios del siglo XX, es probable que su cambio de nombre a Fernande Olivier obedezca a la necesidad de no ser encontrada por su marido. Al llegar a la ciudad, comienza a vivir con el escultor maleante y pedófilo Laurent Debienne y se dedica a posar para un gran número de artistas hasta 1905, cuando conoce al malagueño en el Bateau-Lavoir. Gracias a los sucesivos diarios que escribe entre 1896 y 1907 tenemos acceso a un registro en primera persona de la violencia que marca el primer tercio de su vida, además de las dinámicas relacionales habituales entre

hombres y mujeres, también artistas y modelos, en aquella época.

A partir de 1912, un par de años después de sufrir una grave infección de riñón en un viaje a Cataluña, cortará su relación con el malagueño debido a los constantes celos de este, la falta de cuidados y la necesidad de buscar una vida mejor. Sus memorias desde 1904 hasta 1912 son un testimonio vívido y nostálgico del clima de creatividad, precariedad y bohemia que envolvió a quienes vivieron en el Bateau-Lavoir antes de que conquistaran tanto el éxito como la fama. Parte de estos recuerdos aparecerán publicados en el periódico francés *Le Soir* a lo largo de seis entregas. Desde 1918 hasta 1943 convivirá con el actor Roger Karl, alcohólico y consumidor habitual de prostitución.

Durante toda su vida, a excepción de los años que comparte con el malagueño y en los que este le prohíbe trabajar para otros, llegando a encerrarla bajo llave en su estudio con este pretexto, Fernande Olivier combina sucesivos y múltiples trabajos: actriz, profesora de francés, dependienta y modelo. En su última década de vida, la artritis la sume en una situación de extrema precariedad, por lo que decide ponerse en contacto con su antigua pareja para pedirle apoyo económico en varias ocasiones. En la década de los 50 aparece dos veces en televisión. Muere el 29 de enero de 1966 a los 84 años, sola, enferma y sin dinero tras haber publicado varios libros de memorias sobre su vida, su profesión y como testigo irrefutable de la que quizás fuera una de las épocas más importantes de las vanguardias europeas.

EVA GOUEL

Llevan varios minutos en silencio, cada una concentrada en su plato, su copa o algún punto perdido en mitad de la habitación. La conversación fluye con dificultad, es un río que se desliza por las piedras hasta que descubre que estas han formado un dique y se estanca. Todas evitan reparar en las paredes vacías, las mesas desnudas, para no incidir en un vacío ya de por sí tangible. El ambiente es pesado tanto dentro como fuera de la casa, oprime el pecho y las sienes impidiendo pensar, haciendo imposible llevar a cabo el teatrillo de la normalidad.

—Supongo que no es un pensamiento nada original, pero nunca imaginé que viviría una guerra —dice Eva revolviendo los guisantes en el plato con el tenedor.

Lleva días con el estómago cerrado y la garganta en carne viva. Nada entra para que así nada salga. Gertrude la mira con una media sonrisa. Sus ojos expertos observan con compasión a quien empieza a darse cuenta de que la vida nunca es como una espera.

—Hay siempre un momento crítico en la vida. Es en el que nos damos cuenta de que la mayor parte de cosas que ocurren en ella escapan a nuestro control —sentencia deslizando su mano por encima de la mesa para posarla sobre la de Eva, que se encoge de hombros y se inclina hacia atrás, dejándose caer sobre el respaldo de la silla.

El prometido de Eva, amigo de Gertrude Stein desde hace ya una década, abre la boca para decir algo, pero el zumbido de un zepelín que surca el cielo parisino ahoga el sonido de sus palabras.

—¿Qué has dicho? No te he oído —pregunta Eva girándose hacia él con el interés marcado en la frente. Todo lo que él pueda decirle son apuntes que clava en su cerebro como si de las tesis de Lutero se tratara.

Él sacude la cabeza, restándole importancia. No le gusta hablar de la desgracia, ni de la tristeza, ni exteriorizar la preocupación que le

reconcome desde hace meses. Coge su copa y la alza en señal de brindis.

—Brindemos no por la guerra, sino por su fin. Que llegue pronto, que nuestras amistades vuelvan y que sigamos conservando la nuestra hasta entonces.

Sus palabras suenan con la convicción del mentiroso, pero por unos momentos restan tensión al ambiente y aplacan la tristeza que las recorre a todas. Gertrude Stein, Alice B. Toklas y Eva Gouel cogen sus copas y las acercan hasta que entre todas generan un suave tintineo.

El líquido se desliza como un bálsamo por la garganta abrasada de Eva, pero la siguiente vez que traga saliva vuelve esa tos ronca que la acompaña desde hace meses. Le sacude con fiereza el pecho y hace que sus hombros menudos tiemblen. Desde fuera parece que en cualquier momento se le partirá el cuerpo en dos, aunque ella resiste con la furia de un titán. Pide disculpas, arguyendo que se ha atragantado, que qué torpe es, y se levanta de la mesa para enfilar el pasillo en dirección al baño.

De camino intenta no levantar la mirada del suelo. Rehúsa contemplar los huecos que Leo, el hermano de Gertrude, ha dejado por toda la casa, después de llevarse la extensísima colección de arte de las dos para protegerla de la guerra. Esta y otras ausencias la deprimen profundamente. Huecos en las paredes, huecos en la mesa, huecos por las calles, huecos en las vidas de todas. Quienes han tenido la oportunidad han cogido sus cosas y se han puesto a salvo en sus residencias del extranjero, como Kahnweiler, del que reciben noticias por carta siempre que las circunstancias lo permiten; otras muchas amistades, mientras Eva sigue tosiendo por el pasillo, están en el frente defendiendo Francia, como Jean Cocteau, Guillaume Apollinaire y Georges Braque. En la calle quedan las mujeres obreras, famélicas, que producen armamento en las fábricas; las niñas que no volverán a ver a sus padres, a sus tíos ni quizá a sus hermanos, y las mujeres burguesas que parecen no saber muy bien qué hacer con la libertad de movimiento que les brinda tener por primera vez a sus maridos fuera de casa. Eva no sabe si la fuerza de su fe y el empeño de sus rezos servirán para traer de vuelta sanas y salvas a todas aquellas

personas que echa de menos y por quienes teme todos los días. Cada llamada, cada telegrama, cada carta la recibe con el pecho encogido, deseando que traigan buenas noticias. Ahora lo que le encoge el pecho es otra cosa.

Cuando llega al baño se abalanza sobre el lavabo, conteniendo las náuseas que a veces acompañan su tos. Sabe que no puede expulsar

nada porque nada es lo que tiene en el estómago. Su espalda vibra, los hombros se desencajan y el esfuerzo le pone lágrimas en los ojos, que caen raudas por las mejillas en una carrera desesperada por una salud que la va abandonando. El médico le dijo hace meses que lo que tenía era bronquitis, pero el paso de los días y la ausencia de mejora son un zumbido de preocupación constante detrás de las orejas. Parpadea con rapidez para poder mirarse al espejo. Lo único que agradece de la guerra es poder convertirla en excusa para su mala cara. Las lágrimas han creado surcos en las mejillas, desvelando que su color rosado no se debe a la buena salud, sino al maquillaje que se ha acostumbrado a aplicar y retocar varias veces al día. Saca de uno de sus bolsillos una barra de carmín, se da unos golpecitos suaves con ella en los pómulos y extiende el resultado con los dedos.

Antes de que pueda devolver la barra de labios a su sitio, un nuevo ataque de tos la obliga a agacharse otra vez sobre el lavabo, soportando las embestidas como mejor puede mientras se lleva una manga a la boca para aplacar el sonido. Al retirarla ve en ella lo que siempre teme pero siempre llega: sangre. Está tosiendo sangre otra vez. Llorando, esta vez de pura desesperación, abre el grifo para frotar como puede la mancha y hacer que desaparezca. Se inventará cualquier excusa cuando regrese al comedor. Eso en caso de que alguien note el lamparón de humedad en el extremo de su ropa. Ahora, mientras trata sin éxito de serenarse, solo piensa en una cosa. No es la guerra, no son los muertos, no es el vacío de las paredes evocando tiempos mejores. Es que él no puede, bajo ningún concepto, enterarse.

—¡No voy a casarme con él! ¡Ni hablar! —brama mientras sale del comedor con la furia detrás de ella como un perro rabioso que la sigue a todas partes. A su espalda oye a su padre alzando la voz en la cocina y escucha las palabras tranquilizadoras de su madre tratando de calmar la situación. Cuando tiene el abrigo ya en las manos y se dispone a salir de casa cambia de idea, vuelve sobre sus pasos y

fulmina a su familia con la mirada—. ¿Es que habéis perdido la cabeza? ¿No entendéis que mis planes son otros? ¿Por qué no podéis apoyarme? —les espeta, tirando con fuerza el abrigo sobre el suelo.

—Eva, por favor, que no tienes doce años. Tienes ya veintitrés, ¡compórtate! —le pide Marie-Louise, su madre, que se levanta de la silla y se dirige a ella.

Eva empieza a llorar de pura rabia, con los puños apretados y ganas de morderse la lengua hasta arrancársela.

—Mamá, no voy a casarme con *monsieur* Fix. Primero porque podría ser mi padre y eso es algo repugnante, y segundo porque no me da la gana. —Lo dice con toda la resolución de la que puede hacer gala. Con calma pero con ímpetu. Después señala a su padre con el dedo, sabiendo que ese gesto bien puede costarle una reprimenda—. Y tú, papá, tú sabes que Dios tiene preparadas para mí cosas más grandes. ¡Debe tenerlas!

—¿Y si no es así qué harás, hija? ¿Qué será de ti cuando tu madre y yo no estemos? ¿Te crees que las lecciones de costura que te ha dado tu madre te servirán para sobrevivir? ¿Has visto de lo que le sirvieron a ella? ¿De lo que me sirve a mí matarme a trabajar? ¿Cómo vas a aguantar tú con la salud que tienes las jornadas que ella y yo hemos aguantado para darte un techo y un futuro? ¿¡Cómo!?

Al escuchar esas palabras Eva hace un mohín con los labios y baja la cabeza. Su madre se acerca para cogerle con ternura las manos.

—Cariño, tú no sabes lo que es vivir en la más absoluta pobreza pero yo sí, y es mi deber como madre evitarte las penalidades que he tenido que atravesar yo hasta llegar hasta aquí. ¿Entiendes? Esto es por tu bien. No es un capricho. Tu padre y yo queremos lo mejor para ti, ¿acaso lo dudas? —pregunta Marie-Louise mientras sujeta el mentón de su hija para que la mire.

Eva se deshace del gesto, recoge su abrigo y se va a su habitación.

Pocos días después de esta discusión familiar, Eva compró un billete desde Vincennes a París. Desde aquel momento en que desapareció de

casa sin avisar y sin enviar noticias ha pasado ya un año y medio. Es 1910 y el mismo miedo que tenía a que sus padres la hiciesen cambiar de opinión —o, aún peor, que la obligasen a casarse con un hombre que la haría infeliz— la atenaza ahora que está tumbada en la cama con Sylvette, que le limpia las lágrimas con la yema de los dedos.

—¿Me habré equivocado? ¿Crees que debería volver? —le pregunta Eva girándose para tumbarse de lado y así poder mirar a su amiga a los ojos.

—Mira, te consiento que llores, que estés triste, desesperanzada y todo lo que tú quieras… ¡Pero no que digas tonterías! ¿Me oyes? —le dice Sylvette mientras le coge la muñeca y la zarandea con cariño.

Eva sonríe y esconde la cabeza en su pecho, descargando el pesar a través de sollozos. Sabe que su amiga tiene razón y que las palabras que le dedica cuando entra en pánico no la confortan porque se basen en la mentira, sino porque le brindan acceso a una verdad que en ocasiones ella no es capaz de ver. Le pesa haberse ido sin decirle nada a sus padres, le atormenta pensar que con ello puede haber provocado una preocupación de la que no consigan librarse. También le preocupa haber ido dando tumbos, perdida y sin rumbo hasta acabar en el Moulin Rouge cosiendo los trajes, las plumas, las telas de las bailarinas.

—Te oigo, te oigo. Pero no sé, Sylvette. Al venir a París no pensé que todo fuera a ser tan difícil —confiesa a su amiga, acompañando las palabras con un suspiro.

—Ninguna lo pensamos. Nuestra vida no es fácil y puede que no lo sea nunca, ¡pero es nuestra! Todo esto que tenemos, por poco que sea, nos pertenece solo a nosotras. Si te hubieras quedado, tu vida no te habría pertenecido a ti.

—¿Y si no quiero que pertenezca tampoco a Louis?

—Eso lo descubrirás con el tiempo. Si tú no tienes prisa, no permitas que él te imponga la suya. Sabes que Louis carece de muchas cosas, pero la comprensión no está entre ellas. Y si lo hiciera, ya sabes qué tienes que hacer.

—Supongo que tienes razón —concluye Eva dando por zanjada la conversación.

Pero el ruido sigue dentro de su cabeza. No puede dejar de pensar que la independencia es para ella el bien más preciado y, pese a todo, la educación que ha recibido la empuja a poner en entredicho sus deseos. Ansía la libertad pero no se siente merecedora de ella. No desea para Sylvette ni para sí misma otra cosa que ver cumplidos sus sueños: primero un trabajo estable, después no pasar penurias y, en última instancia, que casarse sea una elección en lugar de un mandato, ¡pero es tan complicado! Eva solo quiere trabajar en algo que le guste o que se le dé bien, poder acudir a exposiciones, aprender sobre arte, música y el mundo del espectáculo, no tener que pedir dinero prestado para llenar su estómago y sentir que la vida merece la pena. En cambio, no son pocas las compañeras de trabajo que le dicen que debería casarse, buscarse un hombre con dinero que pueda darle estabilidad, y olvidarse de esas tonterías que le pasan por la cabeza. Ella sabe que no son tonterías y que el único billete a la estabilidad es ella misma. Por eso la mezcla entre culpabilidad y lealtad que siente hacia Louis la atenaza cada vez que lo ve acercándose a ella como un perro deseoso de que le tiren la pelota. Él quiere cogerle la mano para poner un anillo en su dedo, ella solo busca a alguien que la haga sentirse menos sola en un mar de posibilidades que cada día trae consigo la amenaza de un nuevo naufragio.

Louis y ella saben muy bien lo que es llegar a una gran ciudad que se alimenta de tus anhelos, te saca las tripas y las devora delante de la gente. París está llena de oportunidades, pero solo las pone al alcance de quien puede costeárselas. Eva todavía sigue contemplando a través de un cristal todo aquello que la ciudad puede ofrecerle, igual que Louis, cuyo mayor anhelo es poder dedicarse a la pintura, pero tiene que conformarse realizando caricaturas para periódicos. Juntas van capeando el temporal, construyendo recuerdos en las esquinas, las plazas y los parques, tejiendo conversaciones llenas de futuro, pero Eva siente que sigue sin ser suficiente, que esta no es la vida que ella imaginaba ni él la persona al lado de quien vivirla. Hay un nudo en su pecho que no consigue deshacer porque está enhebrado con hilos de acero recubiertos de esperanza. Si la vida es esto, si todo lo lejos que puede llegar es a esta esquina, ¿cómo dejar de pensar en lo que queda

fuera de su alcance al otro lado?

El piso que alquilaron en Rue Schoelcher en 1913 fue una profecía. A través de aquella puerta se abrió ante ella la posibilidad de una nueva vida, una que vivir junto a la persona que amaba. El amor que sentía llenaba las estancias, le calentaba los pies por las noches cuando hacía frío y le susurraba al oído promesas de bonanza. Entre aquellas paredes conoció la plenitud de quien se sabe feliz en el momento en que lo está siendo. No era su felicidad una a la que se tiene acceso desde la nostalgia, sino desde el presente. Podía tocarla con las manos, besarla a cada instante, mirarla con placer. La felicidad era él, el anillo que le había puesto en el dedo y ese piso que se propusieron convertir en hogar. La felicidad era haber dejado de ser Marcelle para volver a nacer, por segunda vez, como Eva. No había artificios, disfraces ni corazas, lo único que existía era la verdad. Hasta que se acercó por primera vez a las ventanas de esa promesa de hogar y lo que vio a través de ellas fue el cementerio de Montparnasse.

Pensaba en ese rectángulo tachonado de tumbas cada vez que tenían que interrumpir algún viaje por sus problemas de salud, cada vez que debía quedarse apuntalada a la cama. Veía en los ojos de su prometido el terror que ella se esforzaba por alejar de los suyos. Quiso muchas veces coger su mano, agarrarla fuerte y suplicarle que no se fuera, que no la dejara sola. Pero esto habría supuesto reconocer la inminencia de aquello de lo que no se hablaba, así que nunca lo hizo. Limpiaba con lejía los pañuelos, el lavabo, se frotaba con fuerza los dientes y los labios. La única prueba de su deterioro sería ella misma, no la sangre que iba salpicando cualquier posibilidad de futuro. Si la enfermedad la consumía, que no lo hiciera también decir la verdad. Como una ardilla que va recogiendo frutos para ponerlos a buen recaudo en su guarida, así iba Eva tirando de los días, las semanas y los meses. Cada uno de ellos traía un nuevo dolor pero también un nuevo triunfo.

Al menos así fue durante un tiempo. Ahora, dos años después,

tumbada en la cama de la clínica en la que lleva semanas ingresada, sabe que va a morir. Qué certeza tan horrible. Recoge entre los brazos sus treinta años y contempla cómo se le escurren entre los huecos. Mira las flores que le trajo Sylvette, exuberantes al lado de la ventana, y hace el esfuerzo por levantarse y acercarse a ellas. El sol de invierno no le calienta el cuerpo pero la obliga a entrecerrar los ojos, y entonces la ve. A esa distancia es solo un bosquejo parado delante de la clínica, sin decidirse a entrar. La reconoce por el sombrero y siente que si abriera la ventana el olor de su perfume escalaría hasta ella, se le metería en la nariz y le produciría náuseas. Se queda parada al lado de la ventana el tiempo suficiente para ver que otro punto se le une y Eva sonríe llena de pena. Las sombras del pasado corroboran la gravedad de su estado, la inminencia de la despedida. No recuerda cuándo fue la última vez que vio a Fernande Olivier y ni siquiera ahora tiene claro quién debería disculparse primero. ¿Acaso importa? Es mejor que no traduzca su vínculo a una cuestión de victorias o derrotas teniendo en cuenta que ambas saben que a ella la muerte la dejará pronto fuera de juego. A su lado está Louis Marcoussis, a quien reconoce por su forma de caminar. Muchas veces esas piernas pasearon al lado de las suyas por exposiciones, galerías y museos. Hace mucho tiempo que ya no lo hacen juntas y, mientras se acomoda como puede de nuevo en la cama, Eva desea que esos pies que imagina subiendo por las escaleras del hospital sigan recorriendo por ella el mundo que ya no podrá ver cambiar.

Cuando Fernande y Louis entran en la habitación, Eva ya se ha preparado para la alteración que va a ver en sus gestos. Acierta con la precisión de un reloj. Cada primer vistazo que le dedica una nueva visitante le recuerda por qué lleva más de una semana rehuyendo su reflejo en el espejo. No quiere ver cómo se va consumiendo, no quiere buscarse sin encontrarse. Recibe a su antigua amiga y a su antigua pareja con una sonrisa y abre los brazos.

—La venganza se sirve fría, ¿verdad? —dice con una sonrisa amarga pintada en la cara, haciendo del humor su baza para evitar que algo de por sí incómodo lo sea todavía más.

Sabe por amistades en común que Fernande está ahora dando clases

de francés y recitando poesía en el Au Lapin Agile. Por un momento se olvida del daño que se han hecho, de la cara de decepción de Fernande cuando ató cabos y fue consciente de que era la propia Eva, su amiga y confidente, el otro vértice del triángulo amoroso que formaban las dos junto al pintor. Prefiere recordar la fascinación que ambas sintieron la una por la otra cuando se conocieron cinco años atrás y pusieron en común sus vidas, sus huidas a París sin mirar atrás, sus anhelos por un futuro fulgurante que parecía prometedor, aunque al final para ninguna de las dos lo fue. Las dos jóvenes habían escondido su vergüenza tras pseudónimos que esperaban que las ayudasen a convertirse en las mujeres que ya creían ser. Se conocieron como Fernande Olivier y Marcelle Humbert, pero ambas morirían —una mucho después que la otra— como Amélie Lang y Eva Céleste Gouel. Ahora, reunidas en aquella triste habitación de hospital, entendían que ninguna enemistad sobrevive a la desdicha de ver una vida arrebatada demasiado pronto.

Louis le pide que no diga tonterías, igual que hizo Sylvette unos años atrás, y se acerca a saludarla con un beso en la frente. Eva piensa que si su antigua pareja fuese un sentimiento, ese sería sin duda la tranquilidad. No piensa, sin embargo, en qué habría pasado de haberse quedado con él, en lugar de danzando de un lugar a otro exponiéndose al frío, a los viajes, a los cambios de temperatura y a la humedad al lado de su actual prometido. Sabe que en sus últimos años ha llevado la vida que siempre quiso y no cambiaría la muerte por la comodidad de una existencia insípida. Pese a todo, le coge la mano a Louis, le acaricia el dorso con los dedos y le da las gracias por haberla cuidado tanto y tan bien el tiempo que pasó a su lado. Después mira a Fernande y le comunica que, aunque es consciente de que es tan difícil de creer como tarde para decirlo, la quiso mucho y que su apoyo hacia ella fue siempre sincero.

—Me habría gustado saber hacerlo mejor, pero no pude. Os pido perdón por el daño que os he hecho —concluye, intercalando su mirada entre Louis y Fernande.

Al abrir los ojos le ve de espaldas frente a la misma ventana del hospital a la que se asomó por última vez hace unos días, cuando recibió la visita de Fernande y Louis. La ha despertado el martilleo nervioso de su zapato contra el suelo de la habitación. Percibe su inquietud como una loba olisqueando el miedo ajeno y se revuelve en la cama, carraspeando en busca de su voz. Su prometido se gira y dibuja una sonrisa a modo de saludo, preguntándole qué tal se encuentra. Ella da un golpe suave en la cama para pedirle que se siente a su lado. Hunde con delicadeza la mano en ese pelo oscuro como una noche sin luna y le acaricia la cabeza.

Viene a verla todos los días, sin fallar ni uno solo desde hace un mes. Suele llegar siempre a la misma hora y se queda durante varias, así que ella intenta esperarlo despierta, peleándose con el cansancio a puño descubierto. Sabe lo difícil que es para él enfrentarse a su deterioro porque lo conoce mejor que la palma de su mano. Conoce sus arrebatos supersticiosos y sabe que piensa que la muerte es una enfermedad que se contagia con facilidad. La de su padre es todavía suficientemente reciente como para ver en su mirada el miedo a un nuevo duelo del que solo lo salvarán el trabajo y las mujeres. Porque Eva sabe que hay otras mujeres. No sabe cuántas, pero sí sabe que al menos hay una. Él, que siempre ha sido muy dejado, no ve las marcas de maquillaje en el cuello de las camisetas, tampoco el rastro que el olor de otro perfume deja en su piel. Eva no se lo ha dicho ni va a decírselo: lo que siente es agradecimiento y no rencor, así que se guarda el dolor para sí y lo camufla entre toda la molestia física que siente. Nunca le ha juzgado y no será ahora, en estas condiciones, cuando lo haga por primera vez.

Durante un tiempo, sobre todo al inicio del ingreso, como pareja esquivaron los malos augurios que traían consigo las noticias del médico, los resultados de las pruebas, la voz de las enfermeras por el pasillo. Fuera la guerra seguía y dentro también. Eva veía su desgaste reflejado en el de su prometido, que cada vez llegaba de peor humor, con el ceño más fruncido y la ropa más arrugada. Ella era el bálsamo que atemperaba su cólera y ya no podía seguir haciéndolo. No podía seguir fingiendo que el dolor no se la estaba comiendo por dentro ni

seguir alejando de él el espanto de la enfermedad. Él, en cambio, nunca había sido hombre de fingir. Fuese a través de palabras, gestos o ademanes, Eva veía lo que pensaba como si estuviese hecho de cristal. Sabía que le desesperaba coger el metro cada día para pasar más horas metido en un vagón que al lado de su amada. Le enfadaba no poder encontrar consuelo en el trabajo ni en el placer. Le carcomía saber que su prometida sería pronto un cuerpo frío descansando bajo kilos incontables de tierra. Eva también sabía que si no la había abandonado en el hospital era porque la culpa que sentía por las cosas que hacía fuera era tan grande que visitarla se había convertido en su penitencia.

Eva lo sabía todo pero no decía nada. Habían aprendido a sobrevolar la muerte como buitres sobre la carroña, teniéndola siempre presente pero sin acercarse demasiado. Cuando se conocieron, Eva no era Eva, era Marcelle. Pensaba que cambiando su nombre podría cambiar su destino, crear una vida a la medida de su anhelo, y por eso dejó que Louis la bautizase como Marcelle una velada entre risas y copas de vino. Aquella noche no podía saber, siquiera imaginar, que traicionaría al hombre que tenía sentado delante por el que ahora está sentado a su lado. ¿Pero qué podía hacer ella? ¿Cómo resistirse al huracán? Era imposible. Ese huracán la hizo renacer, le devolvió su nombre y con él las ganas de un futuro prometedor. Ahora no tenía claro quién moría, si Marcelle Humbert, Eva Gouel o las dos. Por un hombre sustituyó su nombre y por un hombre lo recuperó. Quizás quien vaya a morir sea una mujer que todavía no ha nacido, que todavía no se ha colado por los recovecos de la historia de las personas a las que quiso, a las que traicionó y las personas a cuyo lado quiso construir algo grande. ¿Qué quedaría de ella cuando dejase ese mundo para pasar al siguiente? Entonces no sería un buitre, sería una paloma. O no, todavía mejor: un ave migratoria que viajase a todos los lugares a los que ella no pudo.

—Gracias por quedarte a mi lado. —Las palabras de Eva se cuelan entre sus labios como un hilo de voz y ve prendida en los ojos de él una chispa de desconsuelo que oculta bajando la mirada. Quiere aliviar el peso que siente, el remordimiento que arrastra, los secretos

que no confiesa. Le gustaría decirle que no pasa nada, que entiende lo que está haciendo, por lo que está pasando, y que para ella su mayor miedo nunca fue su cuerpo conociendo a otro cuerpo, sino el suyo propio muriendo en soledad. Que sabe que no son pocas las mujeres que mueren solas, abandonadas, incluso sin necesidad de que una enfermedad devastadora las consuma hasta convertirlas en cenizas que respiran un último aliento. Pero una vez más, Eva no dice nada más de lo que ya ha dicho. Sus silencios siempre fueron un misterio que ninguna de las dos consiguió descifrar y quizás por eso, dentro de lo que cabe, fueron tan felices juntas. Eva no podía darle acceso a lugares de sí misma que desconocía y para él era necesario que así fuera.

—¿A qué otro lugar iba a irme, *ma jolie*, si tú eres mi casa? —le responde el joven levantando la cabeza para mirarla quizás por última vez.

Eva le acaricia la cara y deja que descanse la cabeza en su mano. Las mentiras a veces son solo una verdad a medias.

// NOTA BIOGRÁFICA

La corta vida de Eva Gouel es una incógnita a muchos niveles, empezando por su nacimiento: sabemos que nació en 1885, pero desconocemos el mes y el día. Hasta los veintitrés años vivió en Vincennes, una villa a las afueras de París, con su madre Marie-Louise y su padre Adrien. Algunas hipótesis afirman que su madre podría haber emigrado a Francia desde Polonia huyendo de la pobreza y buscando una vida mejor, pero las informaciones son difusas y en ocasiones contradictorias.

En 1908, Eva Gouel abandona Vincennes empujada por una propuesta de matrimonio que su familia no le permitía rechazar. Llega a París sin una meta fija e intenta buscarse la vida como mejor puede, hasta que consigue trabajo en el Moulin Rouge como costurera gracias a su amiga y compañera de habitación Sylvette, que la avisa de una vacante en el cabaret.

Desde el momento en que llega a la capital abandona su nombre de pila para sustituirlo por Marcelle Humbert, puede que por iniciativa propia o animada por Ludwig Markus, su pareja durante tres años. Era habitual que las personas con ambiciones artísticas que llegaban a París afrancesaran su nombre (como Ludwig, más conocido como Louis Marcoussis) o se inventasen un pseudónimo. En 1910 estaba trabajando en el Circo Médrano, seguramente como coreógrafa, y es en esa época cuando coincide con Amélie Lang (Fernande Olivier) y su pareja, el pintor español. Marcoussis admiraba mucho el trabajo del malagueño y Gouel conecta al instante con Olivier. Durante aproximadamente dos años ambas parejas se reúnen cada semana, hasta que el triángulo amoroso que se había formado entre Olivier, Gouel y el pintor deja de ser un secreto. Las dos amigas se distancian y Gouel abandona su puesto de trabajo para dedicarse por entero al pintor. En 1912 pasan el verano en Céret, Avignon y también en Marsella —por entonces centro neurálgico del tráfico colonial de obras de arte—, donde coinciden con Georges Braque y Marcelle Lapré y compran una máscara de la tribu Wobé. La influencia ejercida por esta pieza determinará el paso del cubismo analítico al sintético, ambos profundamente marcados por los lenguajes artísticos africanos, oceánicos e íberos.

El verano siguiente, en 1913, Eva Gouel cae gravemente enferma. Aunque bien es cierto que nunca había gozado de buena salud, lo que en un principio se le diagnostica como bronquitis deriva en otros tres posibles diagnósticos sobre los que no hay unanimidad historiográfica: tuberculosis, cáncer de garganta o cáncer de pecho. En la segunda mitad de 1914, en paralelo al estallido de la Primera Guerra Mundial, su salud empeora, pero la propuesta de matrimonio del pintor —que ella acepta—, las dedicatorias de amor que este le hace en la serie *Ma jolie* de ese mismo año y la correspondencia que se conserva con Gertrude Stein apuntan a que Eva Gouel o bien quiso mantener en secreto su enfermedad o bien esperaba recuperarse en algún momento. En otoño de 1915 ingresó en la clínica de Auteuil y poco más de un mes después, el 14 de diciembre, murió a los treinta años. Lo poco que se sabe sobre ella aparece en las biografías de su

prometido y en las cartas de su círculo. Como ocurre con la mayor parte de las protagonistas, a excepción de Dora Maar y Françoise Gilot, no existe todavía una investigación rigurosa y académica que se centre exclusivamente en su figura.

OLGA KHOKHLOVA

10 de abril de 1912

Madre querida:

Te escribo ahora mismo desde Italia, bañada por el sol de primavera y sintiéndome muy feliz de la gira que estamos haciendo. Siento no poder escribirte tanto como a ambas nos gustaría, pero son pocos los momentos de calma que tengo al día. Ensayamos mucho y muy duro para que las actuaciones sean un éxito (¡y lo son!). A pesar de ser consciente de que no estoy entre las mejores bailarinas de la compañía, me esfuerzo cada día por hacer bien mi trabajo, por ensayar hasta que mis pies no pueden más y por aprender de mis compañeras. Pasamos tantas horas juntas cada día que las siento casi como mis hermanas (no se lo digas a Nina, no vaya a ponerse celosa, que ya sabes cómo es).

¿Tú cómo estás? ¿Cómo van las cosas por casa? Aunque no pueda escribirte mucho, me alegra enormemente recibir tus cartas. Os echo mucho de menos y pienso en vosotras cada día. ¡Te gustaría tanto Italia! Pero creo que también te escandalizaría cómo son aquí los hombres. Tan decididos, tan lanzados, ¡tan pesados a veces! Papá no me dejaría salir de casa si viviésemos aquí en lugar de en Rusia, eso te lo aseguro. Menos mal que a ti puedo contarte estas cosas para que nos riamos las dos. Yo ya les digo, muy digna, «¡o matrimonio o nada!», y entonces los que quedan escandalizados son ellos, ¡pero cuánto nos reímos y qué bien lo pasamos!

Cuídate mucho, mamushka, y dales muchos besos a padre, a Nina y a mis hermanos de mi parte.

P.D.: Te envío una fotografía que nos hicieron la semana pasada, cuando estábamos en París, para que estés tranquila respecto a la salud y felicidad de tu hija.

28 de septiembre de 1914

Querida mamushka:

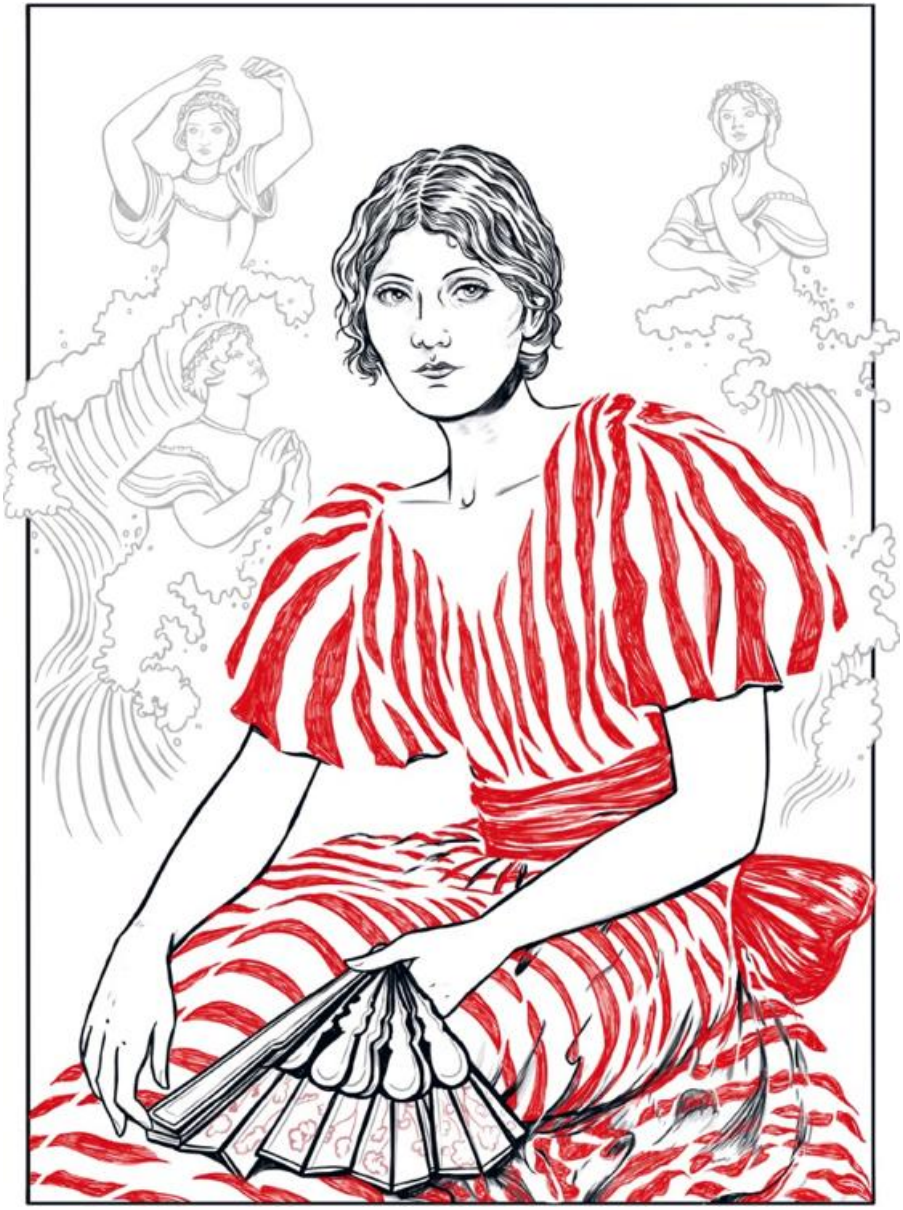
Ayer una de las bailarinas se lesionó tras colocar mal el pie en un giro en el aire. Se partió el tobillo y el médico cree que tendrán que operarla. No podrá volver a pisar un escenario. Se me rompía el alma al verla llorar, primero de dolor y luego de frustración, al enterarse de la noticia. ¡Es tan joven todavía y le quedaban tantas actuaciones por delante! En la compañía no parecen tener piedad ni con las bailarinas que empiezan a envejecer ni tampoco con las que se lesionan. Las tratan como material defectuoso y todas las concesiones que hacían, toda la amabilidad que mostraban salen de escena a la misma velocidad que lo harán ellas. Dios no quiera que me lesione pronto o Diaghilev me enviará a casa sin pestañear.

Mientras tanto, aprendo a hacerme la tonta. Si te soy sincera, creo que no esperan mucho más de nosotras. Todas trabajamos de la noche a la mañana, llevamos una dieta demasiado estricta para los manjares de los que nos rodeamos y nos dejamos la piel en cada actuación, incluso cuando tenemos varias seguidas. Pese a todo, siento que en muchas ocasiones nos tratan como si fuésemos niñas pequeñas. Y eso si tenemos suerte. Prefiero que nos traten como niñas antes que como objetos, que también pasa, sobre todo cuando después de una actuación se presenta algún hombre de mucho dinero a darnos la enhorabuena entre bambalinas. Y si mientras nos congratula puede tocar un poco de cintura, un poco de carne, mejor que mejor. A mí no, desde luego, por eso puedes estar tranquila; aquí todos saben quién es nuestra familia y de dónde vengo (y si no, lo aprenden rápido), pero ya sabes que no todas mis compañeras vienen del mismo lugar, y aquí si no te ampara el estatus, nada lo hace. Por eso intentamos protegernos entre nosotras, aunque no a todos les parece bien; algunos prefieren vernos enfrentadas y su deporte favorito es alimentar la competitividad. Es complicado esquivar esas dinámicas cuando quien las promueve es la mano que nos da de comer. Me pregunto si no sabrán estos hombres hasta qué punto dependen de nosotras, ¡sin bailarinas no hay actuación, por muy buena que sea la obra! Pero hay tantas compañeras cuyas familias dependen económicamente de ellas

que harían lo que fuera para que no las echasen. No puedo juzgarlas, a nuestra familia Dios la hizo nacer con ventaja.

Ni me entretengo más yo ni te entretengo más a ti. Mañana salimos para Gran Bretaña. ¡Echo tanto de menos nuestra casa y nuestras costumbres, mamushka! Estoy deseando estar de vuelta para contártelo todo. Voy tirando de los días que quedan para volver a veros.

Muchos besos,
Olga.



17 de agosto de 1915

Querida madre:

Me siento muy lejos de nuestro hogar. El ritmo que llevamos es frenético y ya he perdido la cuenta de las ciudades por las que hemos pasado. A veces, cuando me despierto, tardo varios minutos en darme

cuenta de dónde estoy: pienso que amanezco en Londres y quizás estamos ya en Suiza. Hace varias semanas que no sé nada de ti, supongo que es más fácil que sea yo quien envíe las cartas; con tanto movimiento de la compañía es probable que para cuando lleguen algunas de las tuyas, nosotras ya hayamos cambiado de destino.

A pesar del agotamiento que conlleva desplazarse constantemente, el trabajo me hace feliz. Mantiene mi cabeza tranquila y mi cuerpo ocupado. Han pasado ya tres años desde que empecé en la compañía y varios meses desde la última vez que nos vimos. Parece mentira, ¿verdad? El tiempo vuela tan rápido que a veces tengo la sensación de que la próxima vez que abra los ojos habrán transcurrido ya diez años. Dios no lo quiera, la verdad.

¿Qué tal está Nina? ¿Sigue yendo a clases de música? Oh, madre, no consientas que lo deje. Sabes que a mi hermana, cuando le vienen los vientos del sur, cambia de idea más rápido que de vestido. Creo que nunca podremos estar suficientemente agradecidas contigo por habernos apoyado, a ella con la música y a mí con la danza. Así que no permitas que abandone, incluso cuando sienta una pereza abismal, ni tampoco la limites. Sé que para ti nuestras ocupaciones, aunque la mía se haya convertido en un trabajo, son pasatiempos previos al matrimonio, pero Nina disfruta de verdad tocando el piano. No solo para deleitar a las invitadas en las fiestas, no solo para matar las horas de los días que se hacen largos. Somos todavía demasiado jóvenes para dejar de hacer lo que nos gusta, lo que nos llena. Ojalá, de hecho, pudiésemos hacerlo toda la vida.

Sé que padre y tú nos habéis dado la mejor educación que habéis podido, y pienso a menudo en qué habría sido de mí si no hubierais tomado esa decisión. Algunas de mis compañeras tienen dificultad para leer e incluso para escribir, así que las que nos desenvolvemos sin problema las ayudamos con la correspondencia. Lo malo es que no podemos hacer lo mismo con sus familias, que, como ellas, se comunican con la dificultad propia de quien está empleando un medio al que no está acostumbrada. Con muchas de ellas es imposible mantener una conversación sobre literatura (¡con la gran literatura que existe en nuestra patria querida, mamushka!) o sobre música. Bien

es cierto que yo tampoco sería capaz de mantener una conversación sobre filosofía, por ejemplo, pero cuando las oigo hablar soy consciente de las carencias que va dejando la vida. Huecos que, en muchos casos, ya es tarde para rellenar.

De nosotras, pese a todo, no se espera que seamos grandes conversadoras, sino grandes bailarinas (o grandes relaciones públicas). Por eso, cuando las que venimos de buenas familias abrimos la boca en alguna velada, hay invitados que abren la suya, pero no para hablar, sino para mostrar asombro. Deben pensarse que detrás de estas caras empolvadas y debajo de estos apretados moños lo que corre es viento en lugar de ideas. ¡Cómo se equivocan!

Espero tener noticias tuyas pronto. Mientras tanto, confío en que vayas recibiendo mis cartas y postales. Intento enviarte una desde cada ciudad por la que pasamos.

Saludos y abrazos para toda la familia,
Olga.

5 de abril de 1917

Querida Nina:

¡No te lo vas a creer, he conocido a alguien y además en las circunstancias más inesperadas! Pero, por favor, no se lo digas a madre, quiero ser yo quien le dé la noticia.

Verás, Diaghilev lleva cerca de un año luchando por sacar adelante un nuevo concepto de espectáculo. Los tiempos están cambiando, Nina, y el ballet con ellos. Con este hermoso continente arrasado por la guerra (¡oh, qué horrible es la guerra!), el público pide nuevos tipos de entretenimiento y las mentes inventan nuevas formas de diversión. Como bien sabrás, por toda Europa surgen corrientes que desafían la norma, lo establecido, y juegan a explorar límites y posibilidades de todos los formatos artísticos. Es por ello por lo que no nos sorprendió que Diaghilev, tras muchas conversaciones con un hombre muy excéntrico que se apellida Cocteau, se dejase llevar por sus alocadas ideas. Tienen entre manos una apuesta muy arriesgada. Ya sabes que

el Ballet ruso goza de gran fama por toda Europa y que eso conlleva una gran responsabilidad, pero Diaghilev y Cocteau consiguieron que Misia Edwards (¡la gran Misia Edwards, Nina!) sufragase todos los gastos y aceptase que fuese nuestra compañía la que saque el proyecto adelante. Se llamará *Parade* y lo estrenaremos en poco más de un mes en París.

Pues bien, el pasado febrero todo el equipo viajamos a Roma para comenzar los ensayos. El concepto de *Parade* es tan novedoso que han contado con varios artistas para realizar los decorados y el vestuario. Aquí no hay plumas, joyas ni orientalismos, así que las bailarinas estamos un poco asustadas por cómo nos acogerá el público parisino el mes que viene, ¡pero eso no es lo importante! Lo importante es que, de manera afín a los tiempos que corren, tan abruptos como inverosímiles, se sumaron al proyecto dos artistas por los que Cocteau siente verdadero entusiasmo, diría incluso fascinación. Son, como él, dos excéntricos: uno de ellos es Giacomo Balla, un italiano futurista de bigote rectangular que te haría mucha gracia, y el otro… ¡El otro es mi futuro marido! Un español afincado en París conocido por ser uno de los cabecillas del cubismo. ¿Te lo puedes creer? ¡Oh, Nina, cómo se nota que estos dos hombres no bailan! ¡No veas algunos de los trajes que han diseñado para nosotras! Con algunos ni siquiera nos podemos mover. ¡Nosotras, que nos dedicamos a bailar, embutidas en unos trajes de cartulina que no nos dejan hacerlo! Hasta este punto será novedoso *Parade*. Una auténtica joya que me costó entender al principio. En ciertos momentos sentí (por suerte, no fui la única) que nos dirigía una panda de chiflados. Ahora, tras tantos ensayos, tantas idas y venidas, tantos cambios y tanto trabajo, creo que finalmente todas las personas involucradas en este proyecto confiamos en él.

Y en cuanto a este hombre… ¡Ay, Nina!, no te voy a mentir… ¡Qué pesado era al principio y cómo le gustaba hacerse el misterioso! Con el pelo peinado hacia un lado, casi como si le hubiesen dado un hachazo en diagonal sobre la frente, vestido poco menos que como un obrero, y con esos ojos que a veces parecen de lobo y otras de cordero, negros como el fondo del mar, siempre aprovechando cualquier excusa para venir a verme. Él hablando en francés con un marcadísimo acento

español. Yo a veces balbuceando en castellano con un marcadísimo acento ruso. ¡Mira tú qué utilidad tan extraña le estoy sacando a las clases de idiomas que madre y padre tanto insistieron que tomáramos!

Pero me gusta, Nina, me gusta mucho. Nos hacemos reír, y diversión es lo que necesito. No quiero acabar siendo una mujer aburrida e insatisfecha; además, ¿qué será de mí cuando no pueda seguir bailando? Mejor él como marido que no un aristócrata que me encierre en casa privándome de lo que más me gusta en el mundo, que es danzar. A su lado siento que podremos entendernos y que, debido a su trabajo y también al mío, podríamos llevarnos bien. Diaghilev seguro que lo contrata con mucho gusto para otras obras, podría venirse de gira con la compañía, y así yo también podría seguir bailando. Quizás a mamá y a papá no les guste demasiado que no sea aristócrata o burgués, ¡pero al menos no es un muerto de hambre! Me ha dicho que algunas de sus obras han llegado a Moscú, así que quizás tengas tú oportunidad de verlas antes que yo.

En fin, querida hermana, estoy emocionada: me he hecho un nombre como bailarina, he viajado por todo el mundo estos últimos años, sé que vosotras estáis bien y ahora por fin he encontrado el amor. Soy consciente de que los hombres mueren a millares en las trincheras, que las mujeres se ennegrecen los pulmones fabricando munición en las fábricas… pero soy feliz. ¿Es esto algo malo? ¿Soy egoísta por sentirme plena entre tanta ruina? ¿Castigará Dios mi vanidad? No lo sé, Nina, no lo sé, pero estoy segura de que tú me entenderás. Ojalá madre y padre lo hagan también.

Te quiere mucho,
tu hermana Olischka.

13 de agosto de 1918

Mamushka querida:

Mi intención no fue en ningún momento darte la noticia por carta, pero hace casi un año que no sé de ti y tampoco de Nina. Desde que me fui de Rusia nunca había estado tanto tiempo sin recibir noticias

vuestras, no entiendo el motivo y me tenéis muy preocupada. ¿Estás enfadada, madre? ¿He hecho algo que te haya podido molestar? Supongo que sí. Seguramente Nina se haya ido de la lengua, así que te pido disculpas. Me habría gustado contártelo antes, pero el ritmo de trabajo no ha bajado, todo lo contrario, y no tengo mucho tiempo para sentarme a escribir. ¡Me he casado, madre!

Si este es el motivo de tu enfado, o si lo es haberte enterado antes por mi hermana que por mí, te ruego que me perdones. Todo ha pasado demasiado rápido, o esa es la sensación que tengo, y ante vuestro silencio no me ha quedado otra opción que tomar la decisión por mi cuenta. Espero que entiendas que tengo ya veintiséis años, una carrera gloriosa a mis espaldas, independencia económica y un amor muy grande creciendo día a día en mi pecho. Intenté esperar hasta obtener vuestro beneplácito, aguardando ansiosa una carta, pero esta nunca llegó. Así que ahora tengo un anillo en el dedo y un marido que me quiere y al que quiero.

Sé que en el fondo te gustaría saber de él. Es bueno, madre. Creo que te gustaría y que os llevaríais bien. Me hace reír, me trata bien, aunque no es muy cariñoso. Pero ya sabes que, en cierto modo, yo tampoco lo soy. En nuestra familia siempre hemos sido más de palabras que de gestos, por lo que no espero de él nada que no me hayáis dado vosotras. A él su familia no lo bañó en cariño, así que entiendo que sea como es. Tú me enseñaste que tenía que respetar a mi marido por encima de todas las cosas y eso hago. Por eso sé que, aunque estés enfadada, puedes estar orgullosa de mí.

Nos casamos el 12 de julio en la catedral Saint-Alexandre-Nevsky de París. Creo que te alegrará saber que lo hicimos por el ritual ortodoxo, respetando la costumbre de nuestra familia. La suya no viene ni de lejos de una estirpe tan buena como la nuestra y me consta que lo pasó muy mal cuando llegó a París, viviendo en un sitio inmundo y alimentándose a base de cosas todavía más inmundas, pero ahora es diferente. Ya es un artista conocido en los círculos de moda de París y gracias a mis contactos estoy consiguiendo que frecuente ambientes a los que de otra forma no tendría acceso. En eso consiste querer a alguien, ¿no? Nos hemos mudado a una casa preciosa en Rue La

Boétie; me encantaría enviarte algunas fotografías para que vieses lo bonito que he dejado el espacio, incluso que vinieras de visita para que así también pudieras conocerla. Podrían venir también padre, Nina y mis hermanos. Aquí hay espacio para todas. Él a veces, cuando se pone gruñón, se burla de lo burgués que es mi gusto, pero también sé que nunca hasta ahora había tenido un espacio tan amplio en el que poder pintar: para él toda la parte de arriba de la casa y para mí toda la de abajo.

En fin, madre. Espero que me perdones en caso de que haya algo que perdonar. Si no puedes hacerlo, por favor, aunque sea escríbeme para decírmelo. Insúltame, que padre me desherede, pero necesito saber de ti. Necesito saber que estáis bien. A París llegan noticias muy fragmentadas del exterior, la mayor parte de ellas sobre la guerra, así que ten compasión. Permíteme saber de ti una vez más o creo que el corazón se me encogerá tanto de la tristeza que desaparecerá.

Te quiere siempre,
tu hija Olga.

20 de diciembre de 1918

Querida Nina:

Recurro a ti llevada por mi desesperación como hija y buscando en ti la complicidad de una hermana. Llevo más de un año sin recibir ninguna noticia de casa. No sé cómo están madre y padre, tampoco he sabido nada de nuestros hermanos y aun menos de ti. No quiero que confundas mi inquietud con descaro y, si así es, te pido disculpas por las formas. Ya no sé qué más puedo hacer para que me volváis a dirigir la palabra, he perdido la cuenta de las innumerables cartas que os he enviado estos últimos meses. Necesito un poco de luz a tanta confusión, Nina. ¿Qué he podido hacer tan mal para merecer este silencio por vuestra parte?

Sé cómo pueden ser madre y padre a veces, y por eso entiendo que puedan estar molestas conmigo por no haber esperado a obtener su beneplácito para casarme. Sé también que quizás madre te haya

transmitido su decepción y enfado, y que tú hayas hecho de ambas emociones las tuyas propias. No he tomado ninguna de estas decisiones desde la maldad, eso te lo prometo. Lo juraría también si no fuera porque rechazo emplear el nombre de Dios en vano. Por favor, eres la única persona que puede ayudarme. Debes hablar con nuestra madre para hacerle entender que vivir en el extranjero a veces es complicado: las comunicaciones no son las mejores, a veces las cartas se pierden por el camino y otras muchas tardan en llegar. Yo ya tengo una edad y, aunque bien es cierto que el ballet me ofrecía todo lo que podía desear y más, no podía seguir retrasando el momento de casarme. He hecho las cosas lo mejor que he podido y lo mejor que he sabido.

Mi marido está ansioso por conoceros, tanto como lo estoy yo de recibir noticias vuestras. Es gracias a él que puedo contener los nervios y ahuyentar un poco las preocupaciones. Varias veces estuve a punto de enviaros un telegrama urgente, la última hace un par de meses. Es un buen hombre, Nina, díselo a madre y padre. Si no he enloquecido a causa de la desazón, como te digo, es gracias a él, que ha conseguido disuadirme cada una de las veces que, presa de la desesperación, me dirigía a la oficina de correos como alma llevada por el diablo para intentar ponerme en contacto con vosotras. ¡He estado incluso a punto de ir a la embajada!

Si no he buscado más formas de contactarnos es porque he pasado por una operación demoledora que me ha tenido alejada del trabajo, de mis quehaceres de esposa y también de vosotras durante varios meses. Ay, Nina, no te haces una idea de cuán presentes os he tenido en mi pensamiento durante esos meses. De no ser por esta maldita escayola, hace ya tiempo que habría cogido un tren para plantarme en la puerta de casa. Pero no puedo. Por eso, hermana, te pido por favor que me ayudes a entender.

Espero noticias tuyas pronto.

Con cariño,
Olishka.

7 de febrero de 1920,

Querida madre:

No puedo describir hasta qué punto tengo encogido el corazón tras leer tu carta. Mi marido tuvo que llamar al doctor antes de que pudiera acabar las líneas que me enviaste de lo afectada que estaba. Sufrí un desvanecimiento que me tuvo en la cama varios días y, pese a todo, nada de esto puede compararse con las dificultades que habéis atravesado estos últimos tres años sin que yo tuviera idea de nada. Oh, mamushka, no hay palabras para describir lo injusta que es a veces la vida y lo inescrutables que son los caminos del Señor. ¿Qué habremos hecho para merecer tan poco de su misericordia? ¿No son conscientes esos bolcheviques de que las reglas que impuso Dios no puede deshacerlas el hombre? ¿Quiénes se creen que son para dinamitar de esa forma el proceder natural de las cosas, el destino de nuestras gentes?

Moveré cielo y tierra para haceros llegar todo cuanto os haga falta. Como no puedo fiarme del servicio postal, copio a mano varias veces cada una de mis cartas para enviarlas en días distintos, a ver si Dios de esta forma se apiada un poco de nuestra familia y permite que al menos el dinero que os envío llegue a tiempo. No puedo abrazarte, madre, pero nunca había tenido tantas ganas de hacerlo. No sabes cuánto siento lo que has tenido que pasar, ¡no hay derecho! También moveré hilos entre los militares y diplomáticos que conozco aquí en París. Muchos de ellos fueron asiduos al ballet, con lo cual espero que sean capaces de transformar el divertimento de ayer en la cooperación de hoy. Es inútil decirte que no te preocupes, pero te lo digo igualmente; encontraremos a padre y saldremos de esta. De eso no te quepa duda.

Si no recibes noticias mías será seguramente porque el correo se ha extraviado. Estoy tratando de buscar formas más fiables de haceros llegar la correspondencia, pero es muy difícil. Aquí la prensa fragmenta la información, y eso teniendo en cuenta que las noticias lleguen. El alcance que tengo de los sucesos que arrasan nuestra querida Rusia se reduce a tus cartas y a las de Nina. Siento que mucho de lo que ocurre allí se me escapa entre las manos antes de que pueda

cogerlo, pero creo que la semana que viene un viejo amigo podrá llevar consigo uno de mis envíos para hacéroslo llegar directamente, sin intermediarios que husmeen en nuestras cartas o se queden con nuestro dinero. Mi marido también está haciendo todo lo que puede y os envía ánimos y fuerzas para superar este embiste.

Con tanto amor como pena,
Olga.

4 de marzo de 1921

Madre querida:

Me complace anunciarte que hace un mes nació nuestro primer hijo, Paulo. ¡Ya eres abuela! Me habría gustado que mi primogénito tuviera un nombre ruso, pero ya sabes cómo son a veces los hombres y mi marido no iba a ser la excepción. No te haces una idea de lo mucho que se ha alegrado al ver que era varón, ¡está como loco con el niño y eso que tiene solo un mes! ¿Padre también se celaba de nosotras cuando éramos pequeñas? Porque el padre de Paulo sí lo hace. Por ahora me resulta cómico, pero espero que sus celos se vayan mitigando a medida que el niño crezca. Como comprenderás, ahora mismo solo tengo ojos para Paulo y, aunque es muy bueno y tranquilo, necesita mi atención de manera constante. Como ya no puedo posar tanto ni tantas horas para mi esposo, supongo que es comprensible que necesite un periodo de adaptación a nuestra nueva vida, pero no imaginaba que la maternidad trajese consigo este tipo de problemas. Sea como sea, te envío con esta carta algunos dibujos que nos ha hecho. Celos aparte, Paulo y yo le tenemos maravillado: nos dibuja todo el rato.

El parto me dejó agotada, perdí mucha sangre y estuve muy débil las primeras semanas, pero ahora me siento con energías renovadas. Hemos contratado una niñera para que me ayude con Paulo y con algunas tareas de la casa. Me ha costado acostumbrarme a su presencia, también a sus consejos. Aquí en Francia no ven con buenos ojos que una madre dé el pecho a su bebé, pero no me fío de esos

compuestos que venden y, por ahora, tampoco quiero a una nodriza viviendo bajo nuestro techo (agradezco que aquí estén cada vez más desfasadas). Además, al padre le pone nervioso tener a gente desconocida en casa, así que entre el chófer, la sirvienta y la niñera tenemos más que suficiente. No entiendo por qué la gente tiene que meter el hocico hasta en una decisión tan personal como dar el pecho.

Como ves, entre tanto revuelo y tantos cambios no he tenido apenas tiempo para escribirte, pero sí al menos para enviarte dinero. ¿Habéis recibido los últimos pagos? Por favor, no me mientas. Sabes que si lo haces Nina terminará contándomelo y no concibo una vida en la cual mi familia necesite ayuda y yo me resista a brindársela. Cuánto me gustaría coger todo vuestro dolor y eliminarlo con la facilidad con la que se aparta una mota de polvo con la mano. Rezo cada día para que el mundo en el que crezca Paulo sea más amable que el que le está tocando vivir a nuestra familia.

Mis mejores deseos,
tu hija Olga.

16 de febrero de 1925

Querida Nina:

Gracias por mantenerme informada sobre el estado de salud de nuestra madre. Sé que está en las mejores manos, pero no puedo parar de pensar que han sido los terribles golpes que os ha dado la vida estos últimos años los que ahora le pasan factura de esta manera. Cuida de ella, por favor, un infarto no es poca cosa y lo que más me asusta es que pueda repetirse. Sigue encargándote de vender todo lo que puedas, al final ya ves de qué nos han servido tantos muebles, tantos cuadros y tanta vajilla: de nada. Lo que importa es que vivamos rodeadas del calor de quienes nos quieren, eso está claro. Todo lo demás viene y va. A mamá no le hacen falta ni los juegos de sillas ni las joyas. Ojalá vendiéndolo todo pudiésemos comprarle la salud que le falta. Estoy segura de que ella lo preferiría, por muy digna que haya sido siempre.

En cuanto a ti, me alegra oír que sigues tomando clases de piano, aunque no creas que apoyo la decisión de tu marido. Me cuesta entender que el orgullo de un hombre esté por encima de las necesidades de una familia. ¿No se da cuenta que dejándote trabajar podrías traer dinero a casa? Con ese dinero, sumado a lo que os envío todos los meses, podríais vivir mucho mejor y sin necesidad de vender tanto. Ni él da un palo al agua, ni te deja darlo a ti. No lo entiendo, Nina, no lo entiendo. ¿Cómo es posible que ciertas cosas cambien tanto y otras tan poco? ¡Y menos mal que al menos te permite seguir tomando clases! Aún tendremos que rezar para que no cambie de opinión y te prohíba eso también.

En ocasiones, cuando mi esposo tiene esos arranques de cólera a los que me arrastra, me cuesta recordar al hombre divertido y detallista que conocí hace ya ocho años, y me pregunto qué hubiera pasado de haber podido seguir en el Ballet Ruso. De no ser por mi lesión, ¿me habría prohibido continuar bailando? Como marido habría tenido todo el derecho a hacerlo, pero supongo que es algo que nunca sabré. Estos pensamientos siento que solo puedo compartirlos contigo. Creo que ambas entendemos bien que, aunque esta sea la meta para la que hemos venido al mundo, el precio que tenemos que pagar por ello es a veces muy alto. Nos preparan toda la vida para esto, para el matrimonio, pero en medio de esas viscerales discusiones me pregunto si no nos quitará más de lo que nos brinda. A ti, desde luego, parece haberte quitado más que a mí, y no sabes cuánto lo siento.

Por otro lado, y cambiando a un tema más ameno, tu sobrino tiene ya cuatro años y su existencia me llena de luz. En ocasiones lo miro mientras juega, mientras come, mientras duerme y me pregunto cómo es posible que haya logrado traer al mundo algo tan bello. Me encantaría que pudiera conoceros, seguro que la salud de madre mejoraría si pudiese tenerlo cerca. Por ahora es una fotocopia de su padre, como habéis comprobado por las fotos, pero creo que su tozudez la ha heredado de mí. A la responsabilidad de ser buena esposa se le suma ahora también la de ser buena madre, pero acometo ambas tareas con la máxima devoción (al menos la mayor parte del tiempo). No renuncio, eso sí, a mi derecho a quejarme. Gracias por ser

mi confidente (no le enseñes esta carta a nuestra madre, por favor, pero sí las fotos y dibujos).

Abrazos y besos,
tu hermana Olga.

2 de junio de 1926

Querida mamushka:

Tu salud me tiene con el corazón en vilo. No soy tonta, sé perfectamente que os esforzáis por ocultar la gravedad de la situación en vuestras cartas. Ahora me arrepiento de haber tardado tanto en tomar esta decisión: iré a visitaros cuanto antes por mi cuenta. Sí, finalmente mi marido no vendrá conmigo. Estos últimos dos años hemos tenido muchas idas y venidas, a él no le gusta demasiado viajar y su ritmo de trabajo le tiene muy estresado, así que no puedo seguir dependiendo de sus decisiones para ir a veros. Me gustaría llevarme a Paulo conmigo, tiene muchas ganas de conocer a su abuela Lidia. He intentado enseñarle lo más básico de nuestro idioma para que pueda entenderos cuando estemos allí.

Después de todo lo que has pasado me entristece pensar que cuando vuelve a llegar la estabilidad, lo que falta es la salud. La vida no perdona, los años tampoco, y todavía menos las preocupaciones. Es como si nos hubieran echado una década encima a todas, ¿verdad, madre? Agradezco mucho a Nina que esté ahí para cuidarte, puesto que yo no puedo. Como sé que será ella quien te lea esta carta, aprovecho para enviaros un beso grande a las dos. Pronto estaré ahí para dároslo personalmente.

Nos vemos pronto,
Olga.

10 de septiembre de 1927

Querida hermana:

Nunca podré perdonarme no haber visto a nuestra madre antes de que nos dejara y nunca podré agradecerte lo suficiente que hayas estado a su lado hasta el último momento. Supongo que esto es todo. Somos huérfanas, Nina. Huérfanas. Esta palabra me pesa como una losa que se va hundiendo en el mar arrastrándome con ella.

No puedo volver. No puedo volver a un país que ya no es el que dejé, a una casa que ya no es mi casa, a un hogar en el que no palpite dentro el corazón de nuestra madre. No podría soportar el peso de los recuerdos, me asfixiaría la nostalgia. Espero que puedas perdonarme. Me cuesta mucho sentarme a escribirte, el dolor me paraliza, el papel se estropea por las lágrimas, me tiembla el pulso al escribir. No sé cuándo podré recuperarme de esto, y no creo que tú vayas a tenerlo más fácil. Quiero que sepas, eso sí, que seguiré asegurándome de que no te falte nada. Ni a ti, ni a mi sobrino. Ay, Nina, menos mal que tenemos a nuestros hijos con nosotras. Ojalá sepamos transmitirles todo el amor que madre nos dio a nosotras, y ojalá ellos nos quieran una tercera parte de lo que nosotras la quisimos a ella. No, no la quisimos: la queremos. Y la querremos siempre, ¿verdad? No sé dónde voy a guardar toda esta culpa.

Siento enviarte una carta tan pesimista. Me atraviesa el dolor de la pérdida acompañado de una incómoda sensación de irrealidad, ¿a ti también te pasa? Pienso todavía (mira si soy boba) que si comprase los billetes y me fuese mañana para allí, llegaría a tiempo para verla, para cogerle la mano y llenársela de besos. A mi cabeza le cuesta entender que madre ya no está, que no hay un rincón en esta tierra al que pueda ir a buscarla. Me pasó algo parecido con nuestro padre, aunque la incertidumbre de su paradero dejó durante mucho tiempo espacio para la esperanza. Ahora desconozco el significado de esa palabra.

Te quiere siempre,
tu hermana Olga.

16 de noviembre de 1930

Madre, hace dos años que nos dejaste y todavía te sigo escribiendo cartas. Las meto en cualquier buzón, el primero que encuentro por la calle, sin remitente, y espero tu respuesta en sueños. Sueños o pesadillas. ¿La más grande de ellas? Mi vida.

Hubo tantas cosas que no pude contarte mientras vivías, madre… No podía, de verdad que no podía. ¿Cómo iba a hacerte partícipe tanto de mi dicha como de mi infelicidad conociendo tu situación? Cualquier problema que asediase mis días menguaba en importancia comparado con cualquiera de los tuyos. Cuánto me arrepiento ahora de no haberte contado todo cuanto me pedías. No me veía capaz, no me hacía sentir bien recibir de vuestra parte miseria y hacerte llegar lujo por la mía. ¿Cómo hablarte de las fiestas, de la alegría, de los banquetes, del amor y del exceso cuando a nada de eso tenías acceso? Sé que te hubiera gustado leerlo, que mis cartas eran una de tus pocas distracciones, pero no supe afrontar la culpa, y ahora me quedo a solas con una todavía más grande.

También debo reconocerte, aunque ahora sea ya tarde, que me pasé mucho tiempo enfadada contigo. Y lo siento. Lo siento porque tú no tuviste la culpa, tampoco la tuve yo. No la tenemos ninguna. Pero en qué farsa más perversa se convierte a veces la vida. Quise reprocharte que me hubieras educado para un futuro que era en realidad una jaula. Fui feliz mientras bailaba, pero cuando tuve que dejar de hacerlo la vida se me empezó a caer a pedazos encima. Al principio fuimos un matrimonio feliz, quizás un poco descompensado en cuanto a expectativas, pero feliz. Realmente creí que esta vida me satisfaría, que sería suficiente. No es así. Ahora lo sé.

Cuando nos casamos, mi esposo y yo firmamos un juramento: nos amaríamos eternamente. Y le creí, madre. Le creí. Hoy sé que me ha traicionado, que está viendo a otra mujer, y qué difícil es aguantar el tipo. Qué difícil es no coger cada jarrón de esta casa para lanzárselo. Para pedirle explicaciones. Para abalanzarme sobre él y zarandearlo. Me ha engañado. Me está engañando. Me ha llevado bien cogida de la mano dentro de un laberinto de rosales para después desaparecer, dejándome sola entre las espinas. E intento aguantar, te prometo que intento aguantar. Pero es tan difícil mantener la compostura. Fingir

una sonrisa cuando lo que quieren mis labios es un grito.

Te apenaría saber que he cortado el contacto con nuestra familia, con nuestra querida familia. Es demasiado el dolor que conlleva. Son demasiados los recuerdos, y también demasiadas las responsabilidades. No puedo contarle a Nina la verdad, no puedo hacerla partícipe de mi desdicha. La suya, igual que la tuya, siempre fue mayor. Nunca en vida habría osado empañar vuestro dolor con mis nimiedades. Pero ahora… Ahora puedo escribirte sin miedo. Quizás sea lo único que no me dé miedo hoy en día. Escribirte.

25 de octubre de 1935

Querida madre:

Toda casa que habito me recuerda el alcance de mi fracaso. Por eso ya no vivo en casas, sino en habitaciones de hotel. Paulo vive conmigo, me concedieron la custodia por decisión judicial, pero un adolescente no puede cargar con el duelo de una madre. Tampoco entender la gravedad de lo que ha hecho su padre. Estoy sola, muy sola. Me atenaza el dolor y no puedo evitar sentirme desdichada. Le escribo, le escribo compulsivamente y no dejaré nunca de hacerlo. Le recuerdo sus promesas, pero sobre todo sus deberes. Deberes que ahora sé que nunca tuvo intención de cumplir. Ni como marido ni tampoco como padre. Dice que Paulo le recuerda mucho a mí y por eso el niño, cada vez que vuelve de verle, lo hace con la cara ensombrecida. Vive a la sombra de un gigante que se esfuerza por hacerle sentir todavía más pequeño. Y a mí también, como si la vida no me hubiera ya empequeñecido bastante.

Al principio, madre, pensaba que iba a perder la cabeza. Quizás la esté perdiendo ya, no lo sé. No estoy segura de que me importe. La vida que con tanto esfuerzo me volqué en construir ya no existe. ¿Mi carrera como bailarina? Cercenada por una lesión. ¿Mi matrimonio? Hecho pedazos por un choque de titanes. ¿Mi maternidad? Desbocada. ¿Mi economía? Siempre al borde del colapso. ¿Te puedes creer, madre, que intentó arrebatárnoslo todo? Hablo en plural porque el daño no solo me lo hizo a mí, sino también a Paulo. Después de haber

aguantado sus desaires, después de haberme visto arrastrada por el suelo con mi melena bien asida entre sus manos, después de haber hecho por él todo lo que pude y más… quiso divorciarse. ¡Solo muerta, le dije! Toleraría lo que hiciera falta, pero nunca tal ofensa a Dios. Su descaro, madre, tendrías que haber visto su descaro. No iba a consentirle el divorcio, pero él tampoco tenía pensado concederme lo que me corresponde: nada más y nada menos que la mitad de sus bienes, incluso cuando él pasó a ser propietario de todos los míos cuando nos casamos. No hizo ascos a la vida burguesa cuando la conoció de mi mano, cuando le abrí puertas a nuevos compradores, a nuevos contactos, a un nuevo tren de vida… Nunca hizo ascos a los trozos de pastel que con cariño compartí con él, en cambio él conmigo no está dispuesto a compartir ni las migajas. Ni conmigo, ni con su hijo. ¿Cómo no voy a sentirme desdichada si lo soy? ¿Cómo voy a querer salir de la cama si a mi edad la vida no puede proporcionarme más que desilusiones? Quién me ha visto y quién me ve. No, no quiero verme. Quiero fundirme en este colchón, tapar mi rostro con las almohadas y que me despierten de lo que pensaba que era mi vida sabiendo que lo que tuve fue una horrible pesadilla.

13 de abril de 1950

Mamushka:

Creo que he perdido definitivamente la cabeza. Me he permitido perderla, mejor dicho, a falta de otra cosa que perder. ¿Quiere que sea la esposa loca? Seré la esposa loca. No me importa. Nuestra relación es como un cordón umbilical que se ha ido pudriendo pero que ninguna de las dos partes se atreve a cortar, así que solo me queda esperar a que se gangrene dentro de mí. En momentos así pienso que te marchaste en el momento adecuado. Si yo apenas puedo soportar la decepción, creo que a ti te habría matado. Y verme así también. Desmejorada, pasada de moda, paseando la poca cordura que me queda detrás de él. No tengo nada mejor que hacer. ¿El castillo de Boisgeloup? Recuerdos de un último coletazo de felicidad, de los últimos y únicos vídeos en los que se me vio sonreír. Encapsulados y

guardados a buen recaudo, lejos de las miradas de la gente que me mira con desdén. No se creerían el mundo que había en mí. Un mundo como una pradera resplandeciente. Ahora solo quedan rastrojos, madre. Tendré que salir a quemarlos y que él lo vea. Que él me vea. Que todas sus mujeres me vean. Su vejez las atrae como el polen a las abejas, en cambio de la mía se espantan hasta los espejos. Yo, decrépita. Él, fulgurante. He llegado a pensar que es mi desgracia la que le da vida. Verme desesperada, malhumorada, a veces incluso nostálgica. Si para algo me quedan fuerzas, que sea para hacerle pasar vergüenza. Para recordarle lo que hizo, lo que perdió y lo que me hizo perder a mí con él.

Oh, madre, no me reconocerías ahora, pero tampoco en la imagen distorsionada que él vendió de mí. Me enerva, me come por dentro, me tira de las tripas y me hace enloquecer. ¿Qué fue de esa joven tumbada en el sofá con un abanico? Terminó convertida en un monstruo desnudo sobre un sofá rojo. Esa no era yo, madre. ¿Lo seré ahora? ¿Me habré convertido en la caricatura que él creó de mí? ¿Importa acaso? A veces pienso en hacerle infeliz, y lo deseo con todas mis fuerzas. Otras veces entiendo que eso solo me hace infeliz a mí, ¿pero qué me queda? ¿Puedo hacer otra cosa? Oh, madre, le persigo como me persiguen los recuerdos. Los recuerdos de una vida que nunca tuve. Los recuerdos de una vida que me arrebataron. Si tantos matrimonios aguantan, ¿por qué no pudo hacerlo el mío? Si tantos matrimonios envejecen en compañía, ¿por qué no puedo hacerlo yo? Si tantas promesas pude guardar, ¿por qué no pudo hacer lo mismo él? ¿Habría valido la pena, madre? ¿Te valió la pena a ti? ¿Qué he hecho mal?

La castradora castrada. Así me siento. ¿Cómo pudo hacerme sentir así? ¿Cómo es posible que sean tantos los ingratos que le creen? ¿No ven acaso su éxito? ¿No ven entonces el rastro de destrucción que deja? ¿No son conscientes de la mentira? Una persona tan asidua a hacerse la víctima no puede ser otra cosa que víctima de sí misma mientras nos hace víctimas de él a las demás. Pero no puedo ganar. Ninguna podrá hacerlo. Moriré siendo Olga Picasso, la que abofetea a sus amantes en la playa, la que lo persigue allá donde va, la que no ha

sabido hacerlo mejor como madre, la que se cansó de hacerlo bien como esposa, la que morirá sola y enferma. Olga Picasso. Olga Monstruo. Olga Acosadora. Olga está cansada. Me aterra pensar que cuando me vaya, de mí tan solo quedará esta tristeza.

// NOTA BIOGRÁFICA

Olga Khokhlova, como era habitual en los círculos aristócratas rusos, recibe una esmerada educación y se cría en un ambiente que valora las artes y también las letras. Nacida el 12 de junio de 1891 en Niezin (actual Ucrania), se emancipa entre los veinte y los veintiún años para ejercer como bailarina en el afamado Ballet Ruso; gracias a ello puede recorrer Europa y también Norteamérica entre 1912 y 1917, el año en que conoce a su futuro marido en Roma durante la preparación del ballet *Parade.* Se casan un año más tarde, en 1918. Poco después empieza a sufrir molestias en uno de los pies y pasa por una operación que la tiene encamada varios meses. Olga Khokhlova nunca se recupera del todo y no puede volver a pisar un escenario. Es en esta época —entre 1917 y 1920— cuando pierde todo contacto con su familia debido al estallido de la Revolución Bolchevique en su Rusia natal. Una vez recobra el contacto, Khokhlova les enviará dinero cada mes para ayudarles a sobrevivir y sortear la pobreza. En 1921 tiene su primer hijo, Paulo, el único del matrimonio debido a los problemas ginecológicos que sufrirá y que generarán no pocas tensiones en la pareja.

A partir de 1925, la salud de su madre empeora considerablemente: sufre un ataque al corazón y también un derrame cerebral. Gracias a las cartas que se conservan tanto de su madre como de su hermana, podemos intuir que Olga Khokhlova intenta convencer a su marido para que acepte que su madre se mude a vivir con ellas en París después de ir a visitarla a Rusia y de que, de no ser así, él le dé permiso para visitar sola el país. Por aquel entonces, una mujer casada no podía viajar sin el consentimiento de su marido. Sea por la razón que sea, Olga nunca realiza ese viaje y su madre muere en

1927. La última vez que había visto a su familia fue en 1914.

La crisis matrimonial con el pintor comienza alrededor de 1925 y se alarga durante diez años, coincidiendo con el periodo de mayor preocupación de Olga por la salud de su madre y por la situación económica de su familia en Rusia. La escisión definitiva llega con el descubrimiento de que una joven, Marie-Thérèse Walter, está esperando una hija del malagueño. Khokhlova se niega a firmar el divorcio por convicciones religiosas, él se niega a llevar a cabo el reparto de bienes, y la dictadura de Francisco Franco en España pone fin al litigio al ilegalizar el divorcio en el país.

Desde 1935 hasta su muerte, veinte años después, la vida de Olga Khokhlova es errática y aparece documentada de manera casi exclusiva a través de la lente de los biógrafos de su marido, que ofrecen una visión distorsionada y sesgada de una mujer de la que, en realidad, sabemos muy poco. Al morir su madre va cortando progresivamente el contacto con su familia, de modo que no se conserva correspondencia de esa época. Khokhlova no se establece en un domicilio concreto e inicia una vida itinerante entre habitaciones de hotel y propiedades adquiridas durante su matrimonio. En 1952 ingresa enferma de cáncer en una clínica de Cannes y allí muere sola dos años después, en 1955. Hasta 2017 ningún museo o institución se preocupó por recuperar su legado, considerar su vida objeto de estudio y ponerlo al alcance del público a través de una exposición.

FRANÇOISE GILOT

– PRIMER ACTO –

PERSONAJES: FRANÇOISE GILOT (NIÑA) | MADELEINE (MADRE DE FRANÇOISE) | EMILE (PADRE DE FRANÇOISE) | MADAME RENAULT (ABUELA MATERNA DE FRANÇOISE) | TUTOR.

[*La escena se desarrolla en el salón comedor de los Gilot. El espacio, de recargada decoración burguesa de estilo modernista, se divide en dos ambientes: a la derecha, una mesa repleta de libros y rodeada de sillas; a la izquierda, un diván de terciopelo y un sofá; en el centro, al fondo, dos sillas y una mesa pequeña reciben la luz que entra por la única ventana de la estancia.*]

[*SE ABRE EL TELÓN. La pequeña Françoise está sentada en una de las sillas que rodean la mesa, Emile la preside sentado en otra y, de pie, el tutor señala diferentes partes de un gran mapamundi portátil. Madeleine ocupa una de las sillas del fondo y se halla absorta, pintando con acuarela el paisaje que se divisa por la ventana.*]

EMILE: Françoise, llevamos toda la semana con esto. Es intolerable que a estas alturas sigas cometiendo los mismos errores.

TUTOR: ¿Prefiere usted que dejemos la geografía para mañana y volvamos con la mitología clásica?

EMILE: No. Hasta que no sea capaz de responder sin fallos, ni ella se moverá de la silla ni usted cambiará de tema. Empiece de nuevo. Desde el principio.

[*Françoise baja la cabeza, entre avergonzada y hastiada. Se le escapa un resoplido.*]

EMILE: [*Da un fuerte golpe en la mesa.*] ¡Ya está bien de resoplar, no te estamos educando para que seas un caballo, por mucho que te guste

montar en ellos!

MADELEINE: [*Levanta la vista de la acuarela, la clava en su marido, después la cruza con el tutor y finalmente se pone de pie.*] Querido, ya es suficiente. La niña está cansada. Lleva toda la tarde sentada en esa silla y la estás poniendo nerviosa. Tenemos que terminar los preparativos del viaje, dale un respiro. Mi madre llegará de un momento a otro. [*Se acerca a su hija, le pone una mano sobre el hombro y la mira dedicándole una sonrisa cómplice.*]

EMILE: Madeleine, no te entrometas. [*Se dirige al tutor.*] ¿A qué está esperando? ¡Empiece de nuevo!

MADELEINE: [*Extiende una mano hacia el tutor, interponiéndola entre su hija y su marido.*] En la educación de nuestra hija tenemos tanto que decir tú como yo. Si digo que es suficiente, es suficiente. Y tú lo sabes también. Así solo vas a conseguir frustrar a la niña, frustrarte tú y hacernos perder el tiempo al resto. [*Se gira hacia el tutor.*] Puede recoger sus cosas, le llamaremos la semana que viene cuando volvamos de viaje.

[*El tutor se apresura a recoger las cosas asintiendo con la cabeza, desplaza el mapamundi hacia una de las esquinas y sale de escena.*]

EMILE: [*Enfurecido.*] No es la primera vez, pero espero que sí la última que me desautorizas delante de él. Esta niña lleva la vagancia en las venas, que no te seduzca con su cara de cordero. Si no soy yo quien tiene mano dura está claro que terminará siendo una desgracia y, como comprenderás, eso es un capricho que no podemos permitirnos. Es la única hija que tenemos.

[*Françoise lo mira con incredulidad. Contrariada, aprieta los labios y se muerde la lengua, retorciendo la tela de la falda con las manos.*]

MADELEINE: Venga, venga, ya está. [*Suena el timbre.*] ¿Ves? Ahí está mi madre con Adéle. Vete a probar los trajes, Emile, a ver si tiene que hacer algún arreglo de última hora.

[*Emile menea la cabeza con impotencia y sale de escena dando un portazo. Madeleine se arrodilla para situarse a la altura de Françoise, que sigue sentada.*]

MADELEINE: Escúchame. [*Acaricia a Françoise, levantándole el mentón para que la mire.*] Sé que estás cansada y que tu padre es muy exigente, pero debes entender que hacemos esto por tu bien. Necesitas

la mejor educación que podamos darte. Puede que la geografía o el álgebra no sean tus asignaturas favoritas, pero si quieres pasar tiempo con tus historias de fantasmas, con tus dibujos de monos y con los cuentos que esta cabecita imagina, tienes que aprender lo que tu tutor te enseña, ¿vale?

FRANÇOISE: [*Resoplando.*] Vale, mamá. La semana que viene lo haré mejor.

MADELEINE: [*Acariciándole la cabeza y dándole un beso.*] Así me gusta. [*Sale de escena.*]

[*Françoise deja caer la cabeza hacia atrás y gruñe exasperada. Se oye un intercambio de saludos fuera de escena y unos pasos que se acercan. Entra Madame Renault.*]

MADAME RENAULT: ¿Dónde está mi pequeña Atenea, diosa de la sabiduría y de la guerra? ¿En qué batallita se habrá enzarzado hoy?

[*Françoise se endereza y una sonrisa enorme asoma por su cara, aunque intenta disimularla frunciendo el ceño mientras se gira en la silla para enfrentar a su abuela.*]

FRANÇOISE: Abuela, basta ya. Odio a papá, ¡es tan pesado!

MADAME RENAULT: [*Se lleva el dedo índice a los labios.*] ¡SHHH! ¡Ni se te ocurra decir eso! ¿Tú quieres que te oiga y te mande calentita a la cama? Ven aquí, anda. [*Se acerca y la estrecha entre sus brazos, llenándole el cogote de besos.*]

FRANÇOISE: [*Bajando la voz y escondiendo el rostro en el cuerpo de Madame Renault.*] ¡Es que es verdad, abuela! Si tan solo me dejase a solas con el tutor… Pero no, ¡tiene que estar siempre husmeando para recordarme lo vaga que soy y lo mal que lo hago! ¿Cómo voy a hacerlo bien con él delante, con esa cara de búho enfadado que pone? ¡Se cree Zeus, pero parece un minotauro furioso!

[*Madame Renault ríe y niega con la cabeza mientras acaricia el pelo de su nieta.*]

MADAME RENAULT: [*Sentándose en la silla de al lado.*] Bueno, ya

me ha contado tu madre que la clase de geografía de hoy ha sido un desastre, pero veo que el temario de mitología lo sabes bien.

FRANÇOISE: Sí, pero no me hacen caso. Yo quería quedarme pintando con mamá. Ayer discutimos mucho. [*Baja la mirada y se toquetea la falda.*] Me estuvo enseñando a pintar con tinta china; dice que de esa forma aprenderé a desarrollar los errores como parte del resultado, pero se enfadó muchísimo cuando sin querer me manché la ropa. ¡Ya ves tú!

MADAME RENAULT: Escucha, Françoise. Sabes que siempre he sido partidaria de que deberían dejarte ir más a menudo con las vecinas y con tus primas, pero tú no eres como ellas. Date cuenta de que en esta familia tenemos mucha suerte. ¿Tú crees que en las casas de las vecinas se preocupan tanto por su educación? ¡Ni hablar! De ellas esperan que aprendan a coser, a cantar, a ser agradables y poco más. Sé que quizás ahora no lo entiendas, pero la libertad que tú tienes, la libertad que en nuestra familia disfrutamos, es la excepción, Françoise, no la norma. Nosotras así lo hemos querido y así lo hemos luchado. Pero ahí fuera… [*Señala con el mentón en dirección a la ventana.*] Ahí fuera es distinto.

FRANÇOISE: Ya, abuela, será muy distinto, pero me siguen tratando como una niña.

MADAME RENAULT: [*Riendo.*] ¡Es que eres una niña! No tengas tantas ansias por crecer. Todo llegará.

FRANÇOISE: No me refiero a eso, abuela. Me refiero a que aquí en casa me dejan comportarme como yo quiero, me dejan subirme al caballo como a mí me apetece, escoger mi propia ropa…, pero para salir, mamá se empeña en que me enfunde en todo ese horrible encaje blanco, en que me ponga esos zapatos relucientes con los que no puedo hacer nada y en que me rice el pelo con esos rulos que me lastiman al dormir. ¿Por qué no puedo ir cómoda como mis primos? ¿Llevar pantalones, llenarme de barro jugando? Siento que aquí me dejan ser de una forma, como soy yo, y que cuando salgo a la calle me obligan a ser de otra. Una que no me gusta tanto.

MADAME RENAULT: ¿Sabes? Lo están haciendo lo mejor que pueden y, sobre todo, lo mejor que saben. De nuevo, Françoise, el

mundo no es como tú lo vives dentro de estas cuatro paredes. Cuando crezcas tomarás tus propias decisiones y serás como tú quieras ser, pero ahora tu madre y tu padre tienen que velar por ti, por tu educación y por tu futuro. Te estamos preparando para una realidad que no siempre es bonita, en la que no siempre podrás contar con tu madre o conmigo y en la que…

FRANÇOISE: Abuela, no digas mentiras. Contigo voy a poder contar siempre.

[*SE CIERRA EL TELÓN*.]

– SEGUNDO ACTO –

PERSONAJES: FRANÇOISE (ADULTA) | MADAME RENAULT | EMILE | EL MAESTRO | SABARTÉS.

Escena primera

[*La escena se desarrolla en el vestíbulo de la casa de Madame Renault. El lado derecho del escenario está envuelto en penumbra. En el lado izquierdo, una gran escalera de madera actúa como única decoración. La iluminación cenital baña el ambiente de cierto dramatismo*.]

[*SE ABRE EL TELÓN. Desde lo alto de la escalera se escucha a una mujer sollozar. De ella solo podemos ver las piernas, que cuelgan entre los barrotes de la barandilla.*]

MADAME RENAULT: [*Entrando en casa.*] ¿Françoise? ¿Françoise, estás aquí?

[*Al oír los sollozos, Madame Renault se precipita hacia la escalera,*

subiendo con avidez hasta la mitad.]

MADAME RENAULT: [*Chilla, alarmada.*] ¿¡Qué ha pasado!?

EMILE: [*Muy tranquilo, aunque con tono despreciativo, mientras baja por la escalera señalando a su hija con la cabeza.*] ¿Esto? Esto se lo ha hecho ella sola.

[*Madame Renault acaba de subir los escalones como una turba, sujetándose las faldas y empujando a su yerno con el codo al pasar a su lado. Al llegar arriba se la ve arrodillarse junto a Françoise, a la que ayuda a levantarse.*]

MADAME RENAULT: ¡Oh, mi nieta querida!… ¿Qué ha pasado? Cuéntame qué ha pasado. Ven, ven aquí, levántate. Tenemos que limpiarte esas heridas. No, no, no. ¡Esto tiene que verlo un médico!

[*Se ve a Françoise bajar. Las piernas se mueven lentas, con inseguridad, las rodillas a punto de doblarse. A medida que desciende por la escalera, queda al descubierto un rostro magullado, con hilos de sangre que le caen por el mentón desde la nariz y la frente, y los pómulos deformados.*]

FRANÇOISE: Abuela, yo no he sido. Está mintiendo.

[*Madame Renault la ayuda a bajar las escaleras. Emile las espera abajo, impávido, mientras se enciende un cigarro.*]

MADAME RENAULT: [*Le arranca el cigarro a Emile, lo tira al suelo y le amenaza con un dedo.*] ¿Quién te crees que eres para venir a mi casa y pegar de esta forma a tu hija? ¿Te crees que esta muchacha te pertenece? Bien sabe Dios que te cruzaría ahora mismo la cara si no fuera porque no mereces siquiera que te trate como la alimaña que eres. ¡Fuera de mi casa!

EMILE: ¿Acaso tú también te has vuelto loca? ¿Estás enterada de lo que pretende hacer mi hija? Ni yo puedo consentir que abandone sus estudios de Derecho ni tú deberías consentírselo tampoco. Esta mujer… ¡Esta mujer no es mujer ni es nada! Es una cría mimada a la que le estiré demasiado la correa y ahora mira. ¡Que quiere ser artista, dice! Lo que va a ser es una desgraciada. Se va a enterar…

[*Emile hace ademán de levantar la mano ahora que tiene a Françoise cerca. Madame Renault la intercepta en el trayecto, la aprieta con fuerza y atrae a Emile hacia sí.*]

MADAME RENAULT: [*Gritando enfurecida.*] Escúchame lo que te digo. ¡Óyeme bien! En esta casa y en esta vida no volverás a ponerle una mano encima a tu hija y menos aún porque no cumpla tus deseos. Vas a coger la poca decencia que te queda, porque la vergüenza desde luego que ya la has perdido por entero, vas a salir por esa puerta y no quiero volver a verte nunca más. ¿Me oyes? ¿¡Me oyes!?

[*Emile se zafa de la mano de Madame Renault y acerca su cara a la de ella, encarándose. La cara roja, la frente tensa y las sienes atravesadas por una marcada vena.*]

EMILE: Definitivamente, te has vuelto tan loca como mi hija. ¿Y sabes qué les pasa a las locas como vosotras? ¿Eh? ¿Lo sabes? Pues que terminan muriendo solas en el psiquiátrico. Ahí es a donde voy a enviaros. A mi hija por estúpida y a ti por descarada.

[*Françoise intenta intervenir pero Madame Renault se interpone entre la joven y su padre, protegiéndola con un brazo.*]

MADAME RENAULT: Tú no vas a hacer nada. Sabes perfectamente que, si lo intentas, quien quedará como un auténtico demente serás tú.

EMILE: [*Riendo con sorna, fuera de sí.*] Vieja loca, si no puedo encerrarte no te preocupes. Haré que te asfixien económicamente hasta que acabéis las dos en la calle pidiendo como mendigas. ¿Te queda claro? Estáis acabadas.

MADAME RENAULT: Puede que sea tu amigo quien gestione mi dinero, pero es mío y lo sabes bien. Lo he ganado con el trabajo de mis manos y el sudor de mi frente y no va a venir ningún mentecato como tú a decirme qué debo hacer a mi edad. Vete, vete a decir sandeces a otra parte, que yo tengo que llevar a tu hija al médico. ¡Que te vayas de mi casa he dicho!

[*Emile dedica una mirada llena de repugnancia a su hija, otra llena de*

odio a su suegra y sale de escena como alma llevada por el diablo.]

MADAME RENAULT: [*Dirigiéndose a Françoise.*] Ya está, ya pasó. No necesito que me cuentes nada porque lo sé todo. A partir de ahora vivirás aquí conmigo, compartiremos lo que tenga e iremos viendo, ¿vale? Ahora vamos a llevarte al médico, esto tiene muy mala pinta. [*Françoise y Madame Renault salen de escena.*]

Escena segunda

[*El lado derecho del escenario se sume en la oscuridad a medida que los focos van iluminando el izquierdo. La escena se desarrolla en el estudio del Maestro, donde cunde el desorden. Lienzos y esculturas se acumulan por todas partes, estorbando el paso; sobre las mesas se amontonan tubos de pintura, papeles y cartas abiertas y sin abrir. Suena el timbre y un hombre mayor, ligeramente encogido, de gran cabeza y ojos pequeños escondidos tras unas gafas, se dirige hacia la puerta.*]

SABARTÉS: [*Abre sin retirar la cadena y se asoma inquisitivo por el resquicio.*] ¿Quién va?

FRANÇOISE: Buenos días, Jaime. ¿Está despierto ya?

[*A Sabartés se le ensombrece el rostro, cierra la puerta, descorre el cerrojo y deja pasar a Françoise.*]

SABARTÉS: Sí. El Maestro la está esperando.

[*El Maestro entra en escena desde el fondo y camina al encuentro de Sabartés y Françoise.*]

MAESTRO: Llegas tarde. Ven, rápido, quiero enseñarte en lo que he estado trabajando estos días.

[*Françoise ladea la cabeza, divertida, y pone los ojos en blanco. Sigue al Maestro a través de la estancia, hacia un montón de cuadros a los que el pintor empieza a dar la vuelta, sujetándolos con ambas manos para*

mostrárselos.]

MAESTRO: ¿Qué opinas? Le estuve dando vueltas a nuestra última conversación y puede que tuvieras razón. He añadido algunos cambios, probado otras cosas, y así funciona mejor. ¿No crees?

FRANÇOISE: Desde luego. Me alegra que mis sugerencias hayan dado sus frutos.

[*Françoise coge uno de los cuadros y se dispone a señalar algo al Maestro, pero a este le distrae la presencia de Sabartés, que permanece clavado junto a la puerta.*]

MAESTRO: ¿Qué pasa? ¿Quieres algo?

SABARTÉS: Señor, permítame la indiscreción, pero creo que está usted cometiendo un grave error.

[*Françoise arquea las cejas ante el exabrupto, entendiendo que Sabartés desea que ella escuche lo que va a decir, y se gira en su dirección.*]

SABARTÉS: No creo que le beneficie que esta señorita venga tan a menudo al estudio, y no son pocas las personas que, preocupadas por usted, desconfiamos todavía más de sus intenciones que de su presencia. Esto no puede acabar bien, maestro, y cuanto antes le ponga fin mejor será para todos.

MAESTRO: [*Arquea las cejas sorprendido.*] ¿Cuándo te he dado licencia para entrometerte en mis decisiones personales y en mi vida privada, Sabartés? ¿Tengo que recordarte cuál es tu lugar y cuáles tus competencias?

[*Françoise extiende una mano para aplacar al Maestro, pero él se zafa y camina hacia Sabartés.*]

MAESTRO: Me parece a mí que esas gafas no cumplen su función y no te dejan ver con claridad. ¿No ves que esta muchacha está flotando? ¿Quieres, de verdad, ser tú quien la haga caer al suelo?

[*Sabartés va bajando progresivamente la cabeza en señal de sumisión.*]

SABARTÉS: Discúlpeme, señor. Tiene usted razón. [*Sale de escena sin mirar a Françoise.*]

MAESTRO: [*Volviéndose hacia Françoise.*] ¿Sabes? [*Coge las manos de ella, se las lleva a los labios y las besa.*] Si te mudases aquí conmigo no tendríamos que pasar por esto. Podría acondicionar para ti el desván y te encerraría en él como un pajarito. Nadie sabría que vives aquí… Solo yo. Serías solo para mí. ¿No te gustaría eso?

FRANÇOISE: [*Ladea la cabeza con una mezcla de sorpresa, desconfianza y ternura.*] Sabes que me halaga tu propuesta, pero también que es demasiado pronto para que vivamos bajo el mismo techo. No te negaré que no me vendría bien para dedicarme por entero a mi pintura…

MAESTRO: [*Todavía con las manos de ella entre las suyas.*] Eso es. ¿Qué más necesitas? Podrías trabajar en tus lienzos todo el tiempo que quisieras, yo te daría todo cuanto necesitases y nadie nos molestaría. Seríamos muy felices.

FRANÇOISE: No es la primera vez que me lo ofreces y no será la última que lo rechace, así que no insistas por favor. Sabes perfectamente que ni puedo ni quiero dejar sola a mi abuela y, además, no tenemos ninguna razón para precipitarnos. Si Sabartés es un problema, puedo venir por las tardes, cuando él no esté.

MAESTRO: [*Soltando sus manos.*] Por supuesto que la tenemos. ¿No me ves? [*Radiografiando su cuerpo con las manos.*] Yo te necesito más que tu abuela, eso es evidente. Necesito que alguien me cuide y me ame, y ese alguien eres tú. ¿Es que acaso no me quieres? ¿Es tu amor una farsa para hacerme daño?

FRANÇOISE: Por favor, no empieces ni vayas por ahí. ¡Tienes sesenta años, no noventa!

MAESTRO: Y tú tienes veintiuno y es tu deber cuidarme.

FRANÇOISE: Ya está… No quiero seguir hablando de esto. ¿Podemos cambiar de tema?

MAESTRO: Todas las mujeres de mi vida, absolutamente todas, se han postrado ante mí. Pero tú… Tú eres la mujer que dice no.

FRANÇOISE: Efectivamente. Y como soy la mujer que dice no, seguiré honrando ese título.

[*SE CIERRA EL TELÓN.*]

– TERCER ACTO –

PERSONAJES: FRANÇOISE GILOT | EL MAESTRO | DORA MAAR | OLGA KHOKHLOVA | MARIE-THÉRÈSE WALTER | CLAUDE (HIJO DE FRANÇOISE).

Escena primera

[*SE ABRE EL TELÓN. El escenario vuelve a estar a oscuras, salvo por un único foco de luz que ilumina el centro, donde una puerta marca la separación de dos ambientes: el rellano de una casa y su interior. Se oyen pisadas subiendo una escalera fuera de escena. Entran Françoise y el Maestro.*]

FRANÇOISE: ¿Dónde estamos? ¿No íbamos a ver a Kahnweiler?

MAESTRO: [*Llama a la puerta.*] Vamos a hacer una visita más importante. Una que hace tiempo te dije que haríamos.

[*Françoise parece atar cabos, abre los ojos como platos y, presa de un impulso espontáneo, se aleja de la puerta dispuesta a girarse para volver por donde ha venido. El Maestro la agarra del brazo.*]

MAESTRO: No seas infantil, por favor te lo pido. Ella sabe que venimos.

FRANÇOISE: ¿Por qué le haces esto?

[*Se abre la puerta y al otro lado aparece Dora Maar. Su semblante es tranquilo aunque tenso, va bien vestida y con el pelo recogido en un moño bajo, preparada para el encuentro.*]

DORA: [*Con sequedad.*] Buenas noches.

FRANÇOISE: [*Visiblemente incómoda.*] Buenas noches.

MAESTRO: La he traído aquí [*mira a Françoise*] para que puedas decirle de viva voz que entre tú y yo ya no hay nada, así que adelante, date prisa. No quiere venir a vivir conmigo hasta que esto no quede aclarado. Se lo he intentado explicar, pero no me cree.

[*Dora no consigue ocultar una mueca de disgusto, pero endereza la espalda, ensancha los hombros y eleva el mentón.*]

DORA: [*Dirigiéndose a él.*] ¿Sabes cuál es tu problema? Jamás has querido a nadie en toda tu vida porque no sabes amar, y me sorprende que te esfuerces tanto en embarcarte en algo que durará tan poco. En cuanto a ti… [*Volviéndose hacia Françoise.*] Puedes estar tranquila, dice la verdad. Lo que rompió nuestra relación no fue otra mujer y lo que hará que permanezca rota no serás tú.

[*Françoise la mira en silencio, abochornada y nerviosa.*]

MAESTRO: Hasta para solucionar las cosas crees estar en condiciones de decidir si sé amar o no. En fin, muy bien. Ya está. Adiós.

DORA: Adiós. [*Cierra la puerta con aplomo y se apaga la luz que ilumina el interior de la casa.*]

[*Françoise y el Maestro se alejan caminando seguidos por un foco. Comienza a sonar un borboteo que indica que están paseando por la calle, al lado de la orilla de un río.*]

FRANÇOISE: [*Parándose en seco.*] No había ningún motivo para ser tan cruel y desagradable con Dora. Y tan irrespetuoso conmigo. No vuelvas jamás a hacerme algo así.

[*El Maestro se detiene en seco también, convierte sus manos en puños y ladea la cabeza, iracundo.*]

MAESTRO: [*Elevando la voz.*] ¡Lo he hecho por ti! ¡Todo esto lo hago por ti, para que veas que eres la única que me importa!

FRANÇOISE: No, no te equivoques. Esto lo haces por ti mismo. Si lo

hicieras por mí sabrías que no lo necesito, que no es esto lo que quiero. Has demostrado una falta absoluta de tacto hacia Dora y también hacia mí. ¿Y qué esperas? ¿Que me lance a tus brazos? ¿Que ceda a tus deseos? Eres egoísta. No intentes disfrazar esto de una cosa que no es. Lo que acaba de pasar ha sido repugnante.

MAESTRO: [*Con el rostro desencajado, las venas de los puños cada vez más marcadas, las sienes tensas y los ojos a punto de salirse de las órbitas.*] Eres una desagradecida. Una desagradecida incapaz de sentir la menor compasión y el menor sentimiento. ¡Tú no sabes lo que es la intensidad! Ahora mismo podría… [*Se acerca a ella y la agarra por los hombros, apretando con fuerza y empezando a zarandearla.*] ¡Podría tirarte al Sena! ¡Ahora mismo! ¿Me oyes? Y no solo podría, es que debería, ¡porque eso es lo que mereces!

[*Françoise tiene el cuerpo flexionado hacia atrás, su espalda inclinada en un doloroso arco. El borboteo del agua se torna más ruidoso, pero ella permanece tranquila, dueña de sí.*]

FRANÇOISE: [*Lo mira desafiante, escupiendo sus palabras.*] Hazlo. Atrévete. Es primavera y sé nadar. ¿A qué esperas?

[*Él, frustrado, la suelta. Françoise sale corriendo de escena. Las luces se apagan.*]

Escena segunda

[*En un extremo del escenario se enciende un foco e ilumina a Olga Khokhlova. Mayor, desmejorada, con un sombrero calándole la melena pelirroja. El suelo está cubierto de arena y se oyen de fondo las olas del mar. A medida que la luz va en aumento, el Maestro aparece tumbado sobre una toalla con Françoise al lado. Han pasado los años: la melena de Françoise, a la altura de los hombros, y la calvicie prominente de él lo confirman. Olga se acerca a Françoise, que, alertada por su sombra, abre los ojos justo en el momento en que Olga extiende un pie para pisarle el brazo.*]

FRANÇOISE: [*Agitada.*] ¿¡Pero qué estás haciendo!?

[*Olga permanece inmutable, paseando la mirada entre Françoise y el Maestro. Françoise intenta zafarse, pero Olga aprieta el pie contra su brazo con más fuerza.*]

FRANÇOISE: No me lo puedo creer…

[*Françoise utiliza la otra mano para retorcerle el tobillo a Olga, que cae boca abajo sobre la arena. Françoise se levanta y se palpa el brazo dolorida.*]

FRANÇOISE: [*Dirigiéndose a Olga.*] No voy a tolerar más esto. ¿Me oyes? ¡No voy a tolerarlo más! Llevas años acosándome. Me has perseguido por la calle, has puesto en peligro a mi hijo, me has abofeteado, insultado, difamado. ¡Hasta he tenido que llamar a la policía y, pese a todo, no he podido siquiera enfadarme contigo o guardarte rencor alguno porque solo eres un ser infeliz que vuelca toda su frustración en las personas equivocadas! Pero se acabó, Olga, se acabó. ¿Me ves? ¡No tengo la culpa, no te he robado a tu marido! ¡Déjame vivir tranquila y pídele explicaciones a quien tienes que pedírselas, no a mí!

[*Olga se retuerce en el suelo, intentando darse la vuelta para mirarla de frente, y empieza a hablar en una mezcla ininteligible de francés, castellano y ruso en un tono que da a entender que lo que sale de su boca son insultos. El Maestro, a su lado, contempla la escena divertido, sin intervenir en ningún momento.*]

FRANÇOISE: [*Mirándolo a él mientras recoge su toalla.*] Y en cuanto a ti… ¡No puedo más! O controlas a tu esposa o despídete de mí, ¡pero esto es intolerable! ¡Y quita esa cara de diversión! ¿No ves que esta mujer está enloquecida de sufrimiento? ¡De sufrimiento por ti! ¡Y parece que quieres verme enloquecer a mí también! Debería darte vergüenza.

[*Françoise termina de recoger sus cosas, esquiva a Olga y sale de escena con paso apresurado. Se apagan las luces.*]

Escena tercera

[*Un foco se enciende en el escenario. A su alrededor, una frondosa vegetación decora el exterior de una terraza ocupada por una mesa y varias sillas. Sentada en una de ellas, una mujer rubia, de cuerpo robusto y musculado, nos da la espalda. Es Marie-Thérèse.*]

FRANÇOISE: [*Entra en escena.*] Muchas gracias por aceptar la invitación, me alegra mucho que haya venido a visitarnos. Creo que es bonito que Maya pueda conocer a Claude, ¿no? Al fin y al cabo comparten padre.

MARIE-THÉRÈSE: [*Asiente con la cabeza y guarda silencio unos instantes.*] ¿Sabe? No me puedo creer que usted ocupe mi lugar.

FRANÇOISE: [*Arquea las cejas y sonríe tranquila. Se mira las manos un momento y después a Marie-Thérèse.*] Nunca he tenido la intención de ocupar ningún lugar. Ni el suyo ni el de nadie. En ningún momento deseé esto ni lo busqué, simplemente surgió. Y si surgió fue porque el lugar que ahora ocupo estaba vacío, desde luego.

MARIE-THÉRÈSE: [*Frunce ligeramente el ceño antes de emitir un largo suspiro. Luego sacude la cabeza como para alejar malos pensamientos.*] Gracias por la invitación. Significa mucho para mí poder estar aquí. Si me disculpa, voy a ir dentro.

[*Marie-Thérèse se levanta de la silla y abandona la escena, dejando sola a Françoise. Unos instantes después entra el Maestro con un niño pequeño en brazos. Es Claude, el hijo que tiene con Françoise.*]

MAESTRO: [*Deja al niño en brazos de su madre.*] Es extraño teneros aquí a las dos.

[*Françoise finge no prestar atención y guarda silencio mientras coloca a Claude en su regazo, le sonríe y hace trotar al pequeño sobre sus piernas.*]

MAESTRO: ¿Recuerdas los primeros años de nuestra relación, cuando te enseñaba y leía las cartas que me enviaba Marie-Thérèse?

[*Françoise levanta ligeramente la vista para mirarlo y asiente, pero su*

atención sigue fija en Claude, que se ríe.]

MAESTRO: No sé por qué no te imagino a ti enviándome ese tipo de cartas. Tampoco te imagino prestándote a lo que Marie-Thérèse se está prestando.

FRANÇOISE: Y tienes razón, yo tampoco me lo imagino.

MAESTRO: [*Con dureza.*] Eso pensaba, y es porque no me amas bastante. Esa mujer me ama de verdad.

FRANÇOISE: Tienes una forma muy peculiar de confundir entrega absoluta con amor, así que supongo también que, siguiendo esa regla de tres, tú tampoco me amas bastante.

MAESTRO: [*Se le ensombrece el rostro mientras mira a la madre de su hijo jugar con él.*] Los años te van agriando el carácter. Deberías quedarte embarazada otra vez. Quizás otro hijo te quite de encima tanta infelicidad.

[*SE CIERRA EL TELÓN.*]

– CUARTO ACTO –

PERSONAJES: FRANÇOISE GILOT | LUC SIMON | CLAUDE (HIJO DE FRANÇOISE) | PALOMA (HIJA DE FRANÇOISE) | KAHNWEILER.

[*La escena se desarrolla en una espaciosa casa con varias estancias, entre ellas un estudio de pintura y un salón que actúa también de recibidor, pues está cerca de la puerta de entrada.*]

Escena primera

[*SE ABRE EL TELÓN. Françoise está sentada en su estudio trabajando sobre un lienzo. Paloma y Claude ocupan el salón. Se oye girar la*

cerradura de la puerta principal y entra en escena Luc Simon. Este camina hasta Paloma y Claude, que están dibujando en varias hojas desperdigadas por el suelo. Primero les revuelve el pelo, pero, ante sus quejas, se agacha entre risas para besarles la cabeza. Después se dirige al estudio de Françoise y llama a la puerta con los nudillos.]

FRANÇOISE: [*Alzando la voz.*] Paloma, cariño, mamá está trabajando. Dame un momento y ahora salgo.

LUC: [*Abriendo la puerta con una sonrisa y asomando la cabeza en el interior.*] Creo que soy demasiado mayor para que me llames Paloma. ¿Puedo pasar o me vas a echar también?

FRANÇOISE: [*Se gira divertida y se lleva una mano al mentón en actitud pensativa.*] ¡Pues no sé qué decirte! ¿Traes buenas noticias?

LUC: [*Entra en el estudio y se encoge de hombros.*] Lo que traigo son toneladas de paciencia y algunas cartas. ¿Sirve?

FRANÇOISE: Servirá. Ven aquí, anda.

[*Luc se acerca, la saluda con un beso y le pone la correspondencia en el regazo.*]

LUC: ¿Cómo lo llevas?

FRANÇOISE: No sé, me cuesta concentrarme y dejar la mano fluir. ¿Siguen pintando Claude y Paloma en el salón?

LUC: Sí, ahí siguen. Parece mentira que no las dejes venir aquí a pintar contigo.

FRANÇOISE: Sé que les encanta verme trabajar, sobre todo a Paloma, pero esa es la razón por la cual prefiero que no lo hagan. Ya sabes que no quiero condicionarlas; sería terrible para su creatividad. [*Coge las cartas y empieza a revisarlas, pero algo la detiene y se queda pensativa.*] ¿Te he contado que Claude solía visitarme mientras trabajaba para decirme que me quería? No medía ni medio metro, pero venía a mí con esos ojos resplandecientes, me rodeaba con sus brazos diminutos y me lo susurraba antes de volver a irse.

LUC: Aunque solo sea por eso, deberías dejarle entrar de vez en cuando.

FRANÇOISE: No sé si ahora Claude lo haría. Está siendo muy difícil

para todas. Me da miedo que dejen de verme con buenos ojos por lo que él pueda decirles. Sé que es su padre y que lo quieren con locura, pero después del número que montó con Paloma cuando tú y yo estábamos en Venecia también sé que es capaz de cualquier cosa con tal de hacerme daño.

LUC: No vamos a preocuparnos por eso ahora, ¿vale? Claude y Paloma están aquí, tú estás aquí y en este matrimonio no hay espacio para otra persona más.

FRANÇOISE: De acuerdo, de acuerdo…

[*Luc le pasa una mano por la espalda, acariciándola, mientras le da un beso a Françoise en la frente, y se da la vuelta para irse. A Françoise le llama la atención el remitente de una de las cartas, la abre sin preámbulos y se pone a leerla con rapidez.*]

FRANÇOISE: No puede ser…

LUC: [*Intrigado por el tono de Françoise.*] ¿Es de él?

FRANÇOISE: No… Es peor.

[*Françoise se levanta, deja caer la carta al suelo y empieza a caminar en círculos por la habitación, llevándose una mano a la frente con preocupación. Luc se acerca, la sujeta con suavidad por las muñecas y la mira inquisitivo.*]

FRANÇOISE: [*Derrotada.*] Es Kahnweiler. Va a rescindir mi contrato.

LUC: Ese cabrón no va a parar.

FRANÇOISE: Lo sabía… Sabía que iba a pasar esto. Me lo advirtió, no ha hecho otra cosa más que advertírmelo, a mí y a todas sus amistades. Es un titán contra el que no puedo pelear. Ni me lo van a permitir, ni me lo van a perdonar. Ya me lo dijo, Luc. Si no podía acabar conmigo, acabaría con mi carrera.

[*Françoise se esconde en el abrazo de Luc, apretando la cabeza contra su pecho y moviendo compulsivamente la cabeza de un lado a otro, en negación. En ese momento, Claude asoma la cabeza por el hueco de la puerta.*]

CLAUDE: Mamá, ¿estás bien?

[*Por detrás de él aparece la cabeza de Paloma. Françoise levanta la suya y esboza una sonrisa.*]

FRANÇOISE: Sí, tesoro, no te preocupes. Volved al salón, ahora vamos.

[*Paloma y Claude, aunque no muy convencidas, regresan al salón y cierran la puerta al salir. Françoise se separa de Luc y se deja caer con abatimiento en la misma silla donde estaba sentada minutos antes.*]

FRANÇOISE: [*Se lleva dos dedos al puente de la nariz para masajearlo.*] ¿Sabes qué es lo peor?

LUC: [*Se coloca en cuclillas delante de ella, con los brazos cruzados sobre sus piernas.*] Que esto solo acaba de empezar.

FRANÇOISE: Así es…

LUC: ¿Qué vas a hacer? ¿Qué quieres que hagamos?

FRANÇOISE: ¿Que qué voy a hacer? Lo único que puedo hacer. Sobrevivir.

Escena segunda

[*Françoise y Luc se levantan, se dan la mano y salen del escenario, llevándose con ellas a Claude y Paloma. Entran a continuación dos operarias, caracterizadas en peinado y vestimenta como mujeres pertenecientes a la década de 1950 y 1960, respectivamente. Llegan con las manos vacías y empiezan a recoger los tubos de pintura, el lienzo inacabado que descansa sobre el caballete y las cartas que Françoise dejó caer al suelo. Mientras, suena de fondo el tictac de un reloj. Salen por el lado izquierdo del escenario mientras por el derecho entran cuatro operarias más, esta vez caracterizadas como mujeres de la década de los 70, los 80, los 90 y principios de los 2000. Traen consigo multitud de lienzos, varias montañas de libros, algunos fajos de correspondencia y una condecoración enmarcada. Lo colocan todo por el estudio y salen. El tictac*

se detiene y en su lugar se oye el sonido de unos pasos intercalados con el golpeteo de un bastón. Entra en escena una Françoise ya envejecida, con el pelo teñido de negro y cortado a la altura del mentón. Se mueve con lentitud pero con seguridad, caminando hacia el centro del estudio. Detrás de ella, a cierta distancia, una periodista con una cámara colgada al cuello la sigue.]

FRANÇOISE: ¿Y bien? ¿Qué le parece mi estudio?

PERIODISTA: Me parece un espacio fascinante. Muchas gracias por concederme la entrevista, señora Gilot.

FRANÇOISE: Llámeme Françoise, por favor.

PERIODISTA: De acuerdo, Françoise. Si le parece, conecto la grabadora y empezamos.

FRANÇOISE: Por supuesto. Aprovecho para decirle que me ha sorprendido gratamente su tenacidad e insistencia a la hora de plantear los límites de las preguntas. Si he aceptado esta entrevista es porque el borrador que recibí me conmovió.

PERIODISTA: [*Con una sonrisa mientras conecta la grabadora.*] ¿Sabe? Para algunas cosas los tiempos no han cambiado tanto, pero para otras por suerte sí. Creo que durante muchos años de su vida ha debido verse obligada a hablar continuamente de él. Bueno, de él o de cualquiera de sus otras parejas, pero creo que ya está bien. No todos los días tiene una periodista tan joven como yo la oportunidad de entrevistar a una mujer como usted.

FRANÇOISE: Si continúa haciéndome la pelota me temo que tendré que retractarme y echarla de mi casa.

[*La periodista se para en seco y la mira avergonzada. Françoise se echa a reír dejando el bastón a un lado para sentarse mientras resta importancia a lo que acaba de decir haciendo un gesto con las manos.*]

FRANÇOISE: No me tome tan en serio. Seré vieja, pero sigo teniendo mucho sentido del humor, ¡y también mucho que decir! No se imagina lo molesto que es llegar a cierta edad y que solo te recuerden por los hombres con los que te has acostado.

PERIODISTA: Pero eso es lo que usted ha evitado a toda costa, ¿no?

FRANÇOISE: Llegado cierto punto sí, desde luego. En los años 60 necesitaba poner fin a un capítulo de mi vida muy complicado, y escribir aquel libro fue mi manera de intentar hacerlo. Considero que es legítimo reivindicar el derecho a contar nuestras experiencias y nuestra historia. De todas formas, es probable que nadie nos crea o que todo el mundo nos reduzca a algo que no somos. En aquel momento no tenía nada que perder y ahora menos. Con el paso de los años he conseguido integrarlo como parte de mí y si algo puedo asegurar es que no guardo ningún tipo de rencor. Al final, tan mal no me ha ido a pesar de todo, ¿no? [*Abre los brazos como para abarcar todo lo que hay en el estudio y sonríe.*]

PERIODISTA: Eso desde luego. Varios libros publicados, más de cuarenta años pintando y exponiendo… y lo que me trae hoy aquí: la Legión de Honor.

FRANÇOISE: Una vida tan larga da para hacer muchas cosas… Pero es bonito el reconocimiento. Tener una voz es importante, poder usarla es maravilloso, y todavía más si es para causar el bien. Esta distinción llega un poco tarde, pero ha llegado, que es lo importante. No es más que un síntoma de que el mundo está cambiando y me gusta estar aquí para verlo. Considero que siempre he sido una mujer de gran determinación: cuando algo se me metía entre ceja y ceja, iba a por ello. Eso no siempre me llevó a lugares amables o me empujó a tomar buenas decisiones, pero sí en cambio me permitió hacer todo lo que hice con pasión y convicción.

PERIODISTA: ¿Como con el arte?

FRANÇOISE: Como con el arte, efectivamente. Hace unos años, hablando con una amiga escritora, le contaba que creo que mi generación ha sido la primera en la que las mujeres hemos tenido realmente la posibilidad de dedicarnos a lo que nos gustaba; al menos, con muchas menos dificultades que la generación anterior, aunque no sin ellas. La de mi madre, por ejemplo, no tuvo esa suerte. De alguna forma, siempre he sentido que tanto ella como mi abuela materna me cedieron una antorcha que ellas no pudieron encender pero yo sí, y que nosotras se la hemos pasado ya encendida a las mujeres de las generaciones que vinieron después de nosotras.

PERIODISTA: ¿Y cree que eso es algo positivo o negativo?

FRANÇOISE: [*Frunciendo el ceño.*] ¡Positivo, por supuesto! No se trata de que cada generación de mujeres tenga que hacer esfuerzos sobrehumanos para sobrevivir en este mundo a veces tan hostil para nosotras: se trata de hacer lo esté en nuestra mano para allanarles el camino a las que vengan detrás. Yo hubiese querido para mi madre lo que tuve yo, de igual forma que espero que vosotras luchéis por lo que nosotras no tuvimos. A mi edad y con mi trayectoria, tengo la suerte de cruzarme con mujeres de todo tipo. Con muchas de ellas la brecha generacional es insalvable, pero sé que lo estáis haciendo bien… Igual que intentamos hacerlo bien nosotras. Eso es lo importante.

PERIODISTA: ¿Qué es lo importante?

FRANÇOISE: [*Sonriendo.*] Intentar sobrevivir. Siempre intentar sobrevivir.

[*SE CIERRA EL TELÓN.*]

// NOTA BIOGRÁFICA

Françoise Gilot nace en Neuilly el 26 de noviembre de 1921, nueve meses después de que Olga Khokhlova dé a luz a su hijo Paulo. Por parte de madre cuenta con importantes referentes femeninos tanto en el terreno de las artes como en el campo de los derechos de la mujer: Madeleine Renault-Gilot es acuarelista, aunque no parece haberse dedicado profesionalmente a ello, y Madame Renault, su abuela, está vinculada a la Teosofía, un movimiento intelectual que mezclaba espiritualidad, ciencia y filosofía y que contó con adeptas tan relevantes como Hilma af Klimt, pionera del arte abstracto en Europa.

Gilot muestra interés por el dibujo y la pintura a la temprana edad de seis años, pero debido a la falta de profesionalización de la madre —y de otras figuras familiares— no parece que la tomen demasiado en serio, no al menos hasta que cumple diecisiete años y empieza a formarse con el pintor Rozsda. Hasta los nueve años permanece relativamente aislada de la gente de su edad, recibiendo clases particulares en casa y siendo una alumna brillante: con cuatro años

sabe leer y escribir a la perfección y a los siete se maneja sin problema en álgebra, literatura y mitología clásica, entre otros campos. Los valores progresistas tanto de la rama materna como de la paterna le permiten vivir con relativa libertad dentro del hogar familiar y, al ser la única hija del matrimonio de Madeleine y Emile, suele resaltarse la cuidada educación libre de sesgos de género que recibió en casa.

A pesar de sus inclinaciones artísticas, su padre la orienta académicamente hacia el derecho internacional. Gilot termina saltándose las clases para acudir por su cuenta a una escuela de arte. El estallido de la Segunda Guerra Mundial coincide —y sin duda potencia— su desencanto generalizado hacia el derecho como disciplina. En 1943 conoce al Maestro en el restaurante Le Catalan. Ella tiene veintidós años, él sesenta y dos. Ese mismo año envía una carta a su padre anunciándole su renuncia definitiva a los estudios de Derecho para dedicarse a tiempo completo a estudiar arte. Desde ese momento hasta 1955 pierde todo contacto con su padre y vive varios años con su abuela materna, una de las figuras esenciales en su desarrollo. Ya por ese entonces, la artista firma sus obras como «F. Gilot», neutralizando su nombre para ser leída como pintor y no como pintora. En una larga conversación con la escritora Lisa Alther, Gilot recordará los problemas que le causaron en su adolescencia y en su madurez la educación que había recibido: conocer los privilegios que ofrecían la masculinidad y lo masculino la había llevado a rechazar la feminidad siempre que le había sido posible, dado que asociaba lo femenino con la privación de libertades, derecho y acceso a determinados espacios y oportunidades.

Durante la ocupación nazi de París, aprovecha sus viajes en bicicleta para llevar cartas a la Resistencia, moviéndose por la ciudad vestida con exquisitas prendas rojas, azules y blancas, a juego con la bandera francesa. Dicho vestuario es una forma sutil de reivindicación política, al mismo tiempo que actúa de tapadera: saca partido a su presencia de mujer aburguesada para no levantar sospechas.

Desde 1944 hasta 1955 aproximadamente mantiene una relación sentimental con el Maestro en la cual la pugna de poderes fue

constante. La educación, el ambiente y los referentes femeninos a los que ha tenido acceso Gilot son suficientemente poderosos como para que dé su brazo a torcer ante muchas de las manipulaciones, humillaciones y dinámicas del español, de ahí que se la recuerde como la única pareja sentimental que supo jugar con sus cartas y, además, ganarle la partida. De esa relación nacen su hijo Claude (1947) y su hija Paloma (1949). Durante los primeros años de relación Gilot interrumpe su creación artística: ser consciente de lo altas que eran las probabilidades de que su producción se vea «contaminada» por el estilo de su pareja la empuja a querer evitarlo. A partir de 1949 retoma la pintura a la vez que se hace cargo de la correspondencia del Maestro, cuida de Claude y Paloma, realiza tareas domésticas y se asegura de que los braseros del estudio de su pareja estén siempre encendidos. Durante gran parte de la relación también le ayuda con la composición de las obras, la preparación de los lienzos y la copia de algunos de ellos, siendo por tanto su estrecha colaboradora, además de una parte indispensable y crucial en su proceso creativo. El nombre de Françoise Gilot aparece en 183 obras del artista.

Entre 1947 y 1948 sufre un acoso brutal por parte de la primera esposa de su pareja, Olga Khokhlova, sin que él intervenga ni haga nada por frenarlo. El nacimiento de su segunda hija, Paloma, la debilita notablemente y la relación comienza a desgastarse. En 1949 firma su primer contrato con un marchante de arte, Kahnweiler, para volver a vender sus obras. En 1951 expone en la galería *Le Huine* de París y paralelamente empieza a plantearse dejar la relación. Consigue dar el paso dos años después, en 1953. La única persona que la apoya es Maya, la hija de Marie-Thérèse Walter.

Tras dejar la relación con el malagueño, se reencuentra con un viejo amigo, Luc Simon, con quien contrae matrimonio en 1955. Su antigua pareja, incapaz de tolerar esta nueva relación, empieza a ejercer violencia vicaria hacia ella al negarse a llevar al médico a Paloma, muy enferma de apendicitis, mientras Gilot y Simon se encuentran de luna de miel. Asimismo, la casa que tiene en propiedad —La Galloise— y en la que habían convivido, es desvalijada en su

ausencia. En 1956 Kahnweiler rescinde su contrato como marchante y Gilot empieza a perder clientes, es rechazada en numerosas exposiciones y recibe advertencias de su expareja, asegurándole que su carrera artística está «acabada». Comienza así un nuevo ciclo de violencia con la finalidad de castigarla por haber roto una relación que la hacía profundamente infeliz.

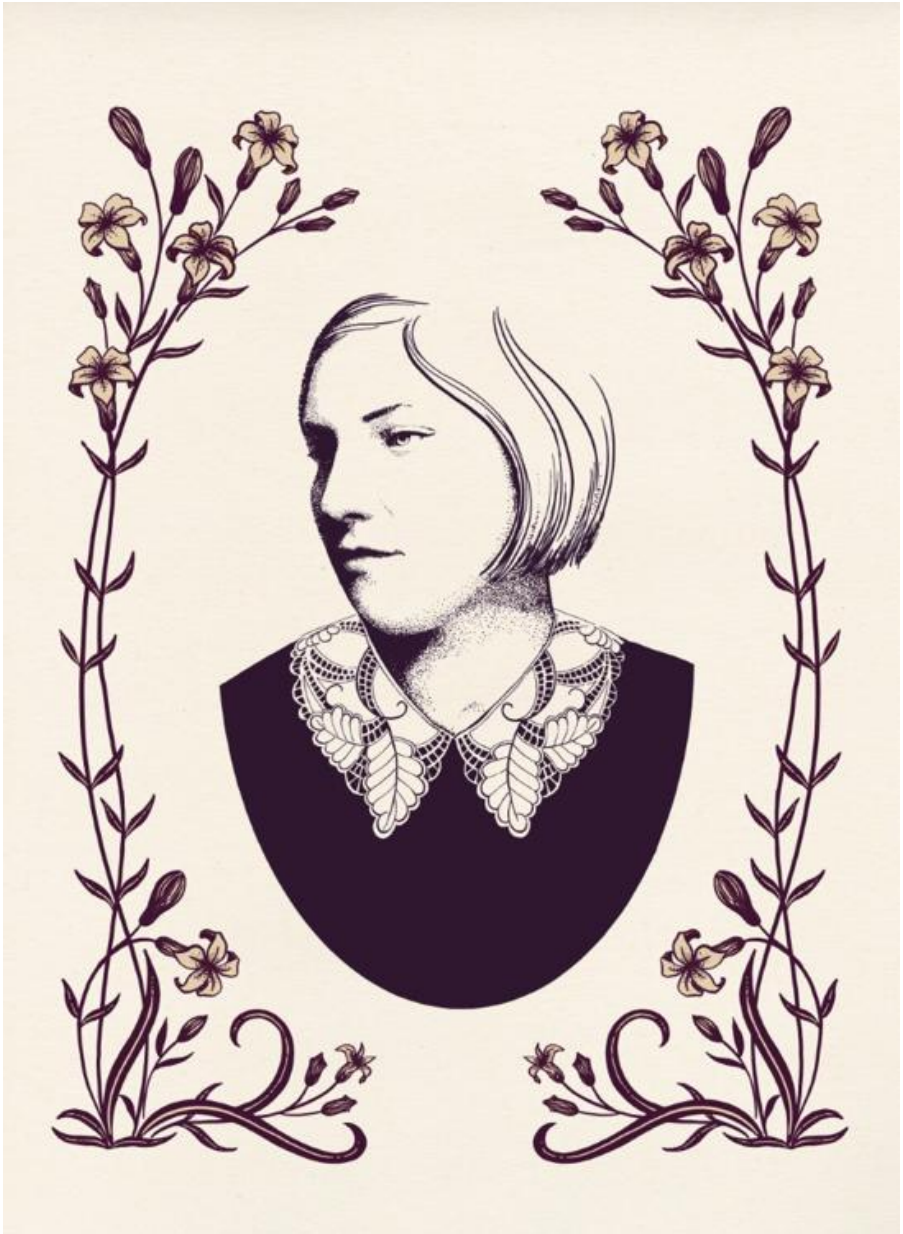
En febrero de 1961, Gilot se divorcia de Luc Simon y, varios años después, empieza a escribir las memorias sobre su relación anterior. El Maestro inició una recogida de firmas y un proceso judicial para impedirlo, aunque sin éxito. El libro se convierte en un superventas en varios países y es traducido a múltiples idiomas. Con el tiempo publicará otros títulos sobre arte y artistas. En 1990 y en 2009 recibe el reconocimiento de la Legión de Honor, la más importante de las distinciones francesas, y actualmente, con más de cien años, es una reputada artista y escritora.

MARIE-THÉRÈSE WALTER

El sol de principios de septiembre se cuela por la ventana a primera hora desconociendo toda timidez. Recorre el suelo con sus rayos, se envuelve en las cortinas y llega hasta la cama. Tú no puedes verlo, pero yo extiendo la mano hacia él, abriendo los dedos para generar sombras sobre mi estómago. Muevo los dedos fingiendo que el aire es una marioneta que puedo mover a mi gusto y contemplo su sombra posarse sobre el trozo de piel que me separa de ti. Hace treinta y nueve semanas ni siquiera podía pensar en conocerte; ahora, si todo sale bien, pronto saldrás de mí. Te reencontrarás conmigo, esta vez aquí fuera, y lo harás llorando tras haber tenido que abandonar de súbito el único hogar que conoces, pero prometo brindarte otro todavía más confortable. Llegarás a tiempo para ver desde el principio los tonos del otoño cambiar el paisaje, creo que te sorprenderá esa explosión de color. Tu abuela, mi madre, te ha tejido unas prendas preciosas para ahuyentar el frío cuando salgamos a pasear por la orilla del río.

Aquí tumbada sobre la cama, con el silencio de la mañana interrumpido únicamente por los pájaros que anuncian el comienzo del día, me pregunto de qué color serán tus ojos. ¿Azules como los míos, o negros como los suyos? Los míos, en este preciso instante, están llenos de plenitud a pesar del cansancio. Tienes mucha energía, pataleas con fuerza dentro de mí y me obligas de vez en cuando a apoyarme en el quicio de una puerta o en la esquina de una mesa. Estos días apenas me dejas dormir a pesar de que me quedo quieta, procurando no molestarte. Siento tus ganas de vivir como una extensión de las que tengo yo de que sigas aquí, también como un recuerdo del tiempo que nos queda por delante y que quiero compartir contigo ahora más que nunca. En ningún momento imaginé que la felicidad pudiera ser tan parecida a la esperanza, una esperanza acompañada de la certeza de que todo saldrá bien.

Estoy deseando contemplar la cara de tu padre cuando te vea por primera vez. Me imagino pasando la mano por su nuca, acariciando el final de su pelo con ternura, mientras le miro a esos ojos profundos que no estarán mirándome a mí, sino a ti. «Esto lo hemos hecho juntas, ¿no es hermoso?», le diré esperando encontrarme con su mirada y deseando emborracharme en ella. Borrachas de felicidad, así estaremos gracias a ti. Si bien no puedo esperar que «amor» sea tu primera palabra, ojalá sí sea tu primer sentimiento. Amor es lo que se respira entre nosotras, también en esta casa, aunque él no esté aquí. Trabaja mucho y muy duro en un lugar llamado París. Iremos a visitarle o vendrá a visitarnos, te contemplaremos dormir sumidas en un abrazo y te cubriremos de besos antes de dormir.



Tu abuela también está deseando conocerte, así que debes saber que eres una niña querida y esperada, lo cual ya es más de lo que fui yo, al menos por parte de mi padre. Pero no voy a contarte cosas tristes, porque mi historia no es la tuya. La tuya es una historia de amor. No podría ser de otra forma entre tu padre y yo. Como he venido a pasar tu embarazo a casa de la abuela, nos envía cartas casi todos los días y yo a él también. Te las leo en voz alta porque he ido descubriendo que

el sonido de mi voz te calma. Por eso te hablo, te hablo mucho y a cada momento. Pienso para ti en voz alta, susurro para mí sabiendo que vas a oírlo a pesar de no poder entenderlo. Deseo que la ternura de mi voz llene tu pequeño cuerpo, para que cuando salgas sepas que en mí tienes un hogar, un torso sobre el que reposar la cabeza, unos pechos dispuestos a alimentarte y unas manos deseosas de acariciarte hasta que te quedes dormida. Cuento para ti las estrellas cada noche, digo el nombre de los pájaros cada mañana y, cuando me recuesto en la cama y me pongo de lado mientras acaricio mi vientre, susurro: «Te quiero, te quiero, te quiero». Tu padre me ha brindado momentos bonitos y ahora siento que tú eres el más precioso de todos, pues eres nuestra y nada puede haber más bonito que el resultado del amor que dos personas se profesan. Eres el mejor regalo que pudo darme. Tú nos unirás para siempre.

Cuando te pones nerviosa y empiezas a moverte con furia, me levanto y me pongo a pasear por la casa. Tu abuela se preocupa y siempre viene a preguntarme si necesito algo. «Caminar», le respondo. Antes de que llegases a mí hacía mucho ejercicio, ahora me dicen que debo parar por tu bien, sobre todo ahora que estás ya tan grande. Bastante ejercicio es traerte sana al mundo, ¿no crees? En eso invierto todas mis energías y en nada más quiero hacerlo. Pero antes trabajaba como monitora en un campamento de personas tan pequeñitas como lo serás tú dentro de unos años: les enseñaba a moverse, a correr, a hacer piruetas, a andar en bicicleta. El ejercicio es bueno para nuestro cuerpo, lo fortalece y nos permite llevarlo a cualquier parte, subirlo a cualquier montaña, propulsarlo en cualquier dirección. Cosas que ahora no puedo hacer, pero que creo que te gustarían; a mí me encantan. Algo que sí pareces disfrutar es el agua. Bañarme sí puedo, aunque ahora mis tobillos hinchados no me permiten moverme demasiado, pero hace unos meses iba al río, me dejaba flotar sobre el agua y contemplaba mi tripa creciente asomando a través de ella. Te miraba a ti, tratando una vez más de imaginar cómo serías y de qué forma extenderías tus pequeños brazos a mi alrededor la primera vez que te metiera conmigo dentro del río, o dentro del mar, o dentro de cualquier parte. Papá nos mirará desde la orilla o se acercará hasta

nuestro lado, salpicándote para provocar tu risa, y yo seré inmensamente feliz.

Este último mes, ante la inminencia de tu llegada, he empezado a contarte retazos de mi pasado como si fuesen cuentos. No se me da bien inventarme historias, pero puedo contarte la de mi vida para que vayas conociéndome. Me gusta recordar los momentos en los que fui feliz y también pensar en la forma de transmitírtelos, es un ejercicio entretenido para las largas horas que me paso sin hacer nada. Tu abuela intentó enseñarme a tejer estos últimos meses, pero no creo que mis manos sean útiles para eso, prefiero usarlas para elevar mi cuerpo en una voltereta, sobre unas barras, o para hacer el pino dejándome caer en forma de puente. Sí me gusta utilizarlas para acariciarte, para pasearlas por este cuerpo que ha cambiado tanto y a la vez tan poco, para jugar con la luz y sus sombras, como estaba haciendo hace un rato. Al ver que sus intentos por enseñarme los secretos de las agujas no prosperaban, mi madre tuvo la idea de venir a sentarse con nosotras en el salón, coger alguno de sus clásicos favoritos y leérnoslo en voz alta. No sé si es que esas historias no terminan de atraparme o lo que me atrapa es el sueño, pero siempre termino quedándome dormida; entonces ella nos cubre con una manta y abandona en silencio la habitación, o al menos eso presupongo, pues a pesar de que mi sueño es ligero siempre me despierto varias horas después.

¿Qué cosas de este mundo te llamarán la atención a ti? ¿Será la literatura como a tu abuela, el arte como a tu padre o el deporte como a mí? ¿Con qué preferencias nos sorprenderás? ¿Cuáles serán tus cuentos o juguetes favoritos? ¿Y tus asignaturas preferidas cuando vayas a la escuela? Me temo que tendremos que arreglárnoslas para ayudarte con los deberes; entre que yo no sé mucho de muchas cosas y que tu padre tiene una apretada agenda, creo que tendrá que ser tu abuela el bastón en el que te apoyes para alcanzar los conocimientos que te llevarán tan lejos como tú quieras. Todavía no puedes saberlo, pero yo ya lo siento en los huesos: vas a ser muy feliz. Siento que cuanto más te lo repita mientras te tenga todavía conmigo, agarrada a mi piel, más posibilidades habrá de que así sea una vez estés fuera, en

este mundo que puede ser tan hostil pero cuya cara más amable intentaremos mostrarte siempre. Aférrate a esta vida para que te brinde experiencias tan bonitas como las que me ha brindado a mí, entre ellas conocer a tu padre.

¿No te he contado todavía nuestra historia? Oh, estoy segura de que te gustará escucharla tanto como a mí contártela. Comenzó hace ocho años. Tú todavía no sabes qué es el tiempo ni cómo medirlo, pero a mi edad ocho años parecen toda una vida. Era un frío día de enero y tenía que acercarme al centro de París para hacer unos recados en unos grandes almacenes que se llaman Galerías Lafayette, un edificio donde puedes encontrar todo lo que seas capaz de imaginar. Una vez aprendas a caminar, cogeremos el metro para ir hasta allí y recorreremos juntas los mismos pasos que a mí me cambiaron la vida. Yo entonces no tenía ni dieciocho años, era prácticamente una niña que no sabía nada de la vida y tampoco del amor, hasta que me crucé con él (o él se cruzó conmigo, mejor dicho) de regreso a casa. Se acercó a mí con un gran signo de interrogación marcado en la mirada y, tras presentarse como pintor, me pidió que posase para él, pues encontraba mi rostro muy interesante. El suyo también lo es. ¿Entiendes ahora por qué tengo tantas ganas de conocerte? Entre otras cosas, quiero saber cuánto de él y cuánto de mí habrá en ti. A mí, que nunca me han interesado las artes, me resultó indiferente el nombre que pronunció. Esto, en lugar de molestarle, pareció divertirle. En ese momento entendí que no era la primera vez que abordaba a una muchacha de esa forma por la calle, la seguridad que portaba en sí mismo tenía mucho de personalidad pero también de costumbre. En lugar de recibirla como un insulto, abrazó mi ignorancia con diversión, me cogió del brazo, me llevó a un quiosco cercano y señaló una revista. «¿Ves? Ahí estoy, ese soy yo», y, efectivamente, allí estaba él.

Al volver a casa y contarle a tu abuela la anécdota, abrió los ojos como platos, tanto que pensé que se le caerían y tendría que recogerlos para volver a ponérselos dentro de las cuencas. Por suerte eso no pasó. Recibió la noticia con alegría y me dio su beneplácito para volver a verle dos días después. En aquella ocasión me llevó al

cine, pero no recuerdo qué película vimos. Tengo la sensación de que tuvo que hacer un gran esfuerzo para orquestar aquel plan, porque desde entonces no hemos vuelto a pisar un cine; creo que no le gusta demasiado. ¿Pero no es bonito que una persona se esfuerce por llevarte a sitios que no le interesan, pero en los que intuye que tú vas a disfrutar, aunque sea en pocas ocasiones? Pues así es tu padre.

En la vida hay una serie de leyes escritas y otras que no lo están. Van pactando el devenir de las cosas, pero siempre hay algunas que escapan a su control. El amor es una de ellas. Tu padre no mentía al mostrar interés en mí, aunque durante seis meses me resistí. Cuando dejé de hacerlo tuve que ocultárselo a tu abuela, pensaba que no lo entendería y que, quizás, hasta me prohibiría visitarlo. Nos veíamos a hurtadillas, posaba para él durante horas y, cuando me enseñaba el resultado de su trabajo, yo no podía sino apuntar que no me reconocía en aquello que él hacía, aunque no eran pocas las personas que se sentían fascinadas por su creatividad, así que supongo que era bueno aunque yo no supiera apreciarlo. A mí me fascinaban otras cosas. Tu padre es una persona a la que no puedes resistirte, no durante mucho tiempo. Te va atrapando, tejiendo a tu alrededor una red de sueños y promesas que se desliza sobre ti como el más fino algodón. Cuando quieres darte cuenta, ya eres suya y no hay posibilidad de dar marcha atrás. Tampoco es que yo quisiera hacerlo. Con él, y ahora también contigo, solo ansío ir hacia delante.

Hay algo mágico en saberse elegida por una persona que es, a su vez, deseada por tantas otras. Me hacía y me hace sentir como si fuera la única mujer que existe en el mundo. Su musa, su compañera, su confidente. ¿No es bonito? Él desde luego que es el único hombre que existe en el mío. Cada semana la empezaba tirando de los días para que llegase el momento de vernos. Lo deseaba tanto, lo ansiaba tanto, y al mismo tiempo las horas a su lado pasaban con tanta rapidez que nunca me llenaba. Regresaba a casa en el metro pensando en volver a verle, esperando sus cartas, su voz, su atención. Conocí la plenitud y no quería renunciar a ella. A veces necesitamos de otra persona que nos coja la mano y nos lleve a lugares a los que de otra forma no tendríamos acceso. Tu padre me enseñó un mundo de posibilidades

hasta aquel momento fuera de mi alcance, y gracias a él aprendí que la reticencia nos priva de sensaciones únicas a las que no deberíamos resistirnos.

Es un hombre tan público, de un talento tan evidente que ser su secreto es un regalo. Los secretos son cosas que no puedes contar a nadie y que otorgan valor a todo lo que tocan; que sean inalcanzables los hace valiosos y nosotras para tu padre lo somos. Somos lo más valioso del mundo y por eso es mejor que nadie sepa de nuestra existencia, de lo contrario parte de esta magia que lo envuelve todo se perdería. Resultaría demasiado evidente, demasiado claro, y el misterio puede ser para la vida un motor tan digno como cualquier otro. Le brinda emoción, adrenalina y también desafío. Sí, tu padre y yo aprendimos a desafiar la vida, las costumbres y las conveniencias. Ese es nuestro lenguaje y lo hemos inventado juntas. No sabré de muchas cosas, pero sé darle lo que necesita del mismo modo que espero poder dártelo a ti. Su amor es tan grande, tan intenso, tan doloroso incluso, que aunque nadie sepa de su existencia estoy segura de que toda Francia siente su ruido por las noches. Una vibración que recorre el suelo, trepa por las patas de la cama en la que duermen y les susurra al oído promesas con las que sueñan. El mundo entero debe despertar en la más terrible de las carencias al saberse ignorado por el mismo hombre que tanto me ama a mí y que tanto te querrá a ti. Nosotras hemos esquivado la desdicha a la que seguramente tantas otras se habrán visto abocadas al perder la fortuna de su atención. Eso nunca nos pasará a nosotras. Estamos a salvo. Con él siempre estaremos a salvo.

Nací un soleado 5 de septiembre de 1925. Mi madre se ahorcó en el garaje de su casa el 20 de octubre de 1977, cuatro años después de la muerte de mi padre. Tenía sesenta y ocho años.

Antes de quitarse la vida, me envió una carta de despedida en la que reconocía que habitaba en ella una «compulsión irresistible». No la culpo. A mis veinte años fui consciente de la necesidad de poner

distancia entre mi padre y yo. Su existencia era opresiva para la mía; con él cerca no podía ser yo, no podía ser Maya, y así se lo comuniqué. Tuve que irme, tuve que hacer por mí lo que me habría gustado que mi madre hiciese por ella misma, aunque entiendo que no tuviese las herramientas para hacerlo. Nadie se las había proporcionado.

La última vez que vi a mi padre fue dieciocho años antes de su muerte. Él creó durante mucho tiempo una realidad en la que pudiésemos habitar mi madre y yo, pero terminó siendo demasiado pequeña para ambas, así que tuve que salir de ella por mi propio bien. Ya no era una niña pequeña y, con la pérdida de la inocencia que sigue al abandono de la infancia, tomé conciencia de hasta dónde podían llegar los tentáculos que mi padre tendía hacia toda persona que le rodeaba. No quería que me asfixiasen a mí también, pero era complicado resistirse al embrujo; veía el daño que había sufrido mi madre, también la burbuja que había creado para poder sobrevivir, y no podía seguir formando parte de todo ello.

A lo largo de mi infancia pregunté mucho por mi padre. Hacía lo que toda niña hace cuando sabe que existe una figura que apenas ve por casa. Él venía a vernos dos días a la semana, los jueves y los domingos, que era cuando yo no iba a la escuela y él podía pasarse el día dibujándome o haciéndome reír. Para mi madre eso era suficiente, incluso cuando era evidente que a quien venía a ver era a mí y no a ella, pero para mí no. Los cinco días restantes preguntaba por él por las mañanas antes de ir a clase, preguntaba por él por las tardes cuando volvía de la escuela y preguntaba por él por las noches antes de irme a dormir. Mi madre se pasó varios años cerrando con llave la puerta de una de las habitaciones de nuestra casa para poder llevarme hasta ella y decirme: «¿Ves? Papá está aquí dentro trabajando y no quiere que le molestemos, por eso la puerta está cerrada». Papá en realidad estaba repartiendo su tiempo entre su primera esposa, mi madre y otra mujer sin que ninguna de las tres lo supiera con certeza, si bien todas lo sospechaban. Cada semana, mi madre recibía varias cartas en las que él le recordaba lo mucho que la quería, lo especial que era para él y cómo su amor por ella crecía cada día más y más y

más. Ella confiaba ciegamente en que yo, su hija, era el pasaporte a un futuro en familia; a un futuro con él. En parte no se equivocaba, pero el legado que me dejó mi padre no fue muy distinto del que le dejó a ella el suyo: la palabra «desconocido» en la casilla que corresponde en nuestros certificados de nacimiento. En cambio, cuando fueron a bautizarme, él adoptó la figura del padrino. Mi padre, por tanto, no quiso ser mi padre. Eso tampoco ayudó a despertar a mi madre de su ensueño, sino a justificarlo durante algún tiempo más. Las excusas pueden ser infinitas cuando una persona está dispuesta a creer en todas ellas.

Como una caravana en un grupo de nómadas, mi madre y yo gravitamos a su alrededor durante más de una década. Él era nuestro planeta, nosotras sus satélites. Viajábamos a donde él viajaba, nos mudábamos cerca de donde él se mudaba, pero siempre guardando las distancias. Algunas noches, mientras me acariciaba el pelo, mi madre me susurraba que éramos su secreto. Me hacía sentir especial serlo. ¿Cuántas de mis compañeras de clase tenían la suerte de ser un secreto? ¿Cuántas poseían la fortuna de que su padre las adorase hasta el punto de desear que nadie más supiera de su existencia por quererlas solo para él? Cuando nos agasajaba con su visita durante un fin de semana entero, algunas noches venía a mi habitación, me despertaba sin importar la hora que fuese y me decía: «Maya, ¿quieres que te enseñe lo que acabo de hacer?». Entonces, con los párpados todavía encogidos de sueño y el bostezo apretado contra los dientes, extendía mi manita y, agarrada a la suya, iba con él hasta el lienzo, el boceto o el dibujo que había realizado. A ninguna de mis compañeras su padre las dibujaba tanto como a mí el mío. Tenía mucha suerte, pensaba, aunque lo echaba mucho de menos. En realidad creo que de pequeña nunca tuve claro si era yo quien lo echaba de menos o si era mi madre la que me contagiaba el sentimiento. Toda nuestra vida se estructuraba alrededor de las horas de visita. Esperar a mi padre era como esperar despierta al alba; la demora se hacía larga pero al final siempre llegaba.

La única ocasión en que nuestra vida no fue una espera continua yo era pequeña, demasiado para recordarlo. Entendí después lo que había

pasado, pero supongo que tuve que ser muy feliz. Antes de que cumpliese los dos años, mi madre y él vivieron bajo el mismo techo en Cannes durante dos meses. Mi padre necesitaba descansar del trabajo, alejarse de sus problemas, y mi madre resultó ser el destino perfecto. Siempre con los brazos abiertos, siempre dispuesta a escuchar y a tolerar lo que fuese que él quisiera expresar: júbilo, preocupación, rabia, pasión o violencia. Mi madre lo recibía todo como si no hubiera nada más importante en el mundo, ni siquiera yo. Durante dos meses mi madre lo tuvo por entero para ella, así que intuyo que nunca fue más feliz que en aquellas semanas, incluso a pesar del cansancio. Su vida se reducía a darme el pecho, bañarse en la playa y volver a alimentarme. Como toda recién nacida, dependía de ella y de su cariño por entero, pero ella al menos lo tenía a él. Aquel verano en familia marcó un antes y un después en la consideración que mi padre tenía de mi madre.

Cuando la conoció, él tenía cuarenta y cinco años y mi madre diecisiete. Ella había vivido protegida siempre, centrada en el deporte y la educación física, viviendo con mi abuela en Maisons-Alfort. Nada empañaba su paz y tampoco su inocencia. Porque así era mi madre: inocente y a veces también un poco tontorrona. Siguió siéndolo toda su vida porque sabía que era aquello lo que a mi padre le gustaba de ella: que fuera moldeable como un trozo de arcilla, voluminosa como una nube siempre dispuesta a adoptar la forma que él quisiera. Era, como la llamaba mi padre, una «mujer-niña». Su mujer-niña. Tenía el ímpetu físico de una mujer pero la personalidad de una adolescente. Por eso para mi padre tuvo que ser muy impactante chocar de pleno con una nueva realidad en la cual su amante había dejado de ser una niña para convertirse en una madre. ¿En qué lugar dejaba a mi madre haber perdido lo único que tenía que interesaba a mi padre? Exacto. En una posición vulnerable y desesperada. Me costó entender el proceso por el que tuvo que pasar y desde su suicidio me ha costado mucho explicárselo a otras personas. Para muchas de ellas mi madre era estúpida, simple y llanamente. Una niña mimada, vulgar y corta de miras, con un cuerpo suficientemente atractivo como para hacer las delicias de los ojos de mi padre, el mismo que terminó agotándose de

las cualidades que tanto le habían atraído en ella: la sumisión, la disposición, la tolerancia al dolor y su personalidad infantil. Cuando el deseo se convirtió en una conquista, perdió interés. Igual que un niño se aburre tras jugar cinco veces con el mismo muñeco y quiere que le regalen otro más.

Pero mi padre nunca soltaba, ni siquiera aquello que ya no quería. Le hacía sentir bien saberse imprescindible en la vida de la gente. Por eso tuve que irme, porque hacerle imprescindible a él era hacerme prescindible a mí. Yo no soy mi madre. No estaba dispuesta a doblarme como una rama de bambú porque sabía que, a pesar de la flexibilidad inicial, podía romperme en cualquier momento. Ella tardó cincuenta años en hacerlo, pero cuando se rompió el ruido fue estrepitoso. Tardé veinte años en darme cuenta de que su desarrollo como ser humano se había cortado en el momento en que se conocieron. A esas alturas, nuestra vida era un cuento en el que solo creía ella. Mi padre hizo de ella lo que quiso durante treinta años y, cuando se cansó, intentó abandonarla como tantas otras veces había hecho.

Además de las cartas semanales que enviaba a mi madre y de las diarias que exigía que le enviase ella, mi padre nos pasaba una pensión todos los meses. Así se aseguraba de que mi madre siguiese concibiendo sus migajas como un manjar y que a mí no me faltara nada. Nada material, claro. En 1970, de repente, los cheques dejaron de llegar, las cartas dejaron de recibir respuesta. Mi madre vio por primera vez el abismo que había tenido ante sus ojos durante décadas y sintió vértigo, mucho vértigo. Por aquel entonces ya no vivíamos juntas, pero moví cielo y tierra para que fuese independiente económicamente. Conservaba un gran alijo de cartas de mi padre, dibujos que me hizo en la infancia... En fin, cosas que en el mercado del arte tienen mucho valor porque no todo el mundo tiene un padre que se apellide como el mío. El único problema es que nada de todo aquello tenía su firma, así que moví los hilos oportunos para que dos marchantes se presentasen en su domicilio, le enseñasen la caja con todos esos recuerdos y le pidieran que los firmase. Entendíamos que mi padre hubiese dejado de mantenernos, fuera por lo que fuese, pero

tanto mi madre como yo y los marchantes pensábamos que al menos teníamos derecho a vender lo que hiciera falta con tal de no volver a molestarle.

Al parecer entró en cólera; se tomó el intento de venta por parte de mi madre como una de las mayores ofensas que nadie le había infligido nunca. Requisó la caja. Mi madre perdió los bienes con cuya venta podría haberse mantenido a flote, perdió la oportunidad de recuperarlos y con ello también el acceso a los recuerdos de la mejor etapa de toda su vida. Fue entonces cuando tuvimos que recurrir a los abogados. Algo debía de poder hacerse al respecto. Puede que la legislación francesa tenga cosas reprobables, pero desde luego que no se cuenta entre ellas la imposición de lo que se conoce como «obligación natural». Al haber estado pasándole a mi madre una asignación mensual durante treinta años, mi padre había reconocido la dependencia económica de ella y estaba obligado por ley a seguir pagándole la pensión siempre que pudiera permitírselo. Aunque tardaron muchos meses en conseguirlo, nuestros abogados llegaron finalmente a un acuerdo por el cual se reanudaba el pago de la pensión y, además, se elevaba el importe de esta. Mi madre pudo respirar tranquila y yo también. Su intención nunca fue obtener más dinero. Lo único que ella quiso de mi padre fue amor y durante treinta años se dedicó a hacer lo impensable e indecible por conseguirlo: cumplió con todas sus exigencias, accedió a todas sus peticiones, le dio una hija y soportó toda clase de humillaciones.

Una de las más flagrantes que recuerdo fue cuando Françoise Gilot cortó la relación con él, llevándose a Paloma y a Claude, mis hermanastras, lejos. Mi padre no tardó ni dos semanas en lanzarse desesperado a los pies de otra mujer, Jacqueline Roque, rogándole que se casara con él. Era viejo, estaba solo y ambas cosas le aterrorizaban. Ante la negativa de Jacqueline, descolgó el teléfono para llamar a mi madre y le dijo: «Mira, Olga está muerta. Ahora podemos casarnos». Como contaría yo misma años después recordando el suceso delante de una biógrafa de mi padre, no sé qué me causó mayor sorpresa, si su poca vergüenza o la firme negativa de mi madre. Había estado esperando ese momento prácticamente toda su vida, pero debió sentir

que, en lugar de una oportunidad, lo que mi padre le proponía era un nudo atado al cuello. Ese nudo llegó veinte años después, aunque de otra forma. Resulta curioso que al principio de su relación fuera mi madre quien intentase disuadirle de que iniciara el proceso de divorcio con su primera mujer. Para ella era suficiente con lo que tenían, no necesitaba más, pero tras mi nacimiento las circunstancias la obligaron a cambiar de opinión. Nunca por ella, sí por mí. Yo tenía un padre que conocía, que venía a verme todas las semanas, ¿por qué no podía entonces hacer el esfuerzo de apostar por la legitimidad de mi nacimiento? Esa era la principal razón, aunque no negaré que quizás una motivación oculta de mi madre fuera la de hacerse valer por encima de sus otras parejas. Ninguna de ellas le había dado lo que ella sí le dio. No hablo de la carta blanca a sus deseos y caprichos, hablo de mí: más descendencia. Mi madre siempre pensó que yo sería suficiente para que mi padre se quedase. Se equivocaba.

En los últimos años de su vida, mi padre perdió el contacto con la mayor parte de sus hijas. Mi hermanastro Paulo, el mayor de todas nosotras, cada vez le visitaba con menos frecuencia, cansado de sus continuos desplantes y humillaciones. Viendo a Paulo y coincidiendo con él podía imaginar las repercusiones que habría podido tener en mí haber gozado de una relación más estrecha con mi padre. Mi hermanastro, alcohólico y drogadicto, era una sombra de lo que un día fue y acabó reflejando por sí solo la imagen que nuestro padre bosquejara de él: la de un niño vago y consentido que solo servía para cometer errores, dejar en ridículo a su padre y provocar vergüenza. A ninguna nos sorprendió que muriese a causa de una brutal cirrosis. Es de agradecer que sucediera poco después de la muerte de nuestro padre, pues no estoy segura de que él hubiese acudido al entierro de un hijo que, a su parecer, no valía para nada. En cambio, la primera vez que conocí a Paloma y a Claude quise matarlas. Me lo suele recordar Françoise entre risas, y yo río con ella también. Creo que les tenía mucha envidia porque veía en mis hermanastras algo que yo no tuve: una infancia al lado de mi padre, viviendo con él bajo el mismo techo. Lo que en ellas consideraba una suerte era para mí el recordatorio de mi herida, de mi abandono.

Las invitaciones de mi padre y Françoise para que fuese a pasar con ellas algunas temporadas me permitieron aliviar las tensiones con Paloma y Claude, al mismo tiempo que me dieron acceso a una vida familiar que nunca antes había podido disfrutar. En alguna ocasión mi madre vino conmigo. Era sin duda una estampa rocambolesca de la que él disfrutaba. Ni siquiera se esforzaba en disimular su placer al ver el despliegue de poder que «sus» mujeres representaban ante él. Mi madre lo hizo en su momento con Dora Maar y, en la década de los 40 y principios de los 50, intentó hacerlo también con Françoise, pero la postura de esta al respecto era apacible y no sentía por mi padre ningún ápice de posesión, así que lo único que consiguió mi madre de Françoise fue la constatación de que no tenía pensado «arrebatarle» ningún lugar y que era bienvenida en su casa siempre que ella así lo quisiese. Podía estar tranquila, la nueva pareja de mi padre le había dado acceso a su compañía sin oponer resistencia. Aunque raro en esa situación, era bonito ver a mi madre feliz. No guardo malos recuerdos de aquella época.

A Françoise y a mí nos separaban quince años. Generacionalmente estaba más cerca de ella que de mi madre o de mi padre. Como a esa edad empezaba a ser consciente de las dinámicas que alimentaba este último para asegurar la lealtad incondicional de su entorno hacia él, cuando Françoise me planteó por primera vez que pensaba dejarle la apoyé. Lo hice igual que me hubiera gustado que alguien apoyara a mi madre. Nadie más lo hizo. De las parejas de mi padre que conocí, ella fue la única que me pareció que tenía la fuerza, el temperamento y la tenacidad necesarias para salvarse y no me equivoqué. Cuando ella se fue de su vida, la reacción desmedida de mi padre me avisó de que era hora de que lo hiciese yo también. Mi madre tardó tres años más en hacerlo: le visitó por última vez en 1958, con lágrimas en los ojos, mientras él se reía señalando a un fotógrafo que intentaba llamar su atención gritando «¡Maestro, maestro!», apelativo que a veces avivaba su ira y otras alimentaba su condescendencia. Tan absorto estaba en la atención que le proporcionaban que no tuvo una palabra de consuelo para mi madre, que se marchó del mismo modo que había llegado: llorando. Desconozco si lo hizo sabiendo que sería la última vez que

vería a mi padre.

El 8 de abril de 1973, cuando él murió, mi madre se presentó en la mansión que compartía con Jacqueline Roque y fue recibida en la puerta por el jardinero y un policía. Le negaron el paso. Mi madre, tras argumentar quién era, no consiguió ni una sola concesión: «Señora, dentro están demasiado ocupadas para recibirla». Cuando llegamos las hijas tampoco nos permitieron pasar. A ninguna. Me dolió mucho más por mi madre que por mí. Yo contaba con el apoyo de mi marido y tenía a mis hermanastras, pero ella había perdido a la única persona a la que había amado. Y lo amó por encima de cualquier cosa, incluso por encima de mí y, desde luego, muy por encima de sí misma. De alguna manera supe que aquel era también su final. Yo tenía un trabajo y una familia que sacar adelante, pero creo que ella sintió que lo había perdido todo. Mi padre había sido su razón de ser durante la mayor parte de su vida y los recuerdos ligados a él eran mucho más numerosos que aquellos anteriores a su relación. Al fin y al cabo, cuando se conocieron ella era legalmente una niña aún; no conocía otra forma de vivir que no fuera estando a su disposición, independientemente de que él quisiera o no hacer uso de ella.

He intentado explicar innumerables veces que perdió la capacidad para dormir, la abandonó la posibilidad de descansar, y con ambas también las ganas de vivir. Desde 1973 hasta el día de su muerte, mi madre convivió con la imagen de mi padre enterrado bajo tierra, rodeado de personas incapaces de proporcionarle lo que ella le había dado, que había sido todo. Incluso después de la humillación, incluso después de casi veinte años sin verle, se sentía responsable de cuidarle y su único lenguaje fue el de la entrega. Si la hubiesen dejado, estoy segura de que mi madre se habría inmolado sobre la tumba de mi padre para descansar por siempre a su lado. No le permitieron despedirse de él, así que tuvo que despedirse de la vida ella también. No le dejaron otra opción y, conociéndole, creo que a él no le hubiera gustado que su historia terminase de ninguna otra forma.

// NOTA BIOGRÁFICA

Marie-Thérèse Walter, hija de Emilie Marguerite Walter, nace en Perreux el 13 de julio de 1909. De su padre se ha dicho que era pintor, pero ella nunca llega a conocerle. Fue, por tanto, considerada hija ilegítima. Hasta 1930 vivirá en Maisons-Alfort con su madre, una mujer de la que se sabe que le gustaba la literatura y tocar música clásica en el piano.

Poco se conoce de la infancia y adolescencia de Marie-Thérèse, salvo que adoraba el deporte en sus múltiples disciplinas, sobre todo el ciclismo, la natación, la escalada y la gimnasia. A principios de enero de 1927 se encuentra trabajando en un campamento para menores cuando conoce al malagueño a la salida de las Galerías Lafayette de París: ella tiene diecisiete años y él cuarenta y cinco. En junio de ese año empiezan una relación que mantendrán oculta durante diez años. En un primer momento, este secretismo está justificado por ser ella menor de edad y estar él incurriendo en un delito de corrupción de menores que podría llevarle a la cárcel. Más tarde, su ocultación se deberá a que la relación podría haber sido utilizada como agravante en el primer año del proceso de divorcio con la primera mujer del pintor, Olga Khokhlova. Marie-Thérèse Walter nunca llegará a casarse.

Entre 1928 y 1935 aproximadamente, pero sobre todo en 1932, Walter copa la producción del artista en todos los formatos posibles: dibujos, esculturas, grabados y pinturas. De manera general, este compendio de obras suele analizarse bajo el prisma de la exacerbada sensualidad de Marie-Thérèse, sin reparar en el hecho de que la sexualización continua a la que la somete el artista se halla condicionada por los principios mismos del movimiento surrealista, en concreto por los textos y aproximaciones de Georges Bataille al sadomasoquismo. Walter admitirá en una entrevista que algunos de sus recuerdos más vívidos de esa época son aquellos relacionados con las prácticas sadomasoquistas de su pareja, que esperaba de ella total sumisión y la castigaba en caso de no obtenerla, llegando incluso a quemarle la piel con cigarrillos en varias ocasiones. De las cinco obras más vendidas del artista, dos de ellas pertenecen a retratos de Marie-Thérèse Walter: *El sueño*, vendida por 155 millones de dólares

y *Desnudo, hojas verdes y busto*, vendida por 106,5 millones de dólares. Ambas se sitúan entre las diez obras de arte más caras del mundo. Hasta 222 obras del malagueño llevan en el título el nombre de Marie-Thérèse.

En 1930 se muda al apartamento que su pareja le cede en Juan-les-Pins, cercano a la casa familiar que este comparte con su esposa y su hijo Paulo. En 1935, Walter se queda embarazada de su primera y única hija, María Dolores de la Concepción (Maya o Maïa), nombre escogido en honor a la abuela del pintor. Entre finales de 1935 y principios de 1936 tienen lugar los dos únicos meses de convivencia de la pareja. A partir de 1937, la relación se enfría gradualmente, se cree que debido al abandono de Marie-Thérèse Walter del estereotipo de «femme-enfant» (que tanto interesaba al artista) tras haberse convertido en madre. Este enfriamiento de la relación coincide con una progresiva degradación en la forma con que la representa en sus obras. Marie-Thérèse Walter y Maya van cambiando de vivienda en función de las necesidades del artista, que las visita dos veces por semana (jueves y domingos), coincidiendo con los días que Maya no tiene clases, además de algunos fines de semana al mes. Entre 1939 y 1942 residen en Royan durante la ocupación nazi de París, en Le Tremblay en una casa cedida por el marchante Ambroise Vollard y posteriormente se mudan al Boulevard Henri IV.

En 1955, Maya decide dejar de ver a su padre y mudarse a España, país que había visitado en 1953 para ver a su tía Lola. Marie-Thérèse se encontrará con su antigua pareja por última vez en 1958. A pesar de esto, la relación epistolar no se cortará hasta 1970. Es entonces cuando un equipo de abogados, amparándose en la ley francesa que garantiza la «obligación natural», asegura de manera oficial el pago mensual de la pensión que el artista ha dejado de pasar a Marie-Thérèse ese mismo año.

Tras el fallecimiento del pintor en 1973, se les prohíbe tanto a ella como a su hija acudir al entierro. En 1977, cuatro años después, Marie-Thérèse Walter se ahorca en el garaje de su vivienda en Juan-les-Pins tras enviar una carta de despedida a Maya.

DORA MAAR

Hay cincuenta y cuatro baldosas en el suelo. Lo sabe porque las ha contado sus consiguientes cincuenta y cuatro veces. A veces con los ojos, otras con los pies, y el resto de memoria. Esa memoria que ahora parpadea como los halógenos del pasillo, que se hunde lejos de sus manos, como un chicle pegado a la acera. Ah, sí, sus manos. Sabe que están atadas porque no las siente, a sus dedos les cuesta recibir la sangre, esa que bloquean las correas. Le gustaría poder darse la vuelta, con el rostro hacia la pared, las rodillas encogidas sobre el pecho y las manos unidas y dispuestas para rezar. Pero no puede porque, ¡ah!, las manos. Están atadas. ¿Están atadas?

Abre los ojos como presa de una premonición, un ataque, un golpe de lucidez. La pupila se dilata y se vuelve a encoger a una velocidad apenas perceptible. No recuerda cuánto tiempo lleva con los ojos cerrados, tampoco desde hace cuánto Orfeo le permitió salir de su ensueño. La claridad es insoportable. Frunce el ceño, mueve la cabeza como para liberarse de un mal pensamiento, y entonces llega la náusea. Le sube por la boca del estómago, trepa por la garganta y anida en su lengua. Esa lengua seca, fétida, llagada. Dispuesta a convertirse en camino de salida para el vómito, en guía espiritual de la bilis, se despega del interior de las muelas y abre con ello todas las heridas. Ahora la sequedad de la boca queda sustituida por la humedad de la sangre. ¿Se parecerá en algo este latigazo de dolor al que sintió Cristo cuando ofreció sus manos a santo Tomás para que este, al tocar sus llagas, dejase atrás su incredulidad? ¿Puede ella erigirse como mártir, o acaso el destino ya le ha reservado el papel de María Magdalena, que enjuaga con sus lágrimas y cabellos los pies del hijo de Dios? Si algo ha enjuagado ella con lágrimas es su propia desdicha, pero nunca se va. Le crece como moho negro, ramificándose a través de los órganos, ahogándole los pulmones, secándole la boca y saliéndole por los ojos. ¿Serán capaces aquí de librarla de ella? ¿Serán

capaces de sacar el moho sin derruir todo el edificio? ¿Quién rezará por ella ahora que sus manos no pueden?

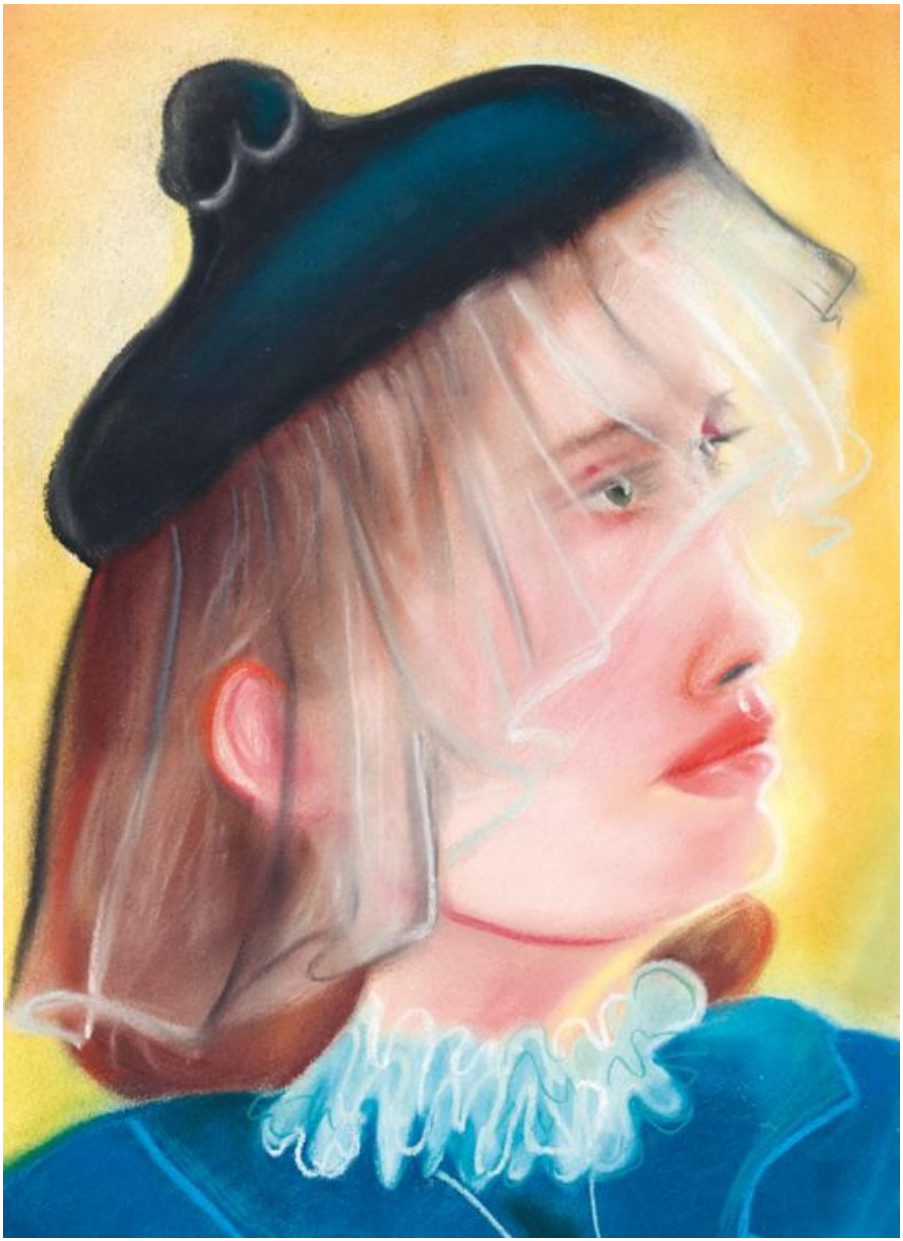
Pide agua, o eso intenta. Las llagas abiertas le han humedecido lo suficiente la boca como para que pueda mover la lengua y hablar, pero el sabor metálico de la sangre aviva las náuseas y siente que se va a ahogar. Su espalda se contrae hacia fuera como un arco tensado, la cabeza oscila sobre la almohada mientras procura hincar los codos en el colchón para alzarse sobre ellos. Cuando lo consigue se da cuenta de que su libertad de movimiento es más reducida de lo que pensaba, que no hay nada en su estómago que pueda expulsar, y que lo único que le queda es intentar escupir la sangre que ahora llena su boca. Mece su cuerpo sobre los codos, procurando inclinarlo en el borde de la cama, pero la vista borrosa y la falta de fuerzas le impiden atinar. En lugar de llegar al suelo, la saliva ensangrentada corre ahora por el mentón, goteando sobre la ropa, inundándolo todo de un vergonzoso patetismo.

Así se la encuentra una de las enfermeras cuando, en su ronda por el pasillo, avista movimiento al pasar por delante de la habitación. En lugar de entrar directamente se queda parada, resguardada tras el quicio de la puerta, observando la escena. Viendo sin ser vista, siente una incalculable superioridad sobre esa mujer débil, frágil, tirada encima de una cama que podría engullirla en cualquier momento. La mira sin piedad y con desdén, sin entender que en cuestiones de salud mental, cuando se es mujer, una puede permitirse hoy el lujo de alzarse como victimaria, pero mañana podrían atarla contra su voluntad en esa misma camilla. Tras este breve instante de regocijo personal, toma impulso para entrar en la habitación. Lo hace moviendo con entusiasmo la cabeza de un lado a otro, en señal de negación, como si acabara de ver a una niña hacerse daño después de haberla avisado varias veces del peligro.

—Señorita Markovitch, ¿qué está usted haciendo? ¿Qué le hemos dicho? Que nos llame antes de intentar levantarse —la sermonea mientras mete la mano en el bolsillo, saca un trozo de papel y lo restriega por la cara de la muchacha para limpiarle el intento fallido de escupitajo. La joven masculla, intentando hablar mientras tanto—.

Espere, espere. ¿No ve que estoy intentando limpiar la asquerosidad que ha hecho?

La joven enmudece, clavando sus ojos color almendra en esa mancha carnosa que identifica como un ser humano pero que no puede enfocar. No hay delicadeza en la forma de pasar el papel por sus labios. Están hinchados y reaccionan a la fricción resintiéndose. Ella calla pero aprieta los puños. Si pudiera vérselos comprobaría que tiene los nudillos blancos. Cuando la enfermera termina, despega los labios y una voz ronca se abre paso entre ellos.



—Agua, por favor. Deme agua —le pide mientras dirige la mirada hacia donde recuerda que debe estar la mesilla, aunque todo lo que ve sigue borroso. Por el rabillo del ojo observa a la enfermera irse en dirección contraria hacia donde ella mira, la oye coger parsimoniosamente la jarra para llenar un vaso y volver al borde de la cama con pasos lentos, calmados.

—Tome, beba con cuidado —la oye decir antes de sentir los dedos

en su nuca.

La enfermera le levanta la cabeza con un movimiento seco y le pega el vaso a la boca con tanto ímpetu que enseguida se le llena de agua. Traga con fuerza y el líquido desciende como cien cuchillos por la garganta. Caída libre. ¿Cómo se puede beber con cuidado en esas circunstancias, con esas maneras? Antes de que le dé tiempo a terminar el contenido del vaso, la enfermera ya lo ha vuelto a dejar donde estaba y procede a librarla de las correas.

—Señorita Markovitch, hoy debería encontrarse mucho mejor que la última vez, así que vamos a ver qué tal responde su cuerpo. —Sin esperar respuesta, le envuelve las piernas con ambos brazos y las desplaza hasta que quedan colgando por el borde de la cama.

—Estoy un poco mare… —Antes de que pueda terminar la frase, la enfermera ya la tiene asida por las muñecas amoratadas, dispuesta a incorporarla. Lo hace sin titubeos, tirando hacia sí con fuerza.

Cuando los pies de la muchacha tocan las baldosas y reciben el peso de su cuerpo, la cabeza empieza a darle vueltas; las piernas tiemblan y, en pocos segundos, las rodillas vencen. Se desploma contra el suelo, todavía con las muñecas entre las manos de la enfermera, y piensa si no será ese el momento, esa la postura, para ponerse a rezar. Mira hacia arriba, esperando el tacto de un pulgar que dibuje sobre su frente una cruz con aceite, pero lo único que ve es la distorsión de un cuerpo que la juzga, ahora sí, con los brazos en jarras.

—El doctor Lacan vendrá a visitarla más tarde. Intente descansar.

—Me gustaría hablar con… —De nuevo, el final de la frase queda flotando entre las cuatro paredes cuando la enfermera sale al pasillo cerrando la puerta tras de sí.

Mira estupefacta la puerta cerrada, después mira las baldosas y, ante la falta de fuerza para levantarse, apoya sobre ellas las palmas de las manos. Todavía de rodillas, deja que la cabeza se le cuele entre los hombros y que la melena caiga como una cortina de espesa humillación. La espalda implora al techo una misericordia que no llega. Cuando se siente con fuerzas, libera una de sus manos para escribir en el suelo, con el índice: *Me llamo Dora Maar.*

Recibir electrochoques es parecido a tratar un problema forzando a la paciente a olvidarlo en lugar de a entenderlo y gestionarlo. Una guerra contra el individuo que lo disocia de su contexto, de su entorno, transmitiéndole que la solución pasa por cambiarse a sí mismo. Un tratamiento para la desviación de la conducta que problematiza a la persona y no a su contexto. «Intentando alterar quién eres podemos alterar cómo te comportas.» El comportamiento es el problema, nunca las condiciones en las que se manifiesta.

Por eso, cuando encontraron a Dora vagando por las calles de París, cuando le llamó para contarle que había sido atacada, nadie pareció preocuparse por el contexto, ni por la circunstancia, ni por el bagaje. Asumieron que Dora había enloquecido, caído en otra de sus crisis nerviosas, perdido el Norte. La *crisis nerviosa* es el eufemismo perfecto para ocultar y desestimar los niveles de violencia que anteceden la desorientación, el llanto y el grito de una mujer. La ausencia que nutre la llamada de atención. ¿Dónde reside la locura? ¿En el comportamiento errático de una mujer que pide ayuda o en el abandono y el maltrato que tuvo que soportar hasta llegar a ese límite? ¿Por qué se encierra la consecuencia y se resta importancia a la causa? Él debería estar aquí conmigo, piensa. ¿Por qué solo mis pecados deben ser expurgados?

Dora se mira las manos, se acaricia los dedos. Es 20 de mayo de 1945, su quinto día en la clínica Saint-Anne, y el esmalte rojo empieza a descascarillarse. Varias de las uñas están rotas, un recuerdo que le dejan los puños al recibir las descargas. Las uñas se pliegan sobre sí mismas, elásticas, se clavan en la carne y cuando ya no pueden más, se rompen. Como yo, supone. Pero no es cierto.

Le gustan sus manos no porque sean bonitas, sino porque le han permitido hacer innumerables cosas. De todas ellas, la que más ha disfrutado es sostener una cámara. A diferencia de otras disciplinas artísticas, la fotografía era todavía una gran desconocida y, como consecuencia, generaba desconfianza estética pero curiosidad social. Eso le permitía vagar por las calles fotografiando a niños que no

tenían ni un trozo de pan que llevarse a la boca, carniceras trabajando en sus puestos, ciegos pidiendo limosna en las calles. Para ella la vida estaba ahí y no en otra parte, la vida era eso y no otra cosa. Hambre, trabajo, miseria, suciedad, desprotección. Pero no se resistían. Las muchachas se reían, atusándose el pelo para salir bonitas; los niños posaban despreocupados o se asomaban curiosos a los balcones. Mucha gente ni siquiera reparaba en ella, escudada detrás de su Rolleiflex recorriendo mercados, ciudades y países. Tenía buen ojo y tanta curiosidad como paciencia. No le interesaba que la fotografía fuese bonita, quería que fuese real, y para ello debía ser espontánea. Un encuadre torcido es mejor que una oportunidad perdida. Fue en los encuadres donde descubrió que gracias a ellos se pueden contar historias, alimentar vacíos, abrir la puerta a otras dimensiones. Pero la libertad creativa no daba de comer. Por eso empezó a trabajar en publicidad. No le interesaba demasiado, pero se le daba bien, y también le dejaba tiempo (e ingresos) suficientes para hacer lo que a ella le gustaba: contar historias e inventar otras.

Una de las primeras cosas que hizo cuando llegó a París desde Argentina fue matricularse en la academia de André Lhote, donde se reunían estudiantes y jóvenes artistas venidas de todas las partes del mundo, como Tamara de Lempicka o Tarsila do Amaral. Dora, que siempre se había sentido fuera de lugar, tampoco allí encontró un espacio donde poder ser. Sí encontró, en cambio, un interlocutor digno, un compañero fotográfico y también un amigo: Henri Cartier-Bresson. Con André Lhote aprendió los entresijos de la composición pictórica y con Cartier-Bresson los aplicó a la fotografía. Le resultaba complicado expresar a la gente por qué para ella era más importante la cámara que el pincel, y a ellas les resultaba todavía más complicado comprenderla. Con Cartier-Bresson no era necesario mantener esa clase de conversaciones: ambas entendían que la fotografía les brindaba una libertad, una experimentación, que el lienzo no. Por otra parte, también sentía que, en cierto modo, era para las mujeres un campo mucho menos hostil. Al carecer de un canon, nadie podía expulsarla de él.

A pesar del carácter solitario de la fotografía, el hecho de que fuese

una disciplina residual daba pie a cierto colaboracionismo. Ella disfrutaba tanto enseñando su trabajo como enseñando a practicarlo. Fue así cómo tuvo acceso a un estudio donde revelar sus negativos a cambio de dar clases particulares de fotografía. El muchacho al que se las impartía tenía, a su parecer, un rostro muy francés: cara alargada, marcada en las mejillas con dos hoyuelos que le daban un aspecto infantil, y un pelo rubio ligeramente ondulado que solía peinarse hacia un lado, de manera que una parte de su frente parecía bañada por una ola de trigo. Se llamaba Pierre Kéfer.

Como no había mejor forma de aprender a fotografiar que practicando, Kéfer y ella salían juntas por la ciudad. Esta estrecha colaboración entre ambas se tradujo en la firma conjunta de todas las instantáneas de ese período, pues aunque muchas veces el disparador lo pulsase ella, el taller lo había puesto él, construyendo a tal fin una cabaña en la propiedad de sus padres. La similitud a la hora de entender la fotografía y sus posibilidades las llevó a profesionalizar el estudio, donde recibían encargos de retratos, publicidad y moda. Dora, que no sabía tomarse su trabajo de otra forma que no fuera con seriedad, consiguió muy pronto hacerse un hueco como fotógrafa entre la élite parisina, pero había algo que a sus ojos no terminaba de encajar. Por un lado trabajaba para la industria cosmética y la industria de la moda, donde todo era elegancia, pompa, exceso y belleza. Por otro, recorría las calles heridas por la crisis del 29, donde no había tiempo, dinero, ni espacio para consumir y, en cambio, sí una insufrible necesidad por subsistir y todos los obstáculos imaginables para conseguirlo.

Los discursos populistas se aprovechaban de la miseria para radicalizar sus posicionamientos políticos y la amenaza del fascismo asolaba Europa, igual que el hambre y la precariedad. Para los conservadores y los fascistas, el enemigo se materializaba siempre en «el Otro», en este caso el judío y el comunismo, y a través de él se pretendían exorcizar todos los demonios. La gente seguía muriendo de hambre, la infancia seguía caminando descalza por las calles y la clase obrera seguía organizándose para mejorar sus condiciones de vida y trabajo. Dora Maar se movía de manera continua entre dos ambientes

excluyentes y sumamente diferenciados, lo cual le hacía tomar contacto con una realidad dual y, por ello, más completa. Tenía los pies en el suelo y ninguna intención de moverlos de ahí.

La mandíbula le duele. Le duele como si hubiera estado masticando piedras. Solo cuando se la masajea los dedos dejan de temblar, así que lo hace compulsivamente. Imagina que sus muelas son las cuentas de un rosario. Cada una de ellas es un recuerdo en el que no quiere pensar. Es complicado no hacerlo cuando los significados se agazapan en las esquinas desnudas de la habitación, en las voces que se arrastran por el pasillo, en los quejidos que se oyen a través de la pared. ¿Por qué me han abandonado aquí?, piensa. Conoce muy bien el sitio en el que está, un paradero al que nadie quiere llegar por si es incapaz de volver a salir. ¿Conseguirá salir ella? ¿Se lo permitirán? Le gustaría gritar, que de su garganta escapase el bramido de una bestia. Le gustaría golpear las paredes hasta derribarlas, agarrar la cama con sus manos y romper con ella la ventana. Arrastrarse por el pasillo como una víbora. Pero se queda quieta, le duele el cuerpo. Siente que por él han pasado cien convoyes de guerra que le han destrozado los huesos, se los han llenado de cavidades por las que pasa el aire, y no se puede levantar. Tapadas bajo la fina sábana sabe que están sus rodillas amoratadas por la caída de ayer. Cuando tiene ganas de gritar, de actuar como esperan que actúe para no dejarla salir, las golpea contra la pared con suficiente fuerza como para que el chispazo de dolor le recorra todo el cuerpo y la persuada de hacer una tontería. A veces la vida te pone en la humillante tesitura de tener que masticar la rabia, de paladearla como si fuese un manjar aunque sepas que es el más puro veneno. Cicuta que siempre tragas pero que nunca te mata. Es mejor envenenarse que enloquecer. Aquí la están empujando a hacer las dos cosas. No hay mayor lucidez que la de saber que te están empujando a la locura.

Al oír las ruedas del carrito torcer la esquina y enfilar el pasillo, Dora reúne todo el esfuerzo del que puede hacer acopio para girarse y

clavar su mirada en la pequeña ventana abierta en la puerta. A través de sus barrotes ve aparecer, al cabo de un rato, la cabeza de un enfermero que, haciendo la ronda de medicamentos, va suministrándolos a unas y vigilando a otras. Hoy le toca a ella ser vigilada. El enfermero da un respingo al otro lado de la puerta, no esperaba encontrarse con la mirada de Dora atravesándole la piel al mirar hacia dentro. Esa primera expresión de sorpresa muta con rapidez a un enderezamiento general. El hombre echa los hombros hacia atrás, yergue la espalda y la mira con suficiencia. Ella es una bestia encerrada y él un carcelero ejemplar.

Cuando Dora lo pierde de vista, cierra los ojos. Al abrirlos de nuevo recuerda las innumerables veces que esta escena se repitió en su infancia. Recuerda su habitación, o más bien la puerta de esa habitación. Era transparente. En su vida había visto una cosa así, pero sabía que era la materialización de una máxima familiar: nada parecido a la intimidad tiene derecho a existir entre estas paredes. Su padre, como tantos otros hombres que se sienten pequeños fuera de casa, necesitaba sentirse poderoso dentro de ella. Nada podía escapar a su control. Tras largos años de gritos, humillaciones y aislamiento había conseguido hacer de su esposa un ser desconectado de sí mismo, apagado de su humanidad, que agachaba la cabeza movida por una mezcla explosiva de sumisión y miedo. La niña, Dora, había entendido pronto que la indefensión se aprende, y se había resistido a memorizar la lección. Por eso desafiaba a su padre, aunque tuviera que hacerlo de formas sutiles y retorcidas. Como, por ejemplo, esperando sentada en la cama a que él descorriese la fina cortina que separaba la puerta acristalada del resto de la casa para que lo primero que se encontrase fuera a su hija clavándole la mirada. Si en aquella casa observar era un ejercicio de poder, Dora no podía permitirle a su padre ser la única persona que lo llevase a cabo.

Igual que el enfermero, cada vez que su padre se erigía como observador y se descubría observado daba un respingo, intentando recuperarse de él con la mayor rapidez posible. Entonces, carraspeaba disimulando el susto, miraba a su hija con desdén y, con un tono de voz calmado, consciente de que resonaría en todas partes de aquella

casa en la que se escuchaba respirar hasta a la madera, decía: «Desde luego, Julie, tenemos una hija tan demente como tú». Y su madre nunca decía nada.

A medida que crecía, las personas que la rodeaban a menudo malinterpretaban sus silencios. Algunas veces los disfrazaban de timidez, otras de misterio, a veces de inteligencia. Es indudable que si no te permiten acceder a un espacio físico privado, tienes que inventarlo dentro de ti, pero el carácter callado de Dora obedecía principalmente a que se hallaba en un estado perpetuo de hipervigilancia. Cuando creces en un entorno sumamente hostil, en el que no puedes participar de manera activa pero del que tampoco te puedes desligar de manera pasiva, tu autopreservación depende de cómo sepas medir las reacciones de tu entorno. Anticiparse a los arranques coléricos de su padre o a las discusiones que propiciaba con ella su madre no impedía que tuviesen lugar, pero sí la preparaban para enfrentar la situación con la mayor dignidad posible. Lo que Dora no fue capaz de anticipar es que aquellos muros de contención acabarían cayendo un día, lapidándola en el proceso. Un cuerpo no puede sostener toda la ira del mundo.

Una parte importante de las tesis surrealistas tomaban a la mujer como objeto de estudio y reflexión. Divagaban sobre ella, la imaginaban y reimaginaban a su antojo. Cualquier parecido con la realidad era, en la mayoría de los casos, pura coincidencia. Los surrealistas no parecían darse cuenta de que su inconsciente estaba contaminado por siglos de cosificación de la mujer. La deriva «femme-fatalesca» del siglo XIX seguía impactando en ellos con fuerza, de modo que la *femme fatale* decimonónica y la mujer surrealista no se diferenciaban demasiado entre sí: ambas eran una invención de un grupo de hombres que se creían tan a la vanguardia que en muchos aspectos olvidaron que se estaban quedando atrás.

Todo esto a Dora la beneficiaba. Era una mujer elegante, audaz, inteligente y sarcástica, características que la convertían a ojos de

muchos en una criatura inquietante. Una «cara bonita» tras la cual operaba un cerebro brillante. Para ella no parecía existir un ambiente en el cual no fuera capaz de desenvolverse con naturalidad; podía hablar de cualquier tema, participar en cualquier debate. Pese a todo, había en su lenguaje corporal cierta rigidez, una sensación de estar siempre en guardia, dispuesta a ofrecer una réplica. También había en ella un aura de absorción, de estar y no estar en un lugar al mismo tiempo, una profundidad psicológica que atraía y repelía. Era, por lo tanto, una perfecta surrealista, y ella lo sabía. Sin embargo, no quiso formar parte de manera oficial del grupo, aunque sí compartiese con él ideales, inquietudes, actitudes y maneras semejantes de concebir y practicar el arte. En el surrealismo encontró el tipo de libertad que no pudo experimentar en su casa ni con su familia. Libertad a la hora de pensar, de relacionarse, de interpretar y también de amar. El carácter anárquico lo envolvía todo: las pasiones, las acciones y los afectos. Toda la contención que había practicado a lo largo de su vida podía, al fin, desaparecer. O mejor dicho, transformarse en otra cosa.

Pocas cosas la divertían más que la estupefacción de quienes no entendían que sus amistades y ella estaban intentando cambiar el mundo, los códigos de conducta y las reglas impuestas. La cuestión era llamar la atención y hacerlo de la manera más estrepitosa posible. Cuanto más se enardecieran las élites burguesas con sus procederes, más cerca estarían de conseguir su propósito, de relamerse con gusto los labios. Ella, que irónicamente había crecido en un círculo burgués (modesto, pero burgués al fin y al cabo), no era capaz de formular la satisfacción que le producía sentir que se estaba rebelando contra algo que nunca había sido suyo, aunque se lo hubiesen impuesto a la fuerza. Los primeros años de la década de 1930 fueron para Dora como una ducha en la que deshacerse de todo lo que arrastraba pero no le pertenecía. Sentirse parte de algo, aunque sin formar parte directamente de ello, era el culmen de su anarquía. No tenía límites ni intención de imponérselos. Esa falta de límites sería, paradójicamente, la que la llevaría a toparse con otro hombre que, como su padre, se los pondría todos, poco a poco, hasta dejarla encerrada en ellos.

Una tarde de enero de 1936, Dora estaba pletórica. Sus fotografías

habían sido expuestas en Tenerife en una muestra de arte surrealista y estaba trabajando en otras tres exposiciones grupales para ese año: una en Londres, otra en París y la última en Nueva York. Vivía con una mezcla de extrañeza y sentimiento de pertenencia el haberse labrado un nombre en la industria fotográfica y, al mismo tiempo, también entre el grupo surrealista. Le satisfacía no haberse equivocado al tomar ese camino, aunque lo hubiese hecho por pulsión y no por ansias de éxito, y así solía recordárselo a su amigo Henri Cartier-Bresson, asegurándole que algún día a él también le irían así de bien las cosas.

En la calle hacía un frío insoportable, como es habitual en los largos días de invierno en París, y a pesar de llevar guantes Dora no era capaz de sentir los dedos. El viento procuraba en vano atravesar su piel, dejando por el camino una sensación de tirantez que le hacía sentir que la cara se le caería a pedazos en cualquier momento. Fue así como decidió entrar en el café de Les Deux Magots, buscando cobijo pero también deseando encontrar alguna cara conocida. Al no avistar ninguna, se sentó sola en una mesa, se sacó los guantes y del bolso extrajo la boquilla de plata que siempre utilizaba para poner en ella sus cigarros. Encendió uno tras otro, mientras emprendía en su cabeza un viaje al que todo el mundo era ajeno, pero que la tuvo ensimismada no recuerda cuánto tiempo. Nadie se sentó a su lado, tampoco enfrente, por lo que siguió divagando hasta que la frialdad de sus manos la sacó del ensueño.

El café estaba abarrotado, lo suficiente para que el calor de los cuerpos permitiese que todas las personas allí presentes olvidaran por unos momentos las temperaturas gélidas del exterior, pero Dora seguía teniendo dos témpanos por manos. Tras frotarlas varias veces con brío aunque sin éxito, pensó en ponerse de nuevo los guantes, y su cara se vio atravesada por una sonrisa, acompañada de un breve pensamiento que tenía por nombre André Breton. Mientras se cubría las manos con los guantes, estirando primero un brazo y luego otro para ajustarlos bien sobre la muñeca, una ráfaga de viento indicaba que la puerta giratoria del establecimiento se había puesto en movimiento, pero Dora estaba tan centrada en su pequeño ritual que no prestó atención

a si la puerta estaba recibiendo o despidiendo a alguien. Entonces abrió su bolso, esquivó de manera consciente la pitillera, y cogió una navaja. Con la elegancia mecánica de quien hace algo más de una vez y lo disfruta siempre, puso una mano sobre la mesa con los dedos extendidos, ladeó la cabeza, y empezó a clavarla entre ellos. Primero a grandes intervalos, como una letanía, midiendo bien la distancia y encajando el filo a medio camino entre un dedo y otro. Después a mayor velocidad, reduciendo así la probabilidad de acierto, ¿o aumentándola?

Notaba cómo, a pesar del alboroto del lugar, algunas miradas se posaban en ella. Intuía que algunas lo hacían con diversión, otras con perplejidad, muchas otras con verdadero horror. Estas eran las emociones que solían causar las prácticas surrealistas. Para Dora, por tanto, generarlas era casi un trabajo, desde luego un modo de vida. El despiste era un ejercicio al que se entregaba con sumo placer, y disfrutaba imaginando las caras desencajadas o divertidas de las que la rodeaban. A quienes la conocían no les sorprendía, pero hubo alguien a quien sí, y profundamente. Cuando Dora se cansó de traspasarse los guantes y la piel con la navaja, levantó la vista y allí estaban. Dos hombrecillos y, con ellos, Paul Éluard; el único del grupo al que conocía.

Éluard compartía con otros surrealistas la tendencia a reducir en un principio a las mujeres a una mera fantasía sexual, hallando un enorme placer en realizar intercambios de parejas, participar en orgías y dar rienda suelta a las pasiones. Poseía, eso sí, una sensibilidad y un compromiso afectivo del que los demás carecían. Era capaz de amar profundamente y, lo que es más importante, de cuidar profundamente. Esta era la diferencia principal entre el poeta y los demás. Disfrutaba del ambiente de desenfreno sexual y azuzaba a sus amistades para que hicieran lo mismo, pero había en su forma de relacionarse una profundidad, una lealtad moral, que destacaban por lo mucho que brillaban por su ausencia en otros. Dora no podía saberlo, era mística y no vidente, pero el poeta que tenía ahora delante se convertiría nueve años más tarde en la única persona que rompería una lanza a su favor, que intentaría sacarla del pozo en el que la habían hundido,

señalando sin ambages a quien la había empujado a él.

En aquel momento, no obstante, sus ojos solo expresaban la serenidad de quien se encuentra con un amigo y la curiosidad por inspeccionar a los dos hombrecillos que venían con él. Uno era pequeño en complexión, el otro en altura. El hombrecillo menudo tenía un rostro peculiar, enmarcado en una cabeza robusta demasiado grande para aquel cuerpo, con unas entradas tan pronunciadas que parecían dos lenguas colándose en el mar. Ojos saltones, inquisitivos, escondidos detrás de unas gafas que convertían su mirada en una lupa. La juzgaba con desconfianza, colocándole ya entonces la misma etiqueta que tantos años después le clavarían en la espalda: loca. Éluard le presentó como Jaime Sabartés. Este, en un amago quizás inconsciente, movió ligeramente uno de sus hombros para adelantarse al tercero del grupo, como intentando protegerlo. Actuaba como si Dora fuese la mismísima Gorgona, dispuesta a aniquilar a quien hiciera falta con su mirada. Sabartés erró el tiro. No era a su amigo a quien había que proteger. Dora solo actuaba como un espejo en el que se reflejaba la peligrosidad de aquel a quien Jaime intentaba ocultar.

Al tercer hombre lo conocía bien, aunque solo de vista. Frecuentaban círculos parecidos, tenían amistades en común, y ambas vivían un momento en el que estaban en boca de todo París. Tanto ella como él eran promesas consolidadas de la vanguardia, reunidas al fin en un mismo espacio. A Dora le pasó lo que le sucedía a todo el mundo, le sorprendió su estatura. Sabía que, al levantarse, le sacaría al menos una cabeza y media. En ese momento se preguntó si sería el tipo de hombre que se siente ofendido, empequeñecido, al interactuar con una mujer más alta que él. Tenía una mirada parecida a la de Sabartés, fija y penetrante, pero manchada de fascinación. Mientras la mirada de topo de Jaime estaba llena de ansiedad, la del hombre que tenía detrás transmitía unas ansias, un hambre, un deseo que no podía obviar. Sintió que sus ojos miraban la vida desde un lugar parecido a los de ella, utilizando un lenguaje común difícil de encontrar. Éluard asistía a la escena con la satisfacción de quien sabe que ha contribuido a plantar la semilla de algo grandioso.

—¿Me regalaría sus guantes? Quiero ponerlos en mi museo —dijo el

amigo de Paul y Jaime en un francés con un marcado acento español.

—Por supuesto —respondió Dora en el idioma que había aprendido a hablar con fluidez tras más de veinte años en Argentina, buscando la sorpresa en el interlocutor y sonriendo con satisfacción al encontrarla.

Al entrar en la habitación se la encuentran de rodillas, con los codos apoyados en el fino colchón, las manos entrelazadas y la frente apoyada en ellas. El grupo lo dirige una enfermera, la misma de siempre, y va seguida de cerca por tres fornidos hombres. En conjunto parecen los cuatro jinetes del Apocalipsis. Los uniformes blancos se funden con el blanco del suelo, el blanco de las paredes, el blanco del techo y el blanco del mobiliario. Todo es blanco. Un matiz cromático que en todo su intento de remitir a la limpieza, la pureza y la calma consigue el efecto contrario. No hay tranquilidad, sino pavor. Hay corrupción, abandono y ausencia de cuidados. Hay violencia y frialdad. Nada en este blanco es confortable, más bien es violento.

No le permiten terminar el rezo y tampoco le dirigen una mísera palabra. La enfermera da la orden y los tres hombres se abalanzan sobre ella. Dos de ellos la cogen por las axilas, inmovilizando así el torso y los brazos, y el tercero les sigue de cerca por si opone resistencia. Lo intentó en las dos primeras sesiones y para lo único que sirvió fue para ganarse una inyección en el cuello y perder el conocimiento durante doce horas. Así que se deja manipular. No se resiste, pero tampoco colabora. La giran hacia la enfermera con los pies todavía arrastrando por el suelo, y Dora la mira como una bestia que no enseñará los dientes porque sabe que privar de motivos para utilizar el látigo es también una forma de desafiar a quien está deseando empuñarlo.

La enfermera frunce el ceño con desaprobación y Dora nota el movimiento de su mano soltando la jeringuilla que, por si acaso, sujetaba dentro del bolsillo. No va a necesitar utilizarla y sabe que eso le molesta. A continuación se da la vuelta, levanta el mentón y enfila el pasillo. Los tres hombres la siguen, uno a espaldas de Dora,

procurando no pisarle los pies, y los otros dos llevándola a rastras. No la descienden de la cruz, la llevan a ella.

Se concentra en dejar caer la cabeza entre los hombros, igual que cuando la enfermera la dejó a su suerte después de caerse de la cama, con la melena cubriéndole el rostro. A través de los mechones, tanto delante como a los lados, ve las demás habitaciones del pasillo. Dentro de ellas, la mayoría de las que están encerradas son mujeres. Algunas de las puertas están abiertas, permitiendo contemplar el estado catatónico de las reclusas. Otras están cerradas, pero no ahogan los golpes que aporrean las paredes, los gritos pidiendo que abran la puerta. Cuando lo hagan, cuando alguien la abra, será para suministrar a quien aguarda al otro lado una inyección que la deje sedada, inconsciente, inútil en la cama. Aquí los gritos nunca actúan como una llamada de auxilio que espera ser atendida, son como pulsar un botón para añadir un nombre más a la lista. La lista de pastillas, la lista de sedantes, la lista de descargas, la lista de tortura. Aquí a todas les aprietan las tuercas y cuando se pasan de rosca asienten diciendo para sí: «Teníamos razón, no están curadas todavía». ¿Qué se hace cuando la enfermedad que asedia la salud de una mujer es la sociedad?

Por eso muy pocas salen. Primero porque son sus familias, sus maridos o sus parejas quienes las encierran aquí. Segundo, porque si salen lo harán en peor estado de cómo entraron, poniendo así de manifiesto el carácter deficitario de la atención que reciben. Los hospitales psiquiátricos son vertederos en los que se continúa brutalizando a quienes ya llegan a ellos de por sí brutalizadas. Esposas cuyos maridos, molestos ante sus quejas, las encierran para poder seguir practicando el libertinaje. Ancianas cuyos hijos, para poder cobrar la herencia, las inhabilitan para que fallezcan solas, descuidadas, muertas de frío. Hijas que esperan algo más de la vida que lo que sus padres pactan para ellas. Rebeldes insumisas. ¡Qué osadas! ¿Cómo se atreven? ¿Cómo se atreven a expresar lo que sienten, a pelear por sus derechos, a defender su integridad? ¿Cómo osan poner límites, reivindicar su libertad, tomar sus propias decisiones? ¿Quiénes se creen que son para denunciar el maltrato,

rechazar la violencia que reciben, gritar por las calles que les están haciendo daño? Todas. Todas en Saint Anne. Olvidadas. Marchitas. Inconscientes. A todas ellas las ve Dora mientras la llevan a rastras hacia la sala que está al fondo del pasillo.

No necesita mirar el letrero para saber a dónde la llevan, pero aun así lo hace. Cuanto más la fuerzan al olvido, con más fuerza se aferra a la verdad. ¿La verdad? No se merece lo que le está pasando, ni ella ni ninguna a las que oye gritar, quejarse, implorar. No se merece que la metan como un fardo en la habitación que advierte, con un letrero, Sala de electrochoque. No merece que la pongan en una camilla, que le aten con fuerza los tobillos, la cabeza y las muñecas. ¿Para qué tanta fuerza si van a freírle el cerebro? ¿Para qué apretar las cuerdas hasta que siente que se asfixia, que la sangre deja de llegarle a los pies y a las manos? ¿Para qué apretar tanto las cuerdas? ¿No podrían hacerle el favor de ajustarle una al cuello y lanzarla por la ventana? No. No puede hacer de su renuncia una victoria para la mano que firmó su ingreso. La misma mano que tantas veces la ha acariciado con amor, con deseo. La misma mano que se llevó sus guantes para ponerlos en su museo, un museo que no era más que una vitrina en una habitación. Esa mano que a una la ha agarrado por los pelos para arrastrarla por el suelo. Esa mano que en su momento encerró con llave a otra para que sin él la vida no tuviera sentido, porque para él el sentido era el permiso, y solo él tenía permiso para vivir. Esa mano que la metió inconsciente en un taxi, cerró la puerta y vociferó una dirección. Esa mano en la que ahora piensa mientras le humedecen las sienes, le colocan los algodones y giran la llave que dará paso a un torrente de electricidad que le impedirá pensar en otras cosas mientras sus dedos se retuercen, se flexionan hasta formar un puño, y se rompe otra uña más, quedando clavada en la palma. Pero Dora no va a olvidar esa mano, aunque el chisporroteo de la electricidad esté tan cerca de sus oídos, tan metido en sus entrañas que ahora no recuerde ni quién es, ni cómo se llama, ni qué le ha pasado.

—¡Tienes que ver esto! —Entra como una turba en la habitación, exigiéndole exaltada que abandone cuanto está haciendo para que examine el contenido del sobre que deposita a su lado—. Hay que hacer algo.

El 26 de abril de 1937, ocho meses después de que las tropas falangistas capitaneadas por Francisco Franco diesen un golpe de Estado contra el gobierno republicano y desatasen la Guerra Civil en España, la Legión Cóndor sobrevoló la localidad de Guernica, en Euskadi, y dejó caer sobre ella sucesivas bombas. Lo hicieron a plena luz del día, escogiendo el momento en que la mayoría de la población estaría fuera de casa: el día de mercado. La ciudad quedó reducida a escombros y la población sepultada bajo ellos. Fue un simulacro de lo que posteriormente serían los bombardeos nazis en la Segunda Guerra Mundial y también un pacto que ligaba con sangre el nacionalsocialismo alemán y el nacionalcatolicismo español. Varios corresponsales internacionales se desplazaron a la zona para fotografiar las consecuencias, y así el bombardeo de Guernica se convirtió en uno de los primeros en ser cubierto por los medios.

Dora estaba encolerizada. Maldecía en francés, en castellano y también en croata. Se llevaba las manos a la cabeza con preocupación, dando vueltas de un lado a otro de la habitación, mordiéndose el labio inferior con rabia. Había llegado a París ya sensibilizada con la política de izquierdas, pero desde 1932 su compromiso atravesaba todo lo que hacía, decía y pensaba. Con su primera pareja, Louis Chavance, firmaba todas las peticiones habidas y por haber, asistía a mítines, defendía con fervor sus ideales y contribuía a que un número cada vez mayor de amistades se sumase a la causa antifascista. También firmó el llamamiento a la lucha de intelectuales como respuesta a las violencias antiparlamentarias y al auge de los fascismos en Europa. Con paciencia, fervor y tesón mantuvo intrincadas conversaciones sobre compromiso político con el hombre que tenía ahora delante.

Tras las penurias que había soportado durante sus primeros años en París, el éxito que le proporcionaron su pintura y los contactos de su primera esposa, una bailarina de ballet perteneciente a la aristocracia

rusa, le habían permitido asumir el mismo tren de vida burgués que él se dedicaba a afear con sus constantes críticas a la burguesía. Lo hacía desde una posición de acomodamiento que nadie se atrevía a poner en entredicho. Entre sus amistades había personas de todas las facciones políticas, pero su cercanía con la izquierda se la debía, sin duda, a conocidos que militaban en el Partido Comunista y, también, a otros de ideología anarquista. Con la militancia política, Dora hacía lo mismo que con la adscripción a un grupo artístico determinado: estaba en el centro neurálgico de la creación y la discusión, pero sin pertenecer a ella. Aunque no por ello dejaba de defenderla a ultranza.

Cuando lo conoció, este español afrancesado que se negaba con rotundidad a abandonar su acento estaba inmerso en una época de sequía artística. No pintaba, no esculpía, solo aullaba lamentándose de lo terrible que era su vida, lo desdichada que era su existencia, lo infeliz que le hacían las mujeres. Estaba en proceso de divorcio con su esposa y, como consecuencia, había paralizado tanto la catalogación de su obra como la producción de piezas nuevas: ella tenía derecho al reparto de los bienes, pero el pintor no estaba dispuesto a ceder. Ocultando parte de su producción evitaba que fuera posible saber cuánto era suyo y, por lo tanto, qué había que repartir. El talante artístico de Dora, sus nociones de pintura y su manejo de la composición le habían proporcionado todo lo que le había faltado en su anterior relación, así que empezaron a colaborar: conversaciones, intercambios, consejos y fotografías.

Poco antes del bombardeo de Guernica, la pareja de Dora había recibido un encargo del gobierno de la República española para el pabellón con el que acudirían a la Exposición Universal de París de ese mismo año. Él estaba perdido, desmotivado. No conseguía llevar a término ninguna idea que le conmoviera y faltaba menos de un mes para que se inaugurase la exposición. Al plantarle delante el sobre con las fotografías del bombardeo, Dora le estaba sirviendo en bandeja de plata el tema que habría de convertirse en su obra más famosa. Las únicas fotografías que existen del proceso creativo las haría ella.

—Ya tienes tema para tu encargo. No puedes hacer otra cosa. Debes posicionarte a favor de la República. —Lo dijo con calma pero con

firmeza, primero colocando una mano en su hombro, después desplazándola hacia su mentón para levantarlo. Le clavó los ojos, le acarició la mejilla—. Ponte a ello. Vas a hacer algo que cambiará el rumbo de todo.

Sus músculos no se habían familiarizado nunca con el idioma de este cansancio. La mandíbula apretada, formando nuevas heridas en el interior de la boca y en los costados de la lengua; las uñas cada vez más rotas, destrozadas tras haber amoratado las palmas de tanto clavarse en ellas; la mirada perdida, ida, vagando sin rumbo al son de esa cabeza que se balancea, colgando hacia atrás en la silla de ruedas. Las muñecas siguen atadas, esta vez no a una camilla, sino al duro reposabrazos. Los tobillos igual, para que los pies no caigan y arrastren por el suelo, no esta vez. ¿Dónde está Dora? La llevan a lo largo del pasillo, es el trofeo de una victoria que no es suya, sino de la institución. Han pasado nueve días desde su ingreso, el doctor Lacan no ha aparecido, nadie le ha entregado ningún tipo de correspondencia. Si la han visitado, no lo recuerda. Si le han permitido llamar a alguien, tampoco. No ha sabido nada de él en todo este tiempo. Ni una visita, ni una carta, ni una llamada. Visitó con ella el infierno y la dejó allí atada.

Lo único que es capaz de sacarla brevemente del ensueño es el sonido de un teléfono. Reverbera por todo el hospital, tan parco en decoración y muebles que el eco susurra todo lo que fuera nadie quiere oír. Dora siente que el suelo cede a sus pies, abre los ojos como presa de una posesión y piensa en Julie, su madre, y también en Nusch. Durante un tiempo, debido al peso que el trauma imprime en lo cotidiano, respondía al teléfono con las manos temblando. ¿Quién moriría esta vez al otro lado de la línea?

De pequeña, su madre tejía la soledad que sentía alrededor de la niña como si fuera una bufanda. Tejía y tejía y tejía. Hablaba y hablaba y hablaba. De pequeña, Dora aprendió de tal manera a sostener las grietas de su madre que acabó por sentirse responsable de

ellas. En su casa se le rezaba a un Dios que, de haber conocido a su padre, habría enviado el océano para que lo ahogase. Su madre carecía tanto de poder, tan nulas eran sus fuerzas para enfrentar a su marido, que todo lo que le hubiese gustado decirle a él se lo contaba a su hija, su única hija. Dora aguantaba así el peso de las discusiones y los golpes que tan bien se colaban a través de la fina puerta transparente de su habitación, y también el llanto desconsolado de su madre cuando se desahogaba con ella. ¿Con quién iba a hacerlo, si solo la tenía a ella? Al transmitirle la confidencia, también le trasladaba la responsabilidad de hacer algo. Le decía a su madre que pidiera ayuda, que dejara a su padre, que no era la espalda de su hija sobre la que tenía que cargar tanto dolor. Ella era solo una niña. Solo una adolescente. Solo un ser humano a medio hacer, pero ya con todo el camino del daño recorrido. Su madre no entendía, se enfurecía y la culpaba por su dureza. Le recriminaba no ser el bastón que necesitaba para sostenerse.

A los treinta y tres años, Dora supo que no podría ser madre, y pensó si no sería ese el castigo divino por haber tenido que cuidar tanto de Julie, por haber intentado sacarla con tanto ahínco de un pozo del que parecía no querer salir, no sabía cómo hacerlo. ¿Quién necesita una hija teniendo una madre como la suya? Recuerda las recriminaciones que tuvo que soportar por parte del malagueño con el que compartía su vida cuando se lo contó. Solía repetirle que una mujer nunca se convierte en tal hasta que no es madre. Para él, una mujer que no es madre era una mujer a medio hacer.

En 1940, con la caída de París a manos del régimen nazi, Dora aprendió a vivir con la angustia de quien se levanta sin saber si estarán varios oficiales esperando en la puerta de casa para detenerla. Al haber heredado el apellido de su padre, Markovitch, se había pasado media vida corrigiendo a toda persona que asumía que era judía. «No lo soy, es un apellido croata», decía. Al principio se lo tomaba con humor, ser judía no era nada de lo que avergonzarse. Pero a partir de la segunda mitad de la década de 1930, tanto serlo como parecerlo se convirtió en una sentencia de muerte, peligro que se acentuó aún más en el París ocupado. Ese mismo año, una megafonía

atronadora empezó a recorrer las calles de París anunciando a todos sus habitantes que se imponía el toque de queda a partir de las diez de la noche. Dora, siguiendo quizás por primera vez un consejo paterno, pidió la nacionalidad yugoslava y se hizo con un pasaporte que aseguraba su procedencia aria. Desde aquel momento, ante la duda y el miedo, no volvió a abandonar su domicilio sin llevarlo encima.

Como su pareja había sido incluido en la lista de «artistas degenerados» pautada por Hitler, recibió en su residencia sucesivas visitas de grupos de soldados alemanes que arramplaban con todo, revisaban sus pertenencias e interrogaban a quien hubiera en la casa. Cuando Dora estaba presente —nunca llegó a vivir con él— sentía que en cualquier momento el corazón se le saldría del pecho. Luego era ella quien ayudaba a Inés, la sirvienta, a arreglar los destrozos y devolver todo a su sitio. Vivía con la sensación constante de que la llevarían presa, así que cada día que pasaba con vida era un regalo, pero también una maldición. ¿Cuándo sería? ¿Cómo llegaría el momento? ¿Cuál sería el error? Él, en cambio, vivía relativamente tranquilo. Se sabía protegido por sus amistades, y sus admiradores le enviaban todo lo que podían por correo para que no le faltase de nada. Su casa taller en Rue des Grands Augustins, que ella misma le había conseguido, era una de las pocas viviendas que contaba con agua caliente, aunque fuese de manera interrumpida. La nevera de ese hogar nunca estaba vacía. Él no volvería, ni en tiempos de guerra, a la escasez del Bateau-Lavoir.

Ella, en cambio, vivía inmersa en un estado de constante inquietud. Esa preocupación se colaba por cada rendija, por cada rincón, y le cogía la mano allá a donde fuese. Él no lo soportaba, porque solo a él se le permitía la queja y el sentirse miserable. Cuando era otra persona quien ocupaba ese lugar emocional, el rechazo era diametral. En él, los sentimientos y su expresión eran parte indisociable de ese genio que todo el mundo decía que tenía. En las demás era un síntoma de enfermedad, de degeneración, de peste. Cada vez la miraba con más repulsión, como si se estuviera pudriendo, marchitando. En lugar de tenderle una mano, la empleaba para hundirla en la herida. Tras dos años en esa situación, Dora se enteró de que habían detenido a su

madre en Dijon y de que estaba en manos de las autoridades alemanas. Se pasó el día colgada al teléfono, haciendo llamadas pidiendo ayuda, favores, lo que hiciese falta. Nada podía hacerse. Así que salió hacia Dijon como alma que lleva el diablo, pero no le dejaron verla. Cuando la soltaron, madre e hija llevaban tatuado el miedo en las facciones. Julie nunca lo superaría y a Dora tampoco le permitirían hacerlo.

Poco después de aquello, Dora empezó a llamarla cada noche, ya fuera desde su casa o la de él. En una ocasión, la conversación se cortó de forma inesperada. Dora miró inquisitivamente a su pareja, preguntándole con la mirada si había algún problema con la línea. Todo estaba bien, pero había dejado de oír la voz de su madre. Se había quedado callada. Le empezaron a temblar las manos, miró la hora y eran más de las diez. No podía salir de casa.

—¿Madre? Madre, ¿me oyes? Madre, contesta.

Al otro lado de la línea solo silencio. Colgó el teléfono de cualquier forma, se desplazó con pisadas de gigante hacia la entrada, asió su abrigo y el pasaporte, y cuando estaba a punto de abrir la puerta, notó la presión de una mano rodeando su muñeca.

—¿A dónde te crees que vas? ¿Pero tú estás loca? —Era él, que la miraba enfurecido, alzando cada vez más el tono de voz, hastiado por su actitud y enardecido por su preocupación.

—Necesito ir a comprobar que mi madre está bien. Suéltame —protestaba Dora mientras intentaba zafarse, pero él no la soltaba.

—No seas como una niña pequeña. Razona. Iremos mañana a primera hora, ahora es imposible. Vámonos a dormir.

—¿¡No entiendes que no puedo dormir sin saber que mi madre está bien!? ¿Y si se ha caído? ¿Si le ha pasado algo? ¡Tengo que ir a verla! —gritó al borde de las lágrimas, harta de su falsa preocupación.

Dora había ansiado la muerte de su madre en muchas ocasiones, pero ahora que la intuía tan cerca y tan real la sentía como un castigo a la vehemencia de sus deseos. La angustia era insoportable, pero sabía muy bien que él no daría su brazo a torcer. A él le repugnaban la enfermedad, la debilidad, la vejez y la muerte. No consentía que nadie antepusiera en su vida a otro que no fuera él mismo, e incluso solía

celarse de la relación entre madre e hija. Ella era consciente de que la intención de él no era apaciguarla, sino recuperar la calma de su rutina nocturna. Él podía mantenerla despierta hasta las tres de la mañana divagando sobre sus preocupaciones, sobre sus problemas con su hijo o con su esposa, pero ¿quedarse en vela esperando a que ella regresara de ver a su madre? Ni hablar. Dora lo sabía y no podía hacer nada al respecto salvo ceder. Y cedió.

—Tienes razón. Mañana cuando se levante el toque de queda iremos a verla —bajó la cabeza, colgó el abrigo y se dirigió al dormitorio.

Pero su intención no era mecerse en los brazos del sueño. Esperó a los primeros ronquidos para escurrirse fuera de las sábanas, caminar de puntillas por el pasillo y repetir la misma maniobra de una hora antes. Cuando llegó al domicilio de su madre giró la llave, abrió la puerta y se la encontró petrificada en el suelo, sin vida, todavía con el teléfono en la mano.

Cuatro años después encontraría en el teléfono otro vehículo hacia el duelo. Esta vez el de Nusch Éluard, una de sus más íntimas amigas, a quien adoraba fotografiar por separado y también con su marido Paul. En una época de extremo agotamiento mental y físico, poco más de un año y medio después de haber conseguido salir de su encierro, cuando se resguardaba en su apartamento de Rue de Savoie, una mañana descolgó el teléfono para proponerle a Nusch que comiesen juntas ese día. Pocas horas después, era Paul quien la llamaba para darle la noticia de que su amiga acababa de morir a causa de una hemorragia cerebral.

Su cabeza se inclina hacia delante movida por una inercia que convierte su cuello en el resorte de un muelle. El mentón se precipita hacia el pecho y rebota al instante hacia atrás. Dora abre los ojos desconcertada. Las pupilas tardan unos segundos en acostumbrarse a la penumbra de la estancia. Tarda en reconocer su salón. Por las persianas bajadas se cuela la luz del mediodía convirtiendo el suelo de madera en una sucesión de rayas entre las que vuela el polvo.

Partículas por todas partes, titilando en el ambiente como estrellas en un cielo gris. Se ha quedado dormida y el sueño la ha expulsado de su embrujo a cabezadas. Se lleva las manos a la cara con lentitud y pasa las palmas por los ojos, las cejas y la frente. Recorre con las yemas las arrugas, se estira la piel y suspira con pesadez. Hasta ese movimiento le produce dolor en las articulaciones.

La boca seca le pide agua, la lengua atrapada dentro apenas es capaz de moverse. Se levanta con tanto esfuerzo como parsimonia, su espalda convertida en una curva que tiende al suelo. Va apoyándose en los muebles de la casa que conoce de memoria pero que cada vez recorre con mayor lentitud. Cada paso es ahora para ella un mundo. ¿La convierte eso en una astronauta? Recorriendo planetas cada vez que se traslada de una habitación a otra. Su casa convertida en la Vía Láctea. Las motas de polvo la acompañan, le acarician la ropa, el pelo y el rostro sin que se dé cuenta. Han pasado varios minutos cuando finalmente consigue llegar al pasillo. Allí se detiene en seco, paralizada. No por el dolor de espalda, no por los tobillos hinchados con la marca de las medias cortándole la circulación. Alguien está llamando a la puerta. Se gira confusa hacia el reloj de pared más cercano y otea la hora. ¿Qué día es? No se para a pensarlo. El único día que le importa es el domingo y hoy no ha salido a rezar, así que tiene que ser cualquier otro día de la semana. ¡Qué más da! No espera a nadie, deben de haberse equivocado.

Gira su cuerpo en dirección a la cocina, dispuesta a darle la espalda a la puerta, cuando oye su nombre viniendo desde el otro lado. No se han equivocado, la están llamando a ella. La voz llega distorsionada, pero le resulta vagamente familiar, como el repicar de las campanas de un pueblo que te ha visto nacer y que sigue llamándote aunque te hayas ido hace mucho tiempo. La curiosidad distrae la sed y la empuja a caminar todo lo deprisa que puede. Un paso, descanso. Otro paso, descanso. Un paso, se lleva la mano a la espalda. Otro paso, lleva la otra hacia la pared para apoyarse. Y así va llegando a la puerta mientras unos nudillos al otro lado alternan el repiqueteo con el sonido del timbre. Los años le han enseñado a ser cauta y la soledad escogida también: nunca responde con la voz hasta que no se cerciora

de si quiere o no recibir a gente en casa. La insistencia de la llamada demuestra una ganas por verla que todavía no sabe si ella comparte. ¿Quién será?

Cuando está a un metro de la puerta contiene la respiración. Después, otra vez su nombre.

—¡Dora! ¿Dora, estás ahí? ¡Soy yo, Henri! —La voz llega amortiguada mientras la anciana empieza a buscar dentro de los cajones de su cabeza ese nombre. ¿De dónde viene? ¿A qué remite? Frunce el ceño con perplejidad. No puede ser—. ¡Dora, soy Henri Cartier-Bresson! ¿Estás en casa? —y de nuevo suena el timbre.

Dora se queda paralizada. Un rayo recorre su espalda y le da un latigazo en la nuca. La mano vuela rápida hacia su boca, tapándola con un gesto de sorpresa. Después cae en dirección a la puerta con intención de abrir, pero se detiene a mitad de camino. No, no puede ser. ¿Qué está haciendo ahí? ¿A qué ha venido? Y con él vienen los recuerdos. Esas cajas de su cabeza en las que estaba intentando buscar al propietario del nombre se abren con un gran estruendo. De su interior salen volando papeles, fotografías, retazos de conversaciones, risas por doquier. El dolor le agarrota el pecho. ¿O es rabia? ¿Rencor, quizás? Mueve la cabeza de un lado a otro mientras permanece en silencio, deseando que se vaya pronto. No tiene mucho tiempo para pensar, se pone a calibrar los daños. ¿Es mejor abrir? ¿Se arrepentirá si no lo hace? ¿Necesita este reencuentro? ¿Qué es lo que necesita?

—Dejadme en paz… —Las palabras suenan roncas debido a la sequedad de la garganta. No llegan a formularse con claridad ni tampoco con demasiado sonido, son solo un susurro que sale de la boca de Dora y que solo puede oír ella. Un minuto después escucha los pasos de Henri alejándose de su puerta y sabe que se ha quedado, de nuevo y una vez más, totalmente sola.

El pasado no parece cansarse nunca de volver, piensa. Ni siquiera una puerta cerrada lo disuade. Llama y llama y llama y llama, negándose a quedarse en el espacio que le pertenece: detrás de la vida, en el lugar del recuerdo, en un cajón de la cabeza. No hay cerrojo, tapa o candado que lo mantenga lejos; siempre encuentra una forma de volver y ella está ya demasiado cansada, demasiado mayor y vieja

para seguir recibiendo disculpas. No tiene edad para hacerse cargo del remordimiento de quien un día fue amistad y ahora es solo sombra. «Me dejaron sola y vienen aquí a expiar sus pecados. Pues que vayan a confesarse, pero mi casa no es su iglesia», farfulla para sus adentros. No es rencor lo que siente, no, es la determinación de quien no vuelve a los lugares que le hicieron daño. A veces esos lugares son una casa, un café, una esquina; otras veces son una persona. Y Dora sabe que es más fácil resignificar los espacios que las relaciones.

Cada vez que suena el teléfono, cada vez que suena la puerta, una voz diferente le pide o le ruega que hablen del pasado, tanto del compartido como del que conocen por la prensa, por los libros, por las exposiciones. Ella está cansada del pasado, ya vive en él entre estas cuatro paredes, no necesita más. No necesita que el pasado venga de fuera a pedirle explicaciones, historias, anécdotas. ¿Cómo se atreven a contemplar la herida y pedirle si pueden meter el dedo dentro para comprobar si sigue ahí? Me llamo Dora Maar, no Jesucristo. Ingratas, ingratos. Bañándome con vuestras miradas de misericordia. ¡No la sintáis por mí, sentidla por él y por vosotras mismas! A mí dejadme en paz. Dejadme en esta casa llena de polvo, llena de recuerdo, llena de resurrección. Venís aquí buscando un pasado cuando tendríais que venir a buscarme a mí… ¡A mí! A mí ya nadie me busca porque ya nadie quiere verme. ¿Han querido verme alguna vez? Oh, no, no. Solo han querido constatar sus suposiciones. Venían a buscar la confirmación de sus películas, esas que se habían montado en la cabeza, no la realidad de mi existencia. No les importaba yo, les importaba la historia que otros contaban de mí. Vienen con su patrón de ganchillo sin pararse a pensar que quizás el mío sea de calceta. Tanta lucha social, tanto rompimiento de moldes, para después dejarme sola, pobre y colgándome el cartel de enloquecida. No hay discurso disfrazado de progreso que lave la conciencia de quienes me dejaron a mi suerte. Tanto mitin, tanta discusión, tanto manifiesto… ¿Para qué? Si me abandonaron a mí, ¿qué darían entonces por alguien que no conocen? Ni un duro.

Se envenena. Lo piensa y se envenena. Toda una vida de veneno lavado con lejía. Ríos de lejía corriendo por la cabeza, por los

recuerdos, por las paredes y los suelos. Manos destrozadas de tanto fregar, de tanto escurrir el trapo, de tanto limpiar lo que siempre va a permanecer ensuciado. Y siguen viniendo a pasar por encima. A pisar lo fregado, a extender la suciedad. Y venga de nuevo a lavar, de nuevo a escurrir, de nuevo a fregar. A intoxicarse con el olor, a masticar la lengua hasta tragarla. Una y otra vez, una y otra vez, uno y otro día, uno y otro día. Ni fingiendo una reclusión que no fue tal la dejan permanecer en ella. Nunca van a permitirle ser otra cosa, es eso, ¿verdad? Nunca van a dejar que rompa el molde y quiebre el sambenito. Si se queda dentro, porque decide aislarse. Si sale, ¡oh, pobrecita! Cuántas veces masticó Dora su lengua con tal de no escupir los pedazos a quien fuese que tuviera delante. ¡Veo vuestra condescendencia, ingratos! ¡Se me clava debajo de las uñas y me las levanta hasta arrancármelas de la piel! Veo vuestras miradas furtivas, las cejas arqueadas, el tono de voz que empleáis conmigo, peor que el que le dedicaríais a una niña pequeña… ¿Y si era verdaderamente una niña pequeña y desamparada, si era así como me veíais, por qué no me ayudasteis? La lástima no alimenta al hambriento, la compasión no salva a la niña. Buscaba una mano, un hombro, un apoyo y lo único que supisteis darme fue vuestro silencio, o lo que es todavía peor, vuestra conmiseración. ¡Ya tenía bastante con la mía, no necesitaba la vuestra! Lo que necesitaba era apoyo y lo que recibí fue compasión y olvido. Visteis a Cristo en la cruz y, pudiendo bajarlo, lo llenasteis de caricias mientras los clavos seguían atravesando su piel y la sangre bañando su cuerpo. Mirasteis hacia otro lado. Disteis la espalda a la cruz conmigo colgada en ella. No vengáis ahora a llamar a mi puerta. Agradeced que no la abra porque, de lo contrario, si la vida fuera justa, lo que recibiríais en lugar de un saludo sería una sonora bofetada. No vengáis a recoger lo que no habéis sembrado. Dejadme morir tranquila en la misma tierra en la que desearíais que me hubiera matado.

// NOTA BIOGRÁFICA

El 22 de noviembre de 1907 nace en París la que sería la única hija del matrimonio entre Louise Julie Voisin, de origen francés, y Joseph Markovitch, de origen croata: Henrietta Theodora Markovitch. Dos años después, en 1909, la familia deja Francia para instalarse durante poco más de una década en Argentina llevada por el trabajo del padre, un arquitecto del que su hija dirá años después que fue «el único que no consiguió hacer dinero en Buenos Aires».

En 1920 Julie viaja con su hija de vuelta a París. Joseph se unirá a ellas en 1929. Es a partir de la segunda mitad de esta década cuando la artista adopta el nombre de Dora Maar y empieza a estudiar pintura, pasando por sucesivas escuelas y academias, entre ellas l'École des Arts Décoratifs, la Académie de Passy y la Académie Julien, una de las primeras en formar a mujeres en las artes en Francia. Maar, no satisfecha con esta educación de corte academicista, se inscribe en la academia de André Lhote entre 1925 y 1926. Allí conoce a Henri Cartier-Bresson y juntas se cambian a l'École de Photographie de la Ville de París.

A principios de la década de 1930, su talento para la fotografía y su amistad con Pierre Kéfer la llevan a abrir un estudio con él en Neuilly. Allí reciben encargos y revelan sus fotografías hasta 1934: fotografía de moda, comercial y de retrato, pero también fotografía social y callejera. Paralelamente a su labor como fotógrafa, Maar se familiariza con el círculo surrealista y posa para varios integrantes del grupo, entre ellos Man Ray. En 1932 comienza a radicalizarse políticamente. Aunque nunca llega a afiliarse a ningún partido, asiste con asiduidad a mítines y milita activamente en el grupo Contre-Attaque (entre otros), creado por Georges Bataille y André Breton. El culmen de su compromiso político con la izquierda llega en 1934, cuando se posiciona contra el auge de los fascismos firmando el manifiesto de Llamada a la lucha de los intelectuales. Entre 1935 y 1936 participa en varias exposiciones del grupo surrealista: su obra viaja tanto por Europa como por Estados Unidos.

En enero de 1936 coincide con Paul Éluard y el pintor cubista en el café Les Deux Magots, un punto de encuentro habitual del grupo surrealista. Poco después comienzan una relación que se extenderá

casi una década. En los primeros años, es habitual escuchar al pintor empaparse de las ideas sobre arte y política de la artista, referenciando con asiduidad lo que ella piensa y dice. No sorprende, por tanto, que cuando este recibe el encargo del gobierno de la República española para su pabellón en la Exposición Universal de 1936, sea Maar quien le convence de que lo dedique al reciente bombardeo de Guernica, siendo la única en fotografiar el proceso creativo. En 1937 participa en una exposición fotográfica en la galería de Beaune y poco después deja de lado la fotografía para retomar la pintura, disciplina que había abandonado unos años antes. La hipótesis más sostenida es que su pareja estuvo detrás de estas dos decisiones.

A partir de 1940 y la ocupación nazi de París, Dora Maar entra de lleno en un bucle de ansiedad y preocupación tanto por su familia como por ella misma. A pesar de no ser judía, su apellido croata induce a error, de modo que se ve obligada a sacarse el pasaporte yugoslavo en 1940 y a conseguir un documento que certifique su ascendencia aria sin el que no sale de casa. En 1942, su madre fallece súbitamente mientras habla con ella por teléfono. Esta pérdida, sumada a las constantes redadas por parte de soldados alemanes en la casa de su pareja y a las infidelidades de él, desgasta su salud mental de tal forma que en los años siguientes sufre sucesivas crisis. La incomprensión, culpabilización y malos tratos físicos y psicológicos que recibe por parte del malagueño no alivian la situación, más bien la agravan, y este termina ingresándola contra su voluntad en una clínica psiquiátrica en la que recibe terapia de electrochoque. El poeta y amigo Paul Éluard es el único que rompe una lanza a favor de Dora Maar, exige responsabilidad al pintor, se preocupa por sacarla de la clínica y la deja a cargo del psicoanalista Jacques Lacan, esta vez en una clínica privada en la que permanece ingresada entre dos y tres semanas a finales de mayo y principios/mediados de junio de 1945.

Una vez recuperada su libertad, pasa la segunda mitad de la década de los 40 relativamente aislada en su casa de Rue de Savoie: el grupo surrealista le da la espalda y las amistades en común con su expareja también. A pesar de que no son pocas las fuentes que

afirman que desde ese momento su vida social se detiene y ella se recluye hasta el momento de su muerte, lo cierto es que Maar cultiva otras amistades fuera de la órbita del pintor a partir de 1950 e intenta alejarse de toda persona que la vea como una mujer enloquecida o como una víctima digna de lástima, rehuyendo todo contacto con quien intenta relacionarla con el artista o con el grupo surrealista que tanto la ha fallado.

La imagen de «mujer acabada» que muchas veces nos llega de ella entra en conflicto con los más de sesenta años que dedica a la pintura, las incursiones que hace en los años 60 con la fotografía a color gracias a su Polaroid y algunas creaciones fotográficas que realiza en los años 80 valiéndose de negativos que conserva de la década de los 30. Algo parecido ocurre con su fama de fanática religiosa; aunque bien es cierto que encuentra en la religión un refugio a través del cual gestionar y canalizar los distintos niveles de trauma a los que se vería empujada, la amistad que labra con una de sus vecinas en las últimas décadas de su vida y el testimonio de esta desmienten esta faceta de Maar tan explotada por la historiografía y el periodismo amarillistas. Ella nunca se cansó de repetir que la imagen distorsionada que su expareja había proyectado de ella —primero en sus obras como «la mujer que llora» y después en su círculo de amistades tachándola de enajenada— no se correspondía con la realidad.

A partir de 1970 vive entre su piso de Rue de Savoie y su casa en Ménerbes. Con la vejez llega un dolor reumático incapacitante que la va privando progresivamente de movilidad. En 1997, caminando por la calle, sufre un colapso que fuerza su ingreso en el hospital. Morirá varios días después, el 16 de julio de 1997, a los ochenta y nueve años. A su funeral asistieron cinco personas, y el periódico *Le Monde* cubrió el suceso diez días después. Dora Maar dejó un legado de incalculable valor como una de las fotógrafas más importantes de los años 30 y también como una pintora incansable. A pesar de que en su época fue más conocida que Brassaï y Cartier-Bresson, y gozó de la misma fama que Man Ray, murió olvidada y desconocida.

GENEVIÈVE LAPORTE

Tras varias semanas de escritura, precedidas a su vez de varios meses de investigación e incluso años de lectura, siento una enorme presión entre las cejas, sobre el cerebro. Un martilleo que me obliga a quitarme las gafas y masajear el puente de la nariz. ¿Cómo lo hago? Me pregunto. ¿Cómo puedo contar esta historia salvando las lagunas y huyendo de los tópicos que tanto me han horrorizado en el proceso de ahondar en las vidas de cada una de estas mujeres? Incontables veces me he quedado con la mirada perdida, intentando descifrar la forma correcta de seguir adelante. Lo he hecho sentada en la silla, recostada en la cama, viajando en tren o debajo de la ducha; a las tres de la tarde, a las doce del mediodía, también a las cinco de la mañana. ¿Existe acaso una forma correcta? Y si existe, ¿por qué me cuesta tanto encontrarla? He buscado en los recovecos de mi mente, recorrido exhausta los índices de innumerables biografías rebuscando sus nombres, indagado en todas las bibliotecas que he podido con el anhelo de hallar un título, una pista que me llevase a nuevas informaciones; también he sorteado las minas que conforman esa lista interminable de artículos de internet de dudosa rigurosidad y de aún más dudosa procedencia; hasta he tenido tiempo para arrepentirme de no haberme esforzado más con el francés en mis años de instituto, quizás de haberlo hecho podría tener acceso a las migajas que ahora se me escapan. Al final, tuve que rendirme ante la desquiciada visión de mí misma caminando en círculos por mi casa, frotándome la frente con las manos y dejándome llevar por la frustración antes de preguntar en voz alta, llenando el vacío como si alguien pudiera responderme: «¿¡Quién eres!? ¿¡Quién eres y cómo hago para llegar a ti!?». Mis gatas me miran sin juzgarme y yo pienso que quizás no sea esto a lo que se refieren quienes escriben cuando hablan de «dialogar con el texto».

En la pantalla del portátil, un archivo abierto encabezado por un

«Geneviève Laporte» debajo del que no hay nada, solo una barra vertical que parpadea con impaciencia, me recuerda el vacío sobre el que me precipito. «Conozco aproximadamente diez años de tu vida. ¿Dónde están los demás?», pienso. Laporte se me escapa entre los dedos. Abro una nueva pestaña en el buscador y tecleo su nombre. Lo he hecho tantas veces que ya no dudo de la vocal sobre la que descansa el acento ni tampoco la dirección en la que debo marcarlo. He repetido este proceso con todas ellas. Busco sus fotografías y me quedo mirándolas fijamente, tratando de encontrar algo que me guíe a la hora de configurar sus relatos. Una mueca, un accesorio, un decorado que sirva de conector entre ellas, su historia y mi manera de narrarla. La imagen más recurrente es una de Geneviève sonriendo con la cara entre las manos, posando al lado de un dibujo que le hizo el pintor con el mismo gesto. En esta serie de fotografías tomadas desde diferentes ángulos, incluso en momentos y espacios distintos, se la ve ya mayor. Me quedo mirando ese manojo de píxeles mientras pienso en cómo los años han pasado por ella y, pese a todo, sigue reducida a la mirada del artista: perpetuamente obligada a erigirse como su modelo. «¡Mirad, la muchacha del dibujo soy yo! Igual de sonriente pero más vieja, ¿veis?» Me pregunto si la imitación de la pose tantos años después fue idea suya o de quien tomó las fotografías. Es lo de menos, supongo.

Al escribir estas líneas y llamarla por su nombre de pila para no caer en la redundancia de mencionarla siempre por el apellido siento un pellizco de culpa. No me gusta tratar a las mujeres de las que hablo y sobre las que investigo por su nombre. Creo que tutearlas es una forma irrespetuosa de reconocer que no tienen el mismo estatus que ellos; a los hombres en raras ocasiones se les llama por el nombre, siempre solemos referirnos a ellos por el apellido. Pienso que en esta

clase de elecciones inconscientes, en estas diferencias sutiles de tratamiento, se revela la sombra en la que las obligamos a vivir. ¿Estaré haciendo esta sombra más grande en mi intento por arrojar un poco de luz? No lo sé. Sigo deslizándome por la ristra de imágenes. Algunos dibujos del pintor retratando a Laporte dormida y desnuda, con el vello asomando por las axilas y campando sobre el pubis. Sonrío. Laporte revisando la maqueta de uno de sus poemarios en compañía de Jean Cocteau, al que reconozco por su nariz aguileña, su gran frente y el pelo crispado naciendo en lo que me parece la mitad de su cráneo. Una reproducción de un poema que le dedica el pintor, con un dibujo de ella debajo. Caigo en la cuenta de que casi siempre la representa desnuda y que en algunas obras su cuerpo tiene la rotundidad monolítica de una adolescente: no hay curvas y los pechos se limitan a un pico infantil. En otras, en cambio, las caderas se ensanchan y el culo se redondea. Me doy cuenta de que Geneviève Laporte parece ir creciendo bajo la atenta mirada del artista, como si él documentase los cambios en su cuerpo.

Cuando se conocieron, Laporte tenía alrededor de diecisiete años. Era estudiante en un colegio no mixto, el Lycée Fénelon, que quedaba muy cerca del estudio que le había conseguido Dora Maar al pintor en Rue des Grands Augustins. En una de las memorias que dedica a su relación con él, Laporte se refiere a sí misma en sucesivas ocasiones como «adolescente». A mí, a estas alturas, la relación inversamente proporcional entre la edad del artista y la de sus amantes y parejas ya no me sorprende, pero cada vez me incomoda más. Me hace pensar en que hay dinámicas de poder que nunca cambian. El siglo xx lo tuvo a él y nuestra generación tiene a Leonardo di Caprio, cuyas parejas nunca superan los veinticinco años a pesar de que él tenga ya casi cincuenta. La diferencia de edad, *a priori,* no debería ser un problema, siempre y cuando no se convierta en preferencia y patrón que nunca falla. Me estoy desviando, retomo el hilo. En el liceo, Laporte formaba parte del equipo encargado de gestionar el periódico escolar *La Voix de Fénelon*. Corría el año 1944 cuando un grupo de fascistas irrumpió en el Salón de Otoño, tomó por banda algunos cuadros del afamado artista y los tiró por la ventana. La concepción de su obra como «arte

degenerado» había calado hondo y la liberación de París no había extirpado el cáncer del fascismo, con lo cual desde *La Voix de Fénelon* sintieron que debían hacer algo.

Geneviève Laporte era ya por aquel entonces una adolescente muy politizada: durante la Segunda Guerra Mundial había participado en la Resistencia a través del F.N.E (Frente Nacional de Estudiantes, que nada tiene que ver con el giro ultraderechista con el que se asocia actualmente al Frente Nacional francés) y la mayor parte de los círculos en los que se movía eran comunistas, a pesar de que sus disensiones sobre ciertos aspectos del marxismo la mantuvieron alejada de la militancia, como fue también el caso de Dora Maar. En su condición de líder del periódico escolar y ante la timidez de sus compañeras, Laporte se vio obligada a convertirse en la responsable de conseguir una entrevista con el pintor cuyas obras habían sido arrojadas por la ventana. Y allí se presentó, frente a la puerta del estudio de Rue des Grands Augustins, temblando de nervios pero dispuesta a conseguir su objetivo. Y lo consiguió, pero no sin antes confundir a Jaime Sabartés con el malagueño.

Aquel invierno de 1944 y 1945, Laporte visitó su estudio todos los miércoles. Llegaba un poco antes de la hora de comer, almorzaba allí y pasaba varias horas por la tarde a solas con él. Paralelamente, el pintor había comenzado ya su relación con Françoise Gilot, estaba poniendo fin a la que mantenía con Dora Maar y, además, pasaba los jueves y los fines de semana con Marie-Thérèse Walter y Maya. De hecho, en sus memorias, Gilot resalta que el malagueño solía intentar azuzar sus celos durante el primer año de relación recordándole que no era la única que le visitaba en el taller de Grands Augustins, lo cual coincide con las fechas que maneja a su vez Laporte en uno de sus libros. El pintor no cejaba en su empeño de seguir añadiendo mujeres a su harén personal, haciendo malabares para que algunas no supieran de la existencia de las otras (Marie-Thérèse Walter y Geneviève Laporte) y, en otros casos, forzando con mayor o menor sutilidad este conocimiento como una técnica de manipulación con la que generar un ambiente de competitividad por su atención a la par que intentaba socavar su autoestima (Françoise Gilot y Dora Maar). Al mismo

tiempo que Françoise Gilot rechazaba la posibilidad de mudarse al ático del estudio del artista, este procedía a hacerle el mismo ofrecimiento a Geneviève Laporte, que no lo tomó suficientemente en serio como para aceptar y dejó la propuesta en el aire, pensando que se estaba burlando de ella.

En sus memorias, Laporte despacha los siguientes seis años de su vida de un plumazo. En apenas un párrafo alude a que tenía previsto viajar a Estados Unidos, a que consiguió terminar su primer proyecto con la ayuda del artista —aunque no especifica cuál ni de qué tipo— y a que aprovechó para visitar los países escandinavos. Leo estas memorias como buscando agua en el desierto: a veces una página semeja el principio de un oasis, pero termina descubriéndose como un espejismo. Me doy cuenta con tanta rapidez como frustración de que en muchas biografías del artista a estas mujeres o bien se las menciona de pasada o bien no se las menciona en absoluto, y también de que en las que escriben ellas mismas sobre sus años con él, el tratamiento que dan a sus vidas fuera de la órbita sentimental que compartieron con el pintor parece ser el mismo. Sigo el sendero del bosque buscando en él las migas de pan que me lleven hasta Geneviève Laporte y me encuentro con el mismo nombre de siempre, con la misma inquebrantable pared de hormigón, y me golpeo contra ella una y otra vez, una y otra vez, una y otra vez.

Por una brecha de mi frente golpeada se cuela el recuerdo de Maruja Mallo volviendo a España del exilio para toparse de frente con otro todavía más cruel: el del olvido. Recuerdo su voz en una entrevista que concedió a principios de los años 80 en la que hablaba repetidamente de Buñuel, de Dalí, de Alberti y de Lorca. Mallo parecía saber que solo mencionando sus nombres atraería la atención hacia el suyo propio. A sus compañeros sí los recordaban en el país que a algunos los vio marchar —como a Buñuel—, que a otros los protegió bajo su ala —como a Dalí— o que a otros los fusiló —como a Lorca—. En cambio, nadie recordaba a Maruja Mallo ni a las mujeres que, junto a ella, levantaron la cultura, el arte y el progreso de la España de los años 20 y la primera mitad de los 30. Entonces esta cabeza mía dolida no puede evitar trazar paralelismos y pensar en lo parecido que

es el olvido, tanto ajeno como autoinfligido, de todas las mujeres que tuvieron la buena o mala suerte de rodearse de hombres a los que sí se les permitió pasar a la historia. El pasado compartido con ellos es el único billete que tienen hacia el recuerdo. Por eso entiendo que Laporte en sus memorias se vea y se emplee a sí misma como un vehículo para hablar de algo más grande, para hablar de él, porque eso es lo que suele buscar la gente. «¡Pero yo te busco a ti! ¡Te busco a ti y no te encuentro!», farfullo delante de la pantalla del portátil. Pero no sirve de nada.

Me sirvo otro café y sigo dando vueltas por mi casa. Parezco mi abuela, con los brazos en jarras, moviéndose inquieta esperando unas noticias que no llegan. Cuarenta metros cuadrados no dan para muchos rodeos, así que me vuelvo a sentar y sigo leyendo. Me salto párrafos enteros en los que solo habla de él departiendo sobre pintura. Con Geneviève Laporte aprendo a poner en práctica esa cosa tan difícil que es para mí la lectura en diagonal. Luego vuelvo sobre lo saltado porque no me puedo arriesgar a pasar por alto algún dato importante. Una fecha, una frase sobre su infancia, una reflexión sobre su familia. Algo, cualquier cosa, que me lleve a su vida antes o su vida después. Por ahora nada. Su vida es un puzle de quinientas piezas de las que solo tengo cincuenta. No puedo inventarme todo lo demás. Primero porque no sería real, tampoco plausible, y segundo porque no tengo tanta imaginación. ¿Cómo consigo que fluya un relato para el que no tengo inicio, ni desenlace y apenas sí una parte del nudo? No puedo, es imposible. ¿Cómo consigo hacerla sobrevivir más allá de las fronteras del que creo que es su primer amante? ¿Cómo logro llegar a la meta si cuando suena el pistoletazo de salida mis pies están hundidos en un metro de barro? Entonces se me ocurre, llega la idea. ¿Es una idea o la única opción? Es lo de menos. El relato no va a ser la historia de su vida: el relato va a ser la propia dificultad de poder contarla. No es lo que me gustaría, no es lo que se merece, no es lo que tenía pensado, pero es lo único que me queda. Es eso o el vacío, y ya bastantes vacíos hay en la historia como para dar mi brazo a torcer ante uno más.

Tras fusilar en varias líneas aquellos seis años de su vida, Laporte

cuenta que cada vez que volvía a París solía visitar a Sabartés para ayudarle con algunas traducciones. El secretario y también saco de boxeo del pintor era, al parecer, un poeta frustrado, y a Geneviève le gustaba mucho la poesía, tanto leerla como escribirla. Se llevaron bien desde el principio. La simpatía que Sabartés sentía por las mujeres que entraban en la vida de su jefe era directamente proporcional a la capacidad de entrega que veía en ellas. Si eran mujeres con temperamento, como Olga Khokhlova o Françoise Gilot, solía despreciarlas; si eran mujeres fascinadas por el «genio» del Maestro y sumisas a él, las adoraba. Sabartés solo quería cerca de su amo a abejas obreras dispuestas a rendir pleitesía a la reina. Con las demás contaba los días para que fuesen expulsadas de la colmena a patadas. Geneviève Laporte era tan joven y su autoimagen tan moldeable que encajó en el segundo grupo sin esfuerzo. Al fin y al cabo, cuando se conocieron hacía poco que había dejado de ser una niña. Así que ella le ayudó en sus labores de traducción, aunque tardó muchos años en atreverse a enseñar a nadie de su círculo alguno de sus poemas.

Es gracias a un poeta que Laporte nos brinda algunas pinceladas sobre la relación con su madre. Reproduciendo una conversación con Paul Éluard, deja caer el parecido ostensible entre la madre de Paul y la suya propia: mujeres que nunca regalaron una palabra de apoyo a sus respectivas hijas. Eso es todo. Una relación tirante carente de apoyo pero llena de crítica: puedes ser mejor, puedes hacerlo mejor, esto no es suficiente. Quizás aquí esté uno de los motivos por los que Laporte dudó siempre de su trabajo y de su talento. Durante muchos años se mortificó pensando primero que su poesía no era suficientemente buena para ser mostrada al mundo e intuyendo después que los halagos y oportunidades que recibía eran fruto de la compasión o del aprecio que sus emisores sentían por su pareja. Con estas mujeres siempre tengo la sensación de que el calificativo de «amante» es un arma de doble filo, por eso me permito emplear el de «pareja». ¿Dónde está el límite entre «la pareja» y «la amante» de un hombre que durante gran parte de su vida mantuvo relaciones simultáneas con varias mujeres? ¿Era su pareja con quien vivía la mayor parte del tiempo? ¿Era su amante a quien decía que amaba por

carta? ¿Era su pareja a quien dejaba embarazada? ¿Era su amante quien trascendía a sus cuadros o sus esculturas?

En una ocasión, el artista llegó a decirle a la empresaria, filántropa y coleccionista Helena Rubinstein que solo retrataba a las mujeres con las que se acostaba. A Laporte le confesó, por otra parte, que en el momento en que dejaba a alguna embarazada su interés disminuía y consideraba llegada la hora de abandonarlas, porque a ellas ya iba a unirlo irremediablemente el lazo filial: «Estoy lleno de contradicciones. Amo lo que me pertenece, pero al mismo tiempo siento una gran necesidad por destruirlo. Lo mismo me ocurre con el amor. Cualquier deseo de procreación es una expresión de mi otro deseo, el de liberarme de la mujer en cuestión. Sé que el nacimiento del bebé será el final de mi amor por ella (...) pero me unirá con obligaciones morales». Obligaciones morales que, por otra parte y según confesó también a Laporte, nunca quiso que existieran con ninguna: no quería ser padre, aunque la historia que cuentan Gilot, Olivier y Roque, y que se desprende de algunos testimonios sobre Maar, ofrecen una visión distinta. Acostumbrada a la retórica de que son las mujeres quienes «enganchan» a los hombres mediante el embarazo, familiarizarse con una parte distinta de la misma historia es a la vez una gran revelación y un tremendo pesar.

Tras estos seis años (1945-1951) en los que Laporte parece llenar el vacío de su ausencia construyendo una vida para sí misma, en 1951 vuelve a reencontrarse con él. Ella está casi a mediados de la veintena, él está cerca de cumplir setenta años. Esta fecha coincide cronológicamente con el inicio del declive de la relación del pintor con Françoise Gilot, a la que chantajea recordando lo despiadada que sería si decide abandonar a «un hombre de su edad». En paralelo a este chantaje y a los obstáculos para que Gilot deje la relación, el artista visita regularmente a Geneviève Laporte valiéndose de su primer hijo, Paul, que hace de chófer. Aquel verano de 1951 pasará a ocupar un lugar especial en los recuerdos de la poeta: nunca compartiría tanto tiempo con él como en aquellos escasos meses entre Cannes y Saint-Tropez.

Es también en el verano de 1951 cuando Paul Éluard y su segunda

esposa, Dominique Lemort, se casan. Acuden como testigos al juzgado Françoise Gilot y el pintor. Pocos días después, el recién oficializado matrimonio queda para comer con el malagueño y allí, a su lado, se encuentran con Laporte. Éluard, que conocía a su amigo desde hacía más de veinte años y, por tanto, había sido testigo de todas sus relaciones hasta entonces, reaccionó con desdén hacia Geneviève al verse envuelto en un triángulo amoroso que involucraba a una desconocida y a dos personas a las que guardaba mucha estima. Las fotografías de ese verano son el espejismo de una bilocación constante formada por Paul, Dominique y el pintor: por un lado, contamos con sendas fotografías de las tres en La Galloise posando con Françoise Gilot, Claude y Paloma como una familia feliz que pasa el verano con sus amistades. Por otro, les tenemos también pasando largas jornadas junto a Geneviève Laporte de las que, al menos aparentemente, no existen fotografías. El desafortunado encuentro inicial, con las malas caras de Dominique y Paul hacia ella, se solucionó con la proclamación por parte del pintor de la muerte anunciada que era su relación con Françoise Gilot.

En agosto de 1951, Laporte tuvo que abandonar Saint-Tropez y regresar a París. ¿El motivo? También desconocido. La vida de la poeta sigue siendo una incógnita cuando se desprende de la sombra del hombre al que ama y, como haría Jacqueline Roque en el futuro y como hizo también Marie-Thérèse Walter, parecía consagrada a hacerle la vida más sencilla y amable. Él lo que más recordaría de ella sería su forma de hacerle reír. Ella, en una conversación que mantuvieron en el cementerio de Saint-Tropez, le recordaría la de cosas bonitas que contaría sobre él cuando ya no estuviera.

A pesar de que la diferencia de edad entre la pareja era palpable, existía una norma tácita de no mencionar determinadas palabras ni hablar de ciertos temas. La cuestión tabú por excelencia era la muerte. Llegó sin que la llamasen y también sin que la esperasen: en otoño de 1952 murió Paul Éluard. Su partida marcó un repentino enfriamiento entre el pintor y Laporte, que deja caer en sus memorias que por aquella época había perdido también a una persona de su familia. ¿Quién? De nuevo, un vacío. No lo sabemos. Llegadas a este punto no

es intriga lo que siento, sino una profunda frustración. Cuando habla de su relación con él los detalles son minuciosos y los recuerdos vívidos. En cambio, cuando la narración de sus recuerdos se ve atravesada por algún suceso que la afecta solo a ella, parece estar hablando de una completa desconocida. Es como si para Laporte, o para el público al que se dirige, cualquier dato o suceso que no tenga que ver con su relación se convirtiera al instante en información poco relevante, accesoria y totalmente prescindible. Su vida es una canica que me resbala continuamente entre los dedos.

El duelo anónimo que atraviesa la obliga a alejarse de la ciudad. Abandona París y se muda a la región de Auvergne, donde se recluye en soledad durante varios meses. ¿Cuánto tiempo pasa sola? ¿Se comunica con alguien desde allí? ¿En qué invierte el tiempo? A Laporte le encantaban los animales, por aquel entonces tenía un bóxer que se llamaba Buck y una gata cuyo nombre era Bella. ¿Cómo era la casa en la que vivía? ¿Tenía jardín? ¿Saldría a dar largos paseos con su perro? ¿Se relacionaría con sus vecinas? Quizás fue una etapa de inmenso dolor y soledad, pero pródiga en poemas. ¿Los escribiría por las mañanas, al desayunar, o en la penumbra de las noches? ¿Quizás lo haría por las tardes? Si tuviera más información sobre ella podría divagar con mayor profundidad. Me la podría imaginar enfundada en un abrigo acolchado con borrego por dentro, botas hasta las rodillas para caminar por el bosque sin miedo a ensuciarse, o sentada al lado de una taza humeante de café inmersa en la lectura de algún libro, con su gata tumbada sobre las piernas y el perro roncando a sus pies. Pero no sé nada. No sé cuáles eran sus hábitos ni cuáles sus aficiones, más allá de montar a caballo, leer y escribir. ¿Le gustaba madrugar o se quedaba envuelta en sábanas y mantas hasta que se disipaba la niebla invernal? ¿A quién echaría de menos y en quién pensaría antes de dormir? Hasta finales del verano de 1953 no vuelve a París. Lo hace durante un breve periodo de tiempo, después se muda a una granja en Arbonne llamada Beaufort, en la linde del bosque de Fontainebleau, y poco después recibe un telegrama procedente de Rue des Grands Augustins: Françoise Gilot se ha ido de la vida del Maestro y este no tarda en avisarla de que la necesita. Geneviève se persona al

día siguiente en el taller.

El ejercicio de reconstruir la cronología del año que transcurre entre 1953 y 1954 es como buscar en la nieve pisadas dejadas el día anterior: en algunas zonas la presión de las suelas está a punto de desaparecer, pero se puede seguir, en cambio en otras se ha esfumado por completo. En sus memorias, Laporte no introduce tópicos que sí aparecen en otros textos, como por ejemplo que la última vez que Françoise Gilot y el malagueño se ven en su piso de Grands Augustins, Laporte lo está esperando en un café cercano por el que pasa Françoise y en el que la ve sentada al lado de la ventana. Según esta leyenda, igual que Marie-Thérèse Walter, Laporte es la mujer que espera a un hombre que nunca aparece. Cuando pienso en ese momento y en la posibilidad de que haya sido real, en lugar de una mentira confeccionada por una persona y repetida después por otras tantas, también pienso que me gustaría tener la valentía suficiente para atreverme a imaginar qué hubiera pasado si Gilot hubiese entrado en ese café y se hubiese sentado con Geneviève. Ese es, en realidad, el relato que me hubiera gustado ser capaz de construir: qué habrían hablado y qué se habrían dicho.

Han sido muchas las veces que en los últimos meses he imaginado las conversaciones que estas mujeres hubieran podido mantener entre ellas. No solo Gilot y Laporte, sino todas las protagonistas; he imaginado qué se habrían dicho de haber podido reunirse en una misma habitación para compartir sin tapujos sus experiencias con su único hilo conductor, el hombre al que todas amaron; también qué tipo de conversaciones habrían tenido hoy en día, si siguieran vivas y hubieran experimentado en sus carnes cuánto han cambiado algunas cosas. Y, por supuesto, qué les diría yo si pudiera tenerlas delante. Qué les preguntaría, qué cosas querría que me contaran y qué cosas les contaría yo. Muchas veces, al pensar en ellas, me da pena el mundo que se han perdido y me entristece que tantas de ellas esperasen a un hombre que, más allá de limitarlas o no en vida, sin duda las ha limitado tras su muerte. Me gustaría encontrar la forma de quitarles de encima el velo que supone la presencia de su relación con él para poder ver quiénes eran de verdad.

¿Estaba Geneviève Laporte realmente esperándolo sentada en aquel café? ¿Lo omitió en sus escritos porque reconocerlo era abrir una herida no cerrada, una forma de conservar su orgullo, de ser dueña de su propio relato? Supongo que es lo de menos. La separación de Gilot y su huida desenfrenada hacia los brazos de Laporte marcó para ella el inicio de una dolorosa y progresiva separación. Dolorosa porque fue descubriendo una faceta del Maestro que hasta entonces desconocía y progresiva porque tardó un par de años más en perder definitivamente el contacto.

A pesar del cariño con el que habló siempre de su relación, justificando la cólera, el mal humor y los arranques de ira del pintor, las conversaciones que mantuvo en su día con Paul Éluard y las que mantendría a partir de 1952 con Jean Cocteau le anticiparon lo que ocurriría si no se alejaba del «abominable hombre de las nieves», como le llamaba Cocteau: este la destruiría. Ambos habían visto qué les había ocurrido a Dora Maar, a Marie-Thérèse Walter y a Françoise Gilot. También conocían de primera mano que la violencia del Maestro trascendía a sus parejas e impregnaba todo su entorno. Los esfuerzos que se han realizado en las últimas décadas para minimizar estas cuestiones han sido astronómicos, pero debería bastar con revisar cómo sus amistades hablaban de él para darnos cuenta de que no abordar este asunto de frente nos lleva a perder más de lo que ganamos. No existe tal cosa como el «genio» del artista, lo que existe es una fama de tal calibre que nadie de su entorno era capaz de pararle los pies, pues su poder era tal que contradecirle implicaba ver toda su furia recaer sobre quienes se atrevían a hacerlo. El pintor exigía y se aseguraba de que sus enemistades fuesen también las enemistades del mundo entero.

Entre todas sus amistades, el único que parecía capaz de hacer uso del suficiente aplomo como para contrariar sus berrinches infantiles era Éluard, del mismo modo que también fue él quien advirtió a Geneviève Laporte que su amigo «destrozaba todo lo que tocaba». De nuevo, esta secreta complicidad ante la violencia indiscriminada de un hombre hacia su entorno en ningún momento demuestra nada parecido a la existencia del «genio», sino más bien pone de manifiesto

la pusilanimidad con la cual la sociedad se ha acercado y se sigue acercando a la violencia masculina, sobre todo cuando proviene de hombres con estatus social y económico. Somos capaces de desarrollar todo un discurso artístico y psicológico alrededor del «genio», sin ningún tipo de evidencia científica que lo respalde, únicamente para justificar y minimizar algo que, de otra forma, sería intolerable. La misma cobardía que nos lleva a inventarnos y sustentar la falacia del genio artístico es también la que nos arrastra a ser incapaces de llamar a las cosas por su nombre, creyendo que el precio que pagamos por hacerlo es demasiado alto.

Geneviève Laporte supo que la imagen del hombre cariñoso, vulnerable y desinteresado que le decía que ella le había salvado la vida con su risa se estaba haciendo añicos cuando fue consciente de que la única razón que tuvo para llamarla fue escapar de la soledad. La muerte, esa muerte de la que nunca quería hablar, podía llegar en cualquier momento. Y él no quería que llegara mientras estaba solo. Por eso, cuando recibió su llamada poco después de que su última compañera abandonase el hogar que habían construido, Laporte recordó las palabras de Cocteau y Éluard. Se mantuvo al margen. No se tiró a sus pies ni rogó que la acogiera entre sus brazos. Así que él pasó a su siguiente opción, Jacqueline Roque, y Geneviève se casó con un antiguo amigo de sus años en la Resistencia al que ni siquiera menciona por su nombre propio en las memorias. Supo entonces que el pintor no la había estado esperando a ella, sino solo a una mujer, fuera cual fuese, que lo acompañase, lo cuidase y se entregase a él. Así que Laporte dejó también de esperarle.

Pese a todo, durante los siguientes dos años continuaron manteniendo una relación cordial. Laporte fue a visitar en dos ocasiones al hombre al que todavía guardaba cariño, cuando este vivía ya con Jacqueline Roque en La Californie. Los silencios que nunca habían existido en la relación ahora campaban a sus anchas entre las paredes. La conversación no fluía, se atropellaba entre las frases, la lengua pegada al paladar. Era incómodo y así se lo comunicó Laporte a Cocteau, a quien empezó a ver cada vez más. En uno de sus paseos por el bosque, la tristeza invadió al dramaturgo y a la poeta cuando

ambas verbalizaron que las ganas de visitar al abominable hombre de las nieves se habían esfumado. ¿Cómo era posible? ¿Le habían perdido para siempre? Llena de remordimientos, Laporte volvió a visitarlo una última vez a La Californie. La visita fue breve y lo que Geneviève recordaría de ella con dolor es que ese día «él murió para mí y comencé a enterrar al hombre que había conocido muy hondo en mi corazón y mi memoria». Creo que de lo que no era consciente es de que ella para la historia moriría allí también.

El primero de los tres volúmenes de memorias que publicó sobre su relación con el pintor termina en 1972, con el recuerdo de su último encuentro con él y que sucedió de manera inesperada en un restaurante de Saint-Tropez. Él murió poco más de medio año después y, desde entonces, el rastro de Laporte se difumina una vez más como las pisadas sobre un terreno nevado. Reducida a etiquetas que a la hora de la verdad no significan demasiado, se la cataloga como filántropa, documentalista, modelo de artistas, poeta y escritora. ¿Qué sentido tiene esto cuando es tan complicado ahondar en lo que significa? Retazos diseminados por aquí y por allá mencionan que vivió en África y tratan a este continente como un país, sin especificar en ningún momento en qué zonas residió y filmó sus documentales. ¿En qué consistió su labor filantrópica? ¿Para qué otros artistas posó? De nuevo, ¿quién es Geneviève Laporte más allá de su relación sentimental de dos años con el artista?

Vuelvo a las fotografías en las que se la ve mayor, posando al lado de los dibujos que le hizo en 1951. Algunas forman parte de la cobertura mediática que se le dio a la subasta de veinte de ellos en 2005. Reviso algunos medios españoles que cubrieron la noticia y advierto decepcionada —aunque no sorprendida— cómo en algunos de sus titulares ni siquiera aparece su nombre. Laporte es «la amante» o «la examante». Una mujer sin nombre, sin historia, que solo existe bajo la sombra de un árbol tan grande que en lugar de resguardar del sol lo que hace es fomentar el frío, impedir que la luz llegue. En otros titulares ni siquiera se hace referencia a la vendedora, son simplemente «recuerdos pictóricos de un amor». ¿Por qué una mujer tiene que verse reducida a esto en los renglones de la historia? A una

nota a pie de página, un papel secundario en la vida del otro, una historia contada a medias. La miro sonreír con la boca abierta y me gustaría ser capaz de devolverle el gesto.

Termino de escribir este libro con una sensación agridulce hospedada en la conciencia. Por un lado, el profundo placer de haber podido familiarizarme con estas ocho mujeres —a muchas de las cuales llevaba años siguiéndoles la pista— durante estos últimos meses y haber podido llamar a ese proceso de investigación «trabajo». Por otro, la decepción de no haber sido capaz de llegar a todos los rincones que me habría gustado, en el menor de los casos por una cuestión de barrera lingüística y en la mayoría de ellos por un vacío abismal de fuentes, independientemente del idioma. Soy de las que opina que es injusto, desde un punto de vista historiográfico, reducir a las mujeres al dolor que les causaron los hombres, pues a ellos nunca se les responsabiliza del dolor que infligen —todo lo contrario—, y a pesar de ello con muchas de las protagonistas me he dado de bruces contra esta realidad y la dificultad de conseguir tan ardua tarea. No sé si el resultado ha sido morder el anzuelo de la inercia histórica o intentar combatirlo saliendo más o menos airosa de un campo plagado de minas. Algunas me han explotado en los pies, otras en la cara y las demás en la conciencia.

Cierro el portátil y envío el manuscrito deseando con tristeza que en el futuro sepamos hacer mejor las cosas como sociedad, como profesionales del arte y también como personas. Es doloroso ser consciente de que en el presente todavía no parecemos estar preparadas, pero no por ello dejaré de anhelar que las mujeres que viven hoy puedan mañana existir fuera del área de influencia de los hombres con los que se relacionan, contando con su propia historia y relato, y que los hombres del mañana no vean tratada con tanta impunidad la violencia que sembraron en este mundo bajo la excusa de ser grandes artistas. Ojalá sus obras expuestas en museos y galerías sean empleadas para educar en igualdad en lugar de como un perverso recuerdo de lo poco que parecen importarles las mujeres, sus derechos y su dignidad a las instituciones.

// NOTA BIOGRÁFICA

Geneviève Laporte nace en 1926, presumiblemente el 1 de mayo, aunque se desconoce la procedencia de su familia, su clase social, si era hija única o si tenía hermanas e incluso el nombre de sus padres. Hasta los diecisiete años hay un importante vacío historiográfico que no se resuelve en ninguna de las fuentes consultadas, incluidas las escritas por ella misma.

En 1944, a esa edad, consigue una entrevista para el periódico escolar *La Voix de Fénelon* con el pintor con motivo del ataque que sufrieron algunas de las obras que expuso en el Salón de Otoño de ese mismo año. Durante el invierno de 1944 y 1945, según refleja en sus memorias, se ven todos los miércoles en el estudio de Rue des Grands Augustins, manteniendo lo que en un principio se trataría de una relación platónica debido a los cincuenta años de diferencia entre Laporte y él. En 1945 viaja por primera vez a Estados Unidos, habiendo cumplido ya dieciocho años, y hasta 1951 la información que tenemos de su vida es fragmentada: cuenta que viaja por los países escandinavos, que regresa a París y que ayuda a Sabartés con algunas traducciones. No es hasta ese año cuando el pintor y ella retoman el contacto e inician una relación sentimental que se extenderá hasta 1953.

En 1951 firma su primer y único contrato cinematográfico como actriz, conoce a Paul Éluard y a Dominique Lemort y pasa el verano con ellas en Saint-Tropez en compañía del pintor. A finales de 1952, coincidiendo con el fallecimiento de Paul Éluard y también con la muerte de una persona de su familia —se desconoce quién—, se aísla en Auvergne durante varios meses y no regresa a París hasta el verano de 1953, cuando se muda a una granja en Arbonne. En 1954 publica su primer poemario, *Les Cavaliers d'Ombre*, que cuenta con una segunda parte publicada poco después, y en 1955 un tercer poemario ilustrado por Jean Cocteau bajo el título *Sous le manteau de feu*. Poco después de esta publicación su relación con el pintor se enfría por completo tras un año en el que el vínculo sentimental es sustituido por una estrecha relación de amistad.

A finales de la década de 1950 se casa con un antiguo amigo de la adolescencia al que conoció cuando formaba parte de la Resistencia francesa. Ha sido imposible encontrar su nombre, aunque Laporte sí alude en sus memorias a que fue un matrimonio breve y que de él nació su primer hijo, se presupone que también el único. El malagueño y ella coinciden por última vez de manera casual en un restaurante de Saint-Tropez, presumiblemente a principios de los años 60, pero no es hasta la década siguiente cuando Laporte hace pública su relación de dos años con él a través de la publicación de sus memorias. Hasta ese momento, solo un reducido número de personas del círculo de él conocían la existencia de su relación con la poeta, así que durante veinte años su nombre no aparece en ninguna biografía del pintor.

Desde el momento en que deja su relación con él hasta que fallece, la información disponible sobre su vida es tan errática y superficial como hasta que le conoce: se sabe que viaja a África para realizar varios documentales, pero se desconocen las fechas; publica varios volúmenes de poemas y otros textos, pero es complicado seguirles la pista, y es habitual verla referida como una filántropa, aunque sin más información al respecto. En 1999 la Academia Francesa concede un premio a uno de sus volúmenes de poemas, *La Sublime Porte des Songes*, lo cual indica su prevalencia como autora de referencia en Francia, aunque en España las dificultades para acceder a sus publicaciones sean notables. En 2005 su nombre inunda los medios debido a la subasta de veinte dibujos que de ella hizo el pintor y que alcanzan sumas millonarias. Fallece el 30 de marzo de 2012 a los ochenta y cinco años dejando como legado la publicación de más de una decena de textos entre los que se encuentran ensayos, memorias y poemarios.

BIBLIOGRAFÍA

ALLMER, Patricia. *Angels of Anarchy: Women Artists and Surrealism.* Múnich: Prestel, 2009.

ALTHER, Lisa y Françoise Gilot. *About Women: Conversations Between a Writer and a Painter*. Nueva York: Nan A. Talese/ Doubleday, 2015.

BALDASSARI, Anne. *Picasso: Love and War (1935-1945)*. París: Flammarion, 2006.

BARING, Louise. *Dora Maar: Paris in the time of Man Ray, Jean Cocteau and Picasso.* Nueva York: Rizzoli International Publications, 2017.

BENKEMOUN, Brigitte. *En busca de Dora Maar*. Traducción de Julia Calzada Gardía. Barcelona: Taurus, 2022.

BERGER, John. *Fama y soledad de Picasso*. Madrid: Alfaguara, 2013.

CABANNE, Pierre. *Pablo Picasso: His Life and Times.* Traducción al inglés de Harold J. Salemson. Nueva York: Morrow, 1977.

CAWS, Mary Ann. *Pablo Picasso.* Londres: Reaktion Books, 2005.

COMBALÍA, Victoria. *Dora Maar, fotógrafa.* Valencia: Bancaja, 1995.

— *Dora Maar: la fotografía, Picasso y los surrealistas.* Barcelona: Centre Cultural Sala, 2002.

— *Amazonas con pincel.* Barcelona: Sd Edicions, 2020.

DAIX, Pierre. *Picasso: Life and Art.* Nueva York: Icon Editions, 1994.

DUNCAN, David Douglas. *Picasso and Jacqueline.* Londres: Bloomsbury, 1988.

DUPONT, Pepita. *La verdad sobre Jacqueline y Pablo Picasso.* Traducción de Clara Pastor. Barcelona: Elba, 2014.

GILOT, Françoise. *Vida con Picasso.* Traducción de Jaime Piñeiro González. Barcelona: Elba, 2010.

GIRARD, Anne. *Madame Picasso*. Ontario: Harlequin MIRA, Don Mills, 2014.

HERWIG, Malte. *The Woman Who Says No: Françoise Gilot on her Life With and Without Picasso*. Traducción al inglés de Jane Billinghurst. Vancouver: Greystone Books, 2016.

LAPORTE, Geneviève. *Sunshine at Midnight: Memories of Picasso and Cocteau*. Traducción al inglés de Douglas Cooper. Nueva York: Macmillan Publishing Co., 1975.

LORD, James. *Picasso y Dora: una memoria personal*. Traducción de Isabel Ferrer Marrades. Barcelona: Alba, 2007.

OLIVIER, Fernande. *Loving Picasso: The Private Journal of Fernande Olivier*. Traducción al inglés de Christine Baker y Michael Raeburn. Nueva York: Harry N. Abrams, 2001.

— *Picasso y sus amigos*. Traducción de Manuel Álvarez Ortega. Sevilla: Renacimiento, 2022.

OTERO, Roberto. *Forever Picasso: An Intimate Look at his Late Years*. Traducción al inglés de Elaine Kerrigan. Nueva York: Harry N. Abrams, 1974.

PENROSE, Roland. *Picasso: His Life and Work*. Nueva York: Harper, 1959.

PICASSO, Marina y Louis Valentin. *Picasso, my grandfather*. Traducción al inglés de Catherine Temerson. Nueva York: Riverhead Books, 2001.

SCHWARZ, Herbert T. *Picasso and Marie-Thérèse Walter (1925-1927)*. Quebec: Éditions Isabeau, 1988.

STASSINOPOULOS, Arianna. *Picasso: Creator and Destroyer*. Nueva York: Simon and Schuster, 1988.

VV. AA. *Olga Picasso*. Madrid: Planeta, 2019.

WAGMAN-GELLER, Marlene. *Behind Every Man: The Forgotten Women Behind the World's Famous and Infamous*. Illinois: Sourcebooks, 2015.

EUGENIA TENENBAUM es historiadora del arte. Gallega afincada en Madrid, en los últimos años se ha convertido en una de las divulgadoras digitales con más impacto de nuestro país gracias a las redes sociales y Patreon. Está especializada en perspectiva de género aplicada al mundo del arte. Tras publicar el ensayo *La mirada inquieta* (Temas de Hoy, 2022), *Las mujeres detrás de Picasso* es su primer trabajo de ficción.

Eugenia Tenenbaum
Con ilustraciones de Esther Gili, María Hesse, Lady Desidia, Sara Herranz, Ana Santos, Laura Agustí, María Herreros e Isa Muguruza

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.
Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.
En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Ilustración de la portada: © Beatriz Ramo Fernández (Naranjalidad)

© Eugenia Tenenbaum, 2023
Ilustraciones Interiores: © Jacqueline Roque: Esther Gili / Fernande Olivier: María Hesse *Eva Gouel: Lady Desidia* Olga Khokhlova: Sara Herranz *Françoise Gilot: Ana Santos* Marie-Thérèse Walter: Laura Agustí *Dora Maar: María Herreros* Geneviève Laporte: Isa Muguruza

© Editorial Planeta, S. A., 2023
Lunwerg es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avenida Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 17 - 28027 Madrid **lunwerg@lunwerg.com**
www.lunwerg.com
www.instagram.com/lunwerg
www.facebook.com/lunwerg
www.twitter.com/Lunwerglibros

Primera edición en libro electrónico (epub): abril de 2023

ISBN: 978-84-19466-67-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: Pablo Barrio

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!